

132
L. RENARD.

• MANUAL

DEL

CAZADOR

Ó

ARTE COMPLETO DE TODA CLASE DE CAZA.

Traducción

DE

R. VILLALTA.

Aficionado con 30 años de ejercicio en caza mayor y menor.



BARCELONA :

MANUEL SAURÍ, EDITOR.

En venta en las principales librerías.



202



GRAN ARMERÍA BARCELONESA

DE

D. JUAN SURROCA,

CALLE ANCHA, NÚM. 33.

En dicho establecimiento, que cuenta 25 años de existencia, se hallará un gran surtido de armas de caza y de guerra, de los últimos adelantos conocidos en Europa y América. Accesorios de caza y municiones.

Además tiene un especial taller en donde se construyen toda clase de armas; así mismo se recomponen las que se presenten para dicho objeto.

INDICE

**MANUAL
DEL CAZADOR.**



Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>		<u>Páginas.</u>
El editor á los cazadores..	1		
Prólogo.	3		
TRATADO PRIMERO.			
ARMAS, MUNICIONES, TIRO, PERROS, CABALLOS.			
Armas.	5		
Municiones.	8		
El tiro.	11		
Perros, sus clases é higiene.	14		
Educacion de los perros.	26		
Caballos de caza.	33		
El cazador.	40		
PRIMERA PARTE.			
Caza menor.	50		
TRATADO PRIMERO.			
CAZA DE PELO.			
La liebre.	52		
El conejo.	59		
TRATADO SEGUNDO.			
CAZA DE PLUMA			
La perdiz.	71		
La codorniz.	86		
La becada..	91		
La ortega, la ganga, la avutarda.	95		
El faisán	98		
Las palomas y las tórtolas.	105		
Caza menuda..	108		
		TRATADO TERCERO.	
		PÁJAROS DE AGUA.	
		Preparacion.	116
		Armas.	116
		Locomocion.	117
		Equipo..	118
		Caza.	119
		Aves acuáticas.	123
		Aves de pantano.	137
		SEGUNDA PARTE.	
		Caza mayor.	155
		TRATADO PRIMERO.	
		CAZA DE ANIMALES FIEROS.	
		El ciervo.	156
		El gamo.	165
		El corzo.	168
		La cabra montés, la gamuza.	174
		El jabalí.	178
		TRATADO SEGUNDO.	
		ANIMALES FEROCES Y DAÑINOS.	
		El lobo..	187
		La zorra.	197
		APENDICE.	
		Jurisprudencia vigente sobre la caza.. . . .	205
		Seccion de anuncios.	212



MANUAL
DEL
CAZADOR

Ó
ARTE COMPLETO DE TODA CLASE DE CAZA.

POR
Mr. L. Renard

Traduccion
DE
R. VILLALTA.

Aficionado con 30 años de ejercicio en caza mayor y menor.



BARCELONA :

MANUEL SOLDEVILA Y CURRIOLS EDITOR.





Es propiedad de D. Manuel Saurí.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

799.202
R 394
L 872



EL EDITOR

A LOS CAZADORES.

No ageno al arte de la caza, en cuyo honesto solaz he empleado todos los ocios de mi vida, he tenido ocasion de conocer la falta de un libro, que, sin dejar de ser manuable ó de bolsillo, contuviera todas las reglas y nociones del arte. No es decir esto que absolutamente se carezca de manuales; los hay, y muy estensos por cierto en todas las naciones, pero estos no se han traducido á nuestra lengua, y los que tenemos en ella son tan incompletos, que

apenas nos dicen lo mas vulgar de la práctica.

En este caso, y llevado yo de mi afición á la caza, no de mezquinas miras de interés, he dispuesto á costa de un sacrificio pecuniario, el arreglo del presente MANUAL, en que hallarán los aficionados la noción completa del arte venatorio, noción teórico-práctica á que he contribuido con los consejos de mi propia experiencia y que ofrezco á mis compañeros en la seguridad de merecer sus plácemes.

Barcelona 4.º de agosto de 1872.

El Editor.

UNIVERSIDAD
EAFIT

PRÓLOGO.

La caza es un ejercicio recreativo, higiénico y útil; recreativo, por cuanto sirve de solaz á ocupaciones mas serias que cansan las aptitudes del hombre y exigen diversiones licitas; higiénica, porque robustece las fuerzas físicas en reposo y entona con grato recreo las intelectuales fatigadas; útil por estas mismas ventajas y por el botin de una guerra tan fácil como inocente.

De todos modos la caza es un arte, y como tal está sujeta á reglas, cuya exposicion nos ocupará agradablemente.

Por razon de método y para trazarnos desde luego un plan que facilite el estudio de estas reglas, dividiremos la caza en *mayor* y *menor*, entendiendo por *mayor*, segun la tecnología aceptada, la caza de reses mayores ó grandes animales, y por *menor* la caza de reses menores ó piezas de pluma y pelo, es decir de animales pequeños; con tantas subdivisiones como aconsejen la multitud y diferencia de objeto en una y otra caza.

Y concluirémos nuestro sencillo tratado con la jurisprudencia vigente sobre la materia, conoci-

miento necesario al cazador, que debe solazarse sin perjuicio de nadie.

Pero antes de entrar de lleno en el asunto, haremos de tocar, siquiera ligeramente, los que llamaremos preliminares del arte, haciendo justicia aquí á la lógica de cierto cocinero.

Cierto cocinero célebre decia muy seriamente en su fórmula para una pepitoria de gallina:

«Para hacer una gallina en pepitoria, lo primero que has de tener es una gallina...»

En esta *perogrullada* no deja de haber su lógica; lógica que aceptamos nosotros aquí, pues indudable es que para cazar, lo primero que habeis de tener es el complejo artículo de armas, municiones, perros, todos los medios, en fin, ó instrumentos de caza.

Y aun hay otra condicion prévia, condicion *sine qua non* en este tratado de guerra, como en los tratados de paz. Esta condicion prévia, anterior y superior á todas es la buena salud, el buen temperamento, la aptitud, para la fatiga á todas las inclemencias del cielo.

No es esto decir que el valetudinario no pueda dedicarse buenamente á un ejercicio, propinado muchas veces por lo que tiene de higiénico; la caza puede convenir tambien al hombre de poca salud; pero entonces ya no es caza, es simplemente medicina.

Y basta de prólogo.

MANUAL DEL CAZADOR.

TRATADO PRIMERO.

Armas, municiones, tiro, perros, ca-
ballos.

CAPÍTULO I.

Armas.

Las armas usuales en la caza son el *cuchillo de monte* y la *escopeta*. El cuchillo de monte conocido de todos, pues se halla á la vista en los escaparates de todos los armeros, debe ser sólido, bien templado y cortante. Solamente se usa en la caza mayor ó en las batidas de animales fieros no muy comunes en nuestro clima. Muchos cazadores, cuya mal dirigida bala no hubo de rematar á su enemigo, debieron su salvacion á su cuchillo de monte manejado con destreza y sangre fria.

Pero estas cacerías que son verdaderas expediciones en que el hombre juega su vida contra un animal mas fuerte y ágil que él, no entran en el cuadro de esta obra. La caza, tal como la comprendemos hoy, ha perdido ese carácter salvaje para ser un ejercicio esencialmente civil, si así puede de-

cirse. Fuera de algunas expediciones cinegéticas que suelen dar no con mucha frecuencia los altos personajes, la caza no es ya sino la sencilla diversion del ciudadano, cuya única arma es la escopeta.

Antiguamente el tiro era inseguro con aquellas escopetas de chispas, que tan ventajosamente han sido reemplazadas por las de piston. Estas armas en que la cápsula ha sustituido al pedernal, tienen la incontestable ventaja de hacer rápidamente fuego, á pesar del viento y la lluvia, y de no molestar con el fuego y humo del cebo al cazador, que puede ya fácilmente y sin embarazo disparar con la oportunidad del pensamiento.

La escopeta de piston ha sido á su vez reemplazada por la de báscula, marca Lefauchaux, que es la mejor que se conoce en toda Europa y la que prefieren por lo mismo los buenos cazadores.

La escopeta Lefauchaux reúne todas las condiciones apetecibles; prontitud de carga, seguridad completa, precision de tiro y tanto alcance cuando menos que la escopeta de piston y baqueta. Así es que ha obrado una revolucion en el armamento de los cazadores.

Hay que recomendar las de calibre 16 pues son las preferibles y generalmente usadas, habiendo cartuchos de su marca en todas las capitales y aun en muchos pueblos. Pero especialmente recomendamos el nuevo sistema de escopeta doble Lefauchaux á piston.

Esta escopeta, sin necesidad de desarmar pieza ninguna, puede cargarse instantáneamente, por arriba ó sea por el sistema piston, ó por la recámara ó sea por el sistema Lefauchaux.

Para la carga Lefauchaux hay cartuchos de acero inalterables, que pueden cargarse en el monte con gran facilidad sin cosa de aparato, y así con un solo

cartucho puede salir á caza un tirador Lefauchaux.

Se recomienda igualmente el empleo de los cartuchos ingleses, cuyo piston y fulminante son mejores que los franceses. Apenas habrá un cartucho inglés cuyo fulminante de falta, lo que es mas frecuente en los cartuchos franceses.

La escopeta belga es la mejor que se hace, ya sea por la suavidad de las llaves, ya por la perfeccion de los cañones y lo bien acabado de toda la obra.

Las piezas que se necesitan para una escopeta Lefauchaux son las siguientes: una maquineta ó cargador de hierro y cobre ó bien de madera solamente; un medidor de pólvora y plomos; un sacacartuchos, ó sea un instrumento para sacar el cartucho del cañon, cuando ocurra alguna dificultad.

Hay limpiadores para estas escopetas que se arman y desarman con dos ó tres piezas y con los accesorios que se varian á voluntad; una pieza de alambre que raspa el sarro de la escopeta; otra en que se prende el trapo de frotacion, y otra de esponja para la última mano.

Sin embargo la escopeta de piston y baqueta sigue en uso aun por costumbre ó por falta de noticias ó de medios para adquirir la última invencion.

Para la carga de la escopeta de báscula, que se carga por la recámara, hay cartuchos hechos, que ofrecen, como se comprende, la mayor prontitud y facilidad.

El cañon. La primera cualidad de una escopeta es y debe ser la solidez del cañon. Hay un antiguo refran que dice: mejor es llevar dos libras de peso mas á caza, que volver herido á casa.

El buen cazador ha de tener siempre limpia su escopeta, el cañon especialmente para su seguridad personal, las demás piezas para seguridad del tiro.

Para esto observará las reglas siguientes:

Limpieza. El cañon de la escopeta se lavará siempre con agua caliente, introduciendo en él la baqueta de limpieza guarnecida de estopa en su extremo inferior hasta ajustar bien el ánima, y frotando bien hasta que salga clara el agua.

Despues se enjugará perfectamente el cañon renovando la estopa de la misma baqueta hasta que salga seca. Atiéndase con esmero á esta última circunstancia, pues la menor humedad podria producir interiormente una oxidacion peligrosa.

Sin lavar el cañon, no deben hacerse con él mas de cuarenta tiros.

Las piezas exteriores de la llave se limpiarán á frote graso y las interiores con esmeril muy fino y aceite de oliva.

Limpio y enjuto el cañon por dentro y por fuera se le pasará exteriormente la mano untada ligeramente de grasa, y al armarlo de nuevo, se tendrá cuidado de poner un poco de sebo en los bordes de la caja que lo toquen para impedir que la lluvia penetre por estas junturas.

Los muelles y tornillos se limpiarán perfectamente con aceite de oliva y se colocarán sin secarlos del todo.

Respecto de armas, hay un novísimo sistema de percusion central ó de aguja destinado á hacer una revolucion por sus ventajas sobre todos los sistemas ultimamente perfeccionados.

CAPÍTULO II.

Municiones.

Pólvora. La mezcla en ciertas proporciones de salitre, azufre y carbon, viene á formar la pólvora

que una chispa de fuego inflama y hace estallar con estrépito destruyendo poderosamente los obstáculos que se oponen á su fuerza de expansion. Esta fuerza de expansion es la que dentro del cañon lanza el mortífero plomo produciendo al mismo tiempo el culatazo, que el cazador sentirá tanto menos cuanto mejor apoye la culatá y esta sea mas favorable.

La bondad de la pólvora de caza no depende únicamente de su fuerza de expansion, sino tambien de la instantaneidad de su inflamacion, de la poca escoria ó suciedad que deje despues de la combustion y de la densidad que hace su grano poco susceptible de humedad y por consiguiente fácil de conservarse sin alteracion por algun tiempo.

El grano demasiado pequeño que puede mezclarse con la escoria húmeda del cañon que ya ha servido varias veces, no es mas conveniente que el grano demasiado grueso que pasa difícilmente por el orificio de la chimenea. Un grano mediano, bien formado, igual, sin polvo, es seguramente el mas ventajoso.

Hay varios medios para probar la pólvora; pero hemos de recomendar entre todos el siguiente, que no por antiguo deja de ser eficaz, teniendo además la ventaja de su facilidad y sencillez.

Póngase en una hoja de papel blanco un poco de pólvora reunida en cantidad de un cebo de cazoleta y désele fuego. Si se inflama vivamente dejando apenas ó no dejando huella en el papel, la pólvora ensuciará poco el cañon.

Póngase luego en la escopeta una carga ordinaria de la pólvora de prueba con los plomos correspondientes; tírese á cuarenta pasos tomando por blanco una mano de papel de estraza. El modo de atravesarlo el plomo indicará la fuerza de la pólvora, que

se juzgará comparativamente por el número de hojas atravesadas.

Pero hay otra prueba mas sencilla y no menos eficaz, segun nuestra propia experiencia:

Tómese una carga de pólvora, échese en un vaso de agua clara y obsérvese: todo lo que se precipite es bueno; todo lo que sobrenade es malo.

Por este sencillo procedimiento se puede á lo menos saber si la pólvora es pura ó está mezclada.

La fortaleza de la pólvora ha de estar en su punto para servir bien la intencion del tirador; pero varia con la temperatura. Para evitarlo en lo posible se preservará de la humedad y del aire. Las bolsas de lana son las mejores.

Si á pesar de estas precauciones se humedece y pierde mucha fuerza, se realza extendiéndola al sol ó tostándola sobre una superficie calentada al fuego.

La pólvora inglesa marca FFF es la mejor que se conoce pues no ensucia el cañon.

El plomo. El plomo se clasifica por números segun es su tamaño, y cualquiera sea este, ha de ser siempre igual y lleno, pues de otro modo esparce mucho en el tiro.

Los números 0, 1, 2 y 3 sirven para la caza del corzo, de la zorra, de la avutarda, de la oca, del pato; etc. Los números 4, 5 y 6 para la caza de la liebre y del conejo, del faisán, la perdiz y la becada ó chocha. Los números 7 y 8 para la gallineta ciega y el zorzal, el 8 para la codorniz y el 9 para los pájaros menores.

Hay plomos del número 10, del 11 y aun del 12, pero este ya no sirve sino para los pájaros vistosos que han de disecarse y cuya pluma no debe estropearse.

En cuanto á las balas, han de ajustarse buenamente al calibre del cañon. Si son mayores de

modo que entren á la fuerza, pudieran dejar hueco sobre la pólvora y se reventaria el cañon; y si son menores cambiarían de direccion en el tiro y nunca acertarian á su objeto.

CAPÍTULO III.

El tiro.

Carga á baqueta. El modo de cargar una escopeta puede influir y efectivamente influye en la precision del tiro. La carga demasiado fuerte rechaza al tirador y puede desviar el tiro moviendo en cualquier sentido el arma: el plomo mal atacado, demasiado comprimido, lo desvia siempre.

La proporcion que debe haber entre la cantidad de pólvora y la de plomo, es de 1 á 7; es decir, que si se ponen, por ejemplo, 4 gramos de pólvora, deben ponerse 30 de plomo. Sin embargo, pueden variar estas proporciones, segun que esté húmeda ó seca la atmósfera y mas ó menos fuerte ó floja la pólvora.

Descansando el martillo sobre la chimenea, se echará la pólvora en el cañon y encima un taco, que se sentará con la baqueta sin golpear demasiado. Luego se echará el plomo cerrando la carga con otro taco, que se sentará igualmente sin esfuerzo. Los mejores tacos son los de pelo de vaca envueltos en papel de estraza.

Despues se alzará el martillo, se verá si la pólvora llena la chimenea, llenándola sino, para que no falle el tiro, y se colocará la cápsula que deberá encajarse bien por medio de una ligera presion hecha prudentemente con el mismo martillo.

Tan luego como se ha descargado debe cargarse otra vez sin levantar el martillo, ni dejar que se enfrie el cañon, y sobre todo sin soplar dentro de él como acostumbran hacer algunos cazadores ignorantes. Este aliento siempre húmedo hace el sarro del cañon mas pegajoso para la pólvora y disminuye peligrosamente las cargas sucesivas.

Cuando se lleva el arma ya cargada conviene tener cuidado de que la boca del cañon vaya al aire para no herir á nadie en el caso de que por un azar imprevisto saliera el tiro.

Puntería. Para tirar bien es menester encarar con presteza y apuntar sin precipitacion. Cuando el punto cubre la pieza se ha de tirar del disparador suavemente, sin violencia y sobre todo sin ningun sacudimiento que pueda desviar el arma y la puntería por consiguiente.

Para que una escopeta sea fácil de encarar es menester que su asiento sea cómodo, que su curbatura deje ver á lo largo todo el cañon y que la culata recode bien, de manera que no obligue á apoyar del todo la mejilla en la madera.

La plancha de la culata debe asentarse de lleno y firmemente en el hombro para apuntar bien, el codo de la mano que tiene el disparador ha de estar á la altura de la barba, y la otra mano, con el codo bajo y mas de medio tendido, empuñando bien el cañon lo mas cerca posible de la baqueta.

El tiro certero describe una línea recta desde el ojo á la pieza, y como para trazarla basta solo tomar dos puntos no hay mas que enfilear la vista por los marcados sobre la recámara y la boca del cañon hasta descubrir la pieza para no errar nunca el tiro teniendo buen pulso y serenidad.

Antes de disparar es menester asegurarse de que

se tiene bien la pieza al ojo y apuntar mas bien alto que bajo sin precipitarse nunca.

Cuando se ha errado el tiro ó solo se ha herido la pieza y esta huye, no hay que precipitarse tampoco, sino seguirla con la vista y soltarle el segundo tiro para detenerla de repente.

Con las escopetas de chispas, cuyo fuego estaba léjos de ser instantáneo, era necesario apuntar un poco delante de la pieza que huia de través, pero la prontitud y precision de las armas modernas hacen esta precaucion ya inútil: la pieza muere al disparar.

Cuando tratemos de cada clase de caza en particular, tendremos cuidado de indicar la manera mas ventajosa del apuntar y tirar segun la carrera ó vuelo de cada especie.

El *tiro doble* no consiste, como creen muchos cazadores, en matar dos ó mas piezas á la vez: esto podrá llamarse un tiro afortunado, pero en buenos términos de caza, no se llama ni es un *tiro doble*. Para que haya tiro doble, han de matarse de dos tiros sucesivos, dos piezas que se hubieran levantado al mismo tiempo, lo que exige tanta habilidad como sangre fria.

Alcance. El alcance horizontal de la escopeta de caza cargada con bala, es de unos 150 metros; pero á mas de cien metros el tiro es ya inseguro.

En la caza no se mata con plomos mas allá de sesenta pasos ó sean 45 metros, y el alcance seguro es de 20 á 40 pasos ó sean de 15 á 30 metros.

CAPÍTULO IV.

Perros, sus clases é higiene.

«Independientemente de la belleza de su forma, de su vivacidad, de su fuerza, de su ligereza, tiene el perro por excelencia, dice Buffon, todas las cualidades interiores que pueden atraer la atención del hombre: un natural ardiente, colérico, hasta feroz y sanguinario hace al perro salvaje temible á todos los animales, y cede en el perro doméstico á los sentimientos mas dulces, al placer de aficionarse y al deseo de agradar. El perro viene arrastrándose á humillar á los piés de su amo su bravura, su fuerza, sus instintos; espera sus órdenes para obedecerlas; le consulta, le interroga, le suplica, bastándole una ojeada para comprender su voluntad.

«Sin tener como el hombre la luz del pensamiento, tiene todo el calor del sentimiento, y tiene mas que el hombre la fidelidad, la constancia en sus afecciones; ninguna ambicion, ningun interés, ningun deseo de venganza, ningun temor tiene sino el de desagradar; todo él es celo, ardor, obediencia, mas sensible al recuerdo de los beneficios que al de los ultrajes; no se rebela por el mal tratamiento, lo sufre y lo olvida ó solamente lo recuerda para adherirse mas. Léjos de irritarse ó huir, se expone de buena voluntad á nuevas pruebas; lame esa misma mano, instrumento de dolor que acaba de herirlo, sin oponer mas que sus lamentos y la desarma al fin con la paciencia y sumision.»

Todas estas cualidades del perro doméstico, pro-

piamente dicho, son tambien las del perro de muestra; pero es menester que tambien las tengan el sabueso, el alano y otras especies caninas. El sabueso, que no es bueno sino en tanto que anhele la sangre y la caza, no se somete sino al látigo y á la voz de su amo que le recuerda el castigo recibido. Pueden halagarse sus apetitos sanguinarios para sacar partido de él, pero hay que desconfiar siempre; de otro modo se correrian grandes riesgos. Una jauria que no temiera al perrero, seria capaz de devorarlo: así, pues, solo obedecen estos perros al ascendiente que el que los conduce ha tomado sobre ellos. No es una costumbre impuesta: los perros se resignan á esta sumision como todos los animales, pero aprovechan la primera ocasion de volver al estado que tenian antes de ser sometidos por el hombre.

Una buena jauria se reconoce en la marcha de los perros, aun antes que la cacería esté en plena actividad. Cuando los perros corren juntos sin atropellarse, con orden y obediencia, se puede afirmar, sin temor de equivocarse, que la cacería será feliz y brillante.

Si hay perros ingleses y franceses, será bien hacerles cazar separadamente, porque siendo los primeros mas rápidos, no seguirian ó seguirian mal los segundos.

El perro francés es notable por la belleza de sus orejas. Los cazadores ingleses confiesan con pesar esta superioridad de que están celosos. Los españoles, al contrario, hacen tan poca estimacion de ella que suelen cortar las orejas á sus perros de caza.

Todo podenco sabueso, sea cualquiera su procedencia ó país, debe recomendarse por su nariz antes que por las demás cualidades. Tendrá buena

nariz ú olfato, si descubre bien la caza y si la sigue constantemente en sus movimientos, por mas astutos que estos sean.

Edades. Los perros nacen comunmente con los ojos cerrados y suelen abrirlos á los diez ó doce dias. A los quince dias de su nacimiento les apuntan cuatro dientes, uno á cada lado arriba y abajo. En menos de un mes los cachorros aprenden á hacer uso de todos sus sentidos y toman muy luego fuerza y un rápido crecimiento.

Al cabo de este tiempo ó á lo mas á las seis semanas, se les retira de la madre y se les corta el rabo (á los perros de muestra) con un hierro candente.

Desde hace algunos años muchos cazadores han tomado la costumbre de no cortar el rabo, especialmente á los perros de la bella raza llamada inglesa, apoyándose en que esta amputacion desfigura al animal.

Bajo este concepto somos del mismo parecer: el rabo debe conservarse si se atiende mas á la belleza del perro que á los servicios que debe prestar en la caza.

Pero para un verdadero cazador, es decir, para las personas que solo consideran el perro como un instrumento de caza, seguro es que no será válida aquella razon.

En efecto, el rabo que mueve siempre el perro cazando, agita las matas y yerbas y puede espantar la caza cuando tiene toda su longitud; estropea las mieses y especialmente las viñas, y no marca bien la muestra. Los cazadores espertos conocen perfectamente en el rabo de su perro la especie de caza que tiene á la vista, pero para esto es menester que sea corto el rabo, es decir, que esté convenientemente cortado. El rabo se arquea un poco

hacia abajo en muestra de una liebre; se inclina un poco, pero recto, en muestra de un conejo; está paralelo al horizonte en muestra de una perdiz, y recto y un poco levantado en muestra de una codorniz. En las demás especies de caza de muestra como la becada, el rascon y otros pájaros de agua, el perro levanta mas el rabo haciendo por intervalos mas ó menos largos un ligero movimiento de derecha á izquierda ó de izquierda á derecha.

En todos los perros de raza pura, se observará lo que acabamos de decir. En los otros perros de muestra habrá algunas variaciones á que se acostumbrará fácilmente el cazador.

Pero estas útiles señales no pueden interpretarse bien sino cuando se corta el rabo en conveniente proporcion. El rabo cortado en esa justa medida debe llegar al corvejon.

A los cuatro meses los perros pierden algunos dientes, que son reemplazados por otros, que no se mudan ya. Entre todos tiene treinta y dos, á saber: seis incisivos arriba y otros seis abajo; dos caninos abajo y otros dos arriba; y cuatro molares arriba y doce abajo; pero esto no es constante habiendo perros con mas ó menos dientes molares.

El perro jóven tiene los dientes blancos, cortantes y puntiagudos. La punta de un diente incisivo forma con los salientes ó presas de cada lado lo que se llama *flor de lis*. Con el tiempo unos y otros dientes se nivelan y la *flor de lis* se deshace y desaparece cuando el perro llega á los cinco ó seis años. Los dientes se prolongan y se ponen cada vez mas amarillos hasta los doce años; el perro encanece por el hocico y la frente y muere á los catorce ó quince años.

Manutencion. El pan de mezcla de cebada y trigo con una poca grasa en bastante agua hirviendo,

hace una sopa muy sana y nutritiva para los perros; pero hay que tener mucho cuidado de que no la coman sino tibia so pena de hacerles perder el olfato.

En los países en que el pan está caro ó cuando se tiene una jauria numerosa, pueden alimentarse muy bien los perros con patatas cocidas con cebo en poca cantidad, pues en mucha se expondrían los animales á la sarna.

En todo caso es menester variarles de vez en cuando el alimento, pues ningun animal carnívoro puede vivir mucho tiempo con el mismo alimento siempre. Un perro alimentado siempre con gelatina, tan ponderada por sus virtudes alimenticias, pereceria al cabo de un mes. Lo mismo le sucederia si solo comiera sebo, ó solo patatas, ó pan de cebada solo. Para que viva mucho y bien, es preciso variarles ó mezclarles los alimentos.

No teniendo mas que un perro, puede mantenerse muy bien con las sobras de la mesa.

Es de necesidad indispensable que los perros beban agua fresca, limpia y renovada ya que no corriente.

Perrera. La extension de la perrera debe ser proporcionada al número y clase de los perros: un metro cuadrado por perro es suficiente espacio para que estén desahogados. En interés de la salud de los perros, bastante sujetos á los rehumatismos, no deben dormir en el suelo, sino en un entarimado, cubierto con una estera de junco ó de paja. El entarimado debe ser portátil ó mudable y el suelo de la perrera de ladrillo ó loza; para facilitar la limpieza, pues de otro modo vendria á ser en poco tiempo el cuchitril una sentina asquerosa é insalubre.

La perrera debe limpiarse diariamente y venti-

larse haciendo salir los perros; además ha de purificarse todos los meses por el procedimiento siguiente :

20 Póngase en una vasija un puñado de sal mezclada con igual dosis de óxido negro de magnesia y humedeciendo la mezcla con un poco de agua; añádase luego un vaso de aceite de vitriolo (ácido sulfúrico) mezclado con otro de agua, y métase en la perrera donde permanecerá mientras exhale humo. Esta especie de humo ó vapor blanquinoso es un desinfectante eficacísimo que dejará en media hora purificado el local.

21 De vuelta de una cacería deben reconocerse los perros para sacarles las espinas que pudieran traer clavadas en las patas y curarles cualquiera otra herida ó daño. Si vuelven enlodados por haber corrido por lugares cenagosos, conviene limpiarlos antes de encerrarlos, y si están mojados ha de dárseles cama de paja nueva y menuda para que ellos mismos se enjuguen revolcándose y se abriguen.

22 *Enfermedades y remedios.* Aunque los perros estén sanos, tienen necesidad de purgarse de vez en cuando, especialmente en el verano. Para ello no hay mas que echarles en el agua un poco de salitre ó un poco de magnesia en la comida.

23 *Usagre.* Entre los seis meses y el año, á veces antes, á veces despues, son atacados los perros de la enfermedad llamada usagre, y que es mortal para muchos de ellos.

24 Durante mucho tiempo el arte del veterinario ha sido impotente contra los estragos de esta plaga, tan sensible para los cazadores; pero, al fin, en estos últimos tiempos la anatomía y la fisiología han demostrado que el principal asiento de la enfermedad está en las vias respiratorias, de las cuales se podía arrojar por medio de vomitivos y purgas.

Antes de que el perro sea atacado del usagre, es muy fácil prevenir el mal: para esto no hay mas que purgarlo periódicamente con maná en leche cada quince dias. Debe comenzarse por 15 gramos ocho dias despues de su destete y seguir aumentando la dosis hasta 75 gramos. A los diez meses puede ya abandonarse el procedimiento en la seguridad de que el perro no tendrá el usagre, ó de que si lo tiene será cosa ligera y sin consecuencias desagradables.

El jarabe de espino cerval puede sustituir muy bien el maná, y un puñado de salitre ó sal disuelta en aceite de oliva es tambien una excelente purga canina.

Pero cuando no se ha prevenido el mal, es preciso acudir con un pronto remedio tan luego como se le declare. Si la enfermedad se anuncia con síntomas poco alarmantes debe combatirse solo con purgas suaves, como las ya prescritas, pero administradas en fuertes dosis cada tres ó cuatro dias; ahora, si el mal ofrece carácter peligroso, son necesarios remedios mas enérgicos, como el kermes y aun el emético, si el mal arreciara. Las dosis se calculan, poco mas ó menos, por esta escala de comparacion: para un perro de tres meses la dosis que convendria á un niño de tres años; para otro de cuatro meses, la que convendria á un niño de cuatro años, y así sucesivamente considerando siempre como años de niño los meses del perro.

Durante este tratamiento debe hacerse guardar al perro cierto régimen. Se le dará poco de comer echándole en la sopa un poco de magnesia; se le hará beber agua melada, ni fria ni caliente, tibia; y se le tendrá constantemente resguardado del frio ó del calor excesivos. Algunos cazadores los alimentan durante la enfermedad con cabezas de carnero

cocidas, salpicadas con flor de azufre, y hemos presenciado buenos resultados.

Pero aunque todos esos remedios son eficaces y pueden llevar la enfermedad á buen término, como para administrarlos es preciso tener en cuenta muchas cosas que no están al alcance de quien no tiene á lo menos la práctica de curar, aconsejamos á los cazadores que estimen sus perros, que no se fien de sus propios cuidados y llamen desde luego al veterinario.

En todo caso el perro enfermo debe estar separado de los sanos, pues el usagre es enfermedad contagiosa entre ellos; de tal modo, que no solamente se pega á los perros jóvenes, sino tambien á los viejos.

Flujo de vientre y retencion de orina. Una decocion de hinojo, de malva silvestre, de grama, de flor de espino y un poco de miel, con cuyo liquido se haga una sopa, cura los flujos de vientre y las retenciones de orina ocasionadas por la fatiga y por el tránsito repentino del calor al frio.

Grietas en las patas. Estos males se curan fácil y sencillamente con abluciones de agua y sal; pero como el mismo escozor obliga al perro á lamerse, es preciso repetir con frecuencia las abluciones.

Botura. Esta enfermedad se presenta en los perros despues de un ejercicio violento, especialmente en la caza al agua, y ataca la juntura de las patas delanteras. Para curarla se frota la parte enferma con aceite de laurel en que se haya machacado antes raiz de malva silvestre, continuando el tratamiento hasta que el animal no cojee. Si el mal reaparece y la parte se hincha, hay que aplicarle un boton de fuego; despues se lava diariamente con miel y aguardiente alcanforado hasta que se caiga la escara ó costra.

Avivas ú orejones. Se da este nombre á las parótidas ó hinchazon de las glándulas situadas á cada lado del cuello. Esta hinchazon viene á ser tan considerable á veces, que el perro, despues de haber padecido mas ó menos tiempo, acaba por morir ahogado, si no se acude con el oportuno remedio, lo cual es en extremo fácil. Esas glándulas suministran la saliva, tan necesaria para las funciones vitales é interrumpida ahora por la inflamacion. Pues bien, no hay mas que manosear dos ó tres veces diarias esas glándulas oprimiéndolas suavemente y echar en las fauces del animal media cucharada de vinagre: con esto se provoca la salivacion y el mal cede á su tiempo sin otro tratamiento, con tal de que se deje reposar al perro algunos dias.

Cólico. Este accidente se conoce por los ladridos lamentosos del perro, que se revuelca y arrastra de vientre y aun suele mordérselo con una especie de furor. Tratamiento: administrarle una lavativa de media libra de agua de malvas ó decoccion de linaza, ó de agua natural en que se haya derretido manteca dulce ó sebo en cantidad de unos 92 gramos. Si el dolor no cede á la primera lavativa, administrasele otra y aun una tercera. El temple del agua debe ser muy bajo, tibio no mas.

Si el cólico proviniera de un enfriamiento, lo que puede ocurrir de vuelta de una cacería al agua ó de un bosque húmedo, puede combatirse eficazmente con un baño caliente en que se retenga al animal por espacio de media hora.

Si no cediera el dolor á beneficio de este remedio, apélese á las lavativas y repítase el baño, caso necesario.

Hay que advertir, por lo que valga, que para administrar á un perro las lavativas, se necesitan dos

hombres cuando menos, pues uno solo se arriesgaría á herirlo acaso gravemente por la delicadeza de la parte.

Crampe, embarramiento ó calambres. Este accidente suele atacar á los perros, despues de una larga marcha ó de una caza fatigosa, y haciéndoles padecer mucho, los pone fuera de servicio por algunos dias, si no se acude con el oportuno remedio. El remedio no puede ser mas sencillo: no hay mas que fricar la parte dolorida con aguardiente y si no la hay á mano bastará la fricción seca, repetida mientras sea menester.

Envenenamiento. El envenenamiento de los perros se cura dificilmente en la caza cuando proviene de haber comido las carnes preparadas contra los lobos y otros animales dañinos, ó la morcilla que suelen dejar en ciertos parajes los propietarios para desembarazarse de los perros vagamundos. Sin embargo, si se logra hacer tragar al perro envenenado una buena dosis de estafisagra en polvo, se le puede salvar. Por eso este antídoto tan sencillo como barato debiera ir siempre en el bolsillo del cazador avisado. Despues del antídoto hay que administrar al perro otra dosis de jarabe de espinocerval y no hay mas que hacer.

Postracion. La postracion resulta de un exceso de fatiga, que deja tan doloridos los miembros, que el perro grita si se le obliga á moverse del sitio en que se postra y en donde permanecería incapaz de servicio muchos dias. Estos animales están mas sujetos á estos estropeos en el verano que en las demás estaciones, sobre todo si se les deja meterse en el agua despues de la caza. El tratamiento mas eficaz es un baño caliente y aromático por la mañana y otro por la tarde, de media hora de duracion; despues se les enjuga al fuego flamante y se les cu-

bre con una manta de lana. El baño se aromatiza con manzanilla, sálvia, mejorana, etc., mezcladas con yerbas emolientes, como malvas, malvabisco, etc.

Callosidades. Cuando se deja que se multipliquen estas duricies en el cuerpo del animal, lo que le da un aspecto untuoso y le hace padecer mucho, se inveteran y se resisten á la curacion. Así que se echen de ver han de frotarse con aceite tibio para reblandecerlas, y luego se les aplica un emplasto compuesto con aceite de oliva, sal y corteza de calabaza en polvo. Tambien se consigue el mismo resultado frotándolas con una decoccion de hojas de sauce en vinagre en que se hayan tenido limaduras de hierro durante veinticuatro horas.

Sarna. La sarna se cura con un unguento compuesto con azufre, mercurio y sebo. Receta: píquense 9 decágramos de azufre y 3 de mercurio en un mortero y añádase el sebo cuando la amalgama esté hecha. Tratamiento: Frótese con este unguento al perro sarnoso y téngaselo sobre paja hasta su completa curacion.

En la escuela veterinaria de Alfort se emplea un tratamiento preferible: dos veces al dia y por espacio de media hora cada vez, se mete el perro en un baño compuesto de una parte de sulfuro de potasa disuelto en treinta y dos de agua.

Mal de oídos. Este mal se cura con el vapor de aceite de oliva de este modo: Se derrama un poco de aceite sobre áscuas y por medio de un embudo de hoja-lata ó cuerno de papel para mayor facilidad, se introduce el vapor en el oído del perro.

Mordeduras venenosas. Para curar las mordeduras de la víbora y en general de los demás animales venenosos, no hay mejor remedio que poner un poco de pólvora en la llaga y darle fuego. Esto en el acto mismo del azar.

Pero si la mordedura no es reciente y ha comenzado la inflamacion, hay que cortar el pelo, abrir la llaga en cruz y echar en ella amoniaco liquido.

Si la hinchazon es considerable se hará además tragar al perro una mezcla de una cucharada de aceite y otra de amoniaco liquido diluidos en un vaso de agua.

Heridas. Las que hace á los perros el jabalí se curan con un emplasto de benjui.

Si el perro ha sido despanzurado por el jabalí de modo que le salgan los intestinos, es menester ante todo lavárselos con aceite, metérselos blandamente otra vez, coser la herida con hilo blanco y humedecerla con una mezcla á partes iguales de azucar en polvo, aceite de oliva y vino.

Cánceres en las orejas. Estas úlceras se curan cauterizándolas con amoniaco bien concentrado, ó todavía mejor con un hierro candente.

Hidrofobia. Cuando haya solamente una sospecha de esta terrible enfermedad canina, debe matarse el perro sin mas retardo. Sin embargo, si no se quiere proceder tan á la ligera temiendo perder así un perro de estima, puede encadenársele en lugar seguro y cerrado hasta que no sean ya dudosos los síntomas, en cuyo caso no hay mas remedio que matarlo. Obrar con negligencia ó abandono en este caso es hasta un crimen á los ojos de la filantropía y de la moral.

Terminamos aquí la nomenclatura de las enfermedades perrunas que no exigen absolutamente la asistencia del veterinario, pudiendo tratarse con los remedios indicados. Hay, pues, otras enfermedades en la patología canina, pero estas no podrian combatirse bien con medicinas caseras y deben remitirse al veterinario, si se desea la curacion y se estima la vida del perro.

CAPITULO V.

Educacion de los perros.

Aunque el instinto natural del perro lo inclina invenciblemente á la caza, de modo que sin ninguna enseñaanza puede servir y efectivamente sirve al cazador, es conveniente educar ese instinto para que sirva mejor. Entre un perro de mero instinto y otro de educacion, habrá siempre la diferencia misma que entre un cazador empírico y un cazador instruido.

Eleccion del sabueso. Se elegirá con preferencia el sabueso de raza pura, de orejas largas y pendientes, de pie de liebre, de corbejon pronunciado, de pecho abierto ó ancho, y de gran aliento.

Educacion. Hasta los diez ó doce meses no es tiempo de educar el sabueso. Cuando esté al rededor del año, se le acostumbrará al collar de cascabeles y se le enseñará á conocer los sones de la trompa. Se le llevará á la caza con los ya amaestrados, y cuando se separe de la jauria, permaneciendo indeciso en el bosque, se le excitará á seguirla indicándole con ademan bien marcado el sitio en que los otros perros se sientan.

Si á pesar de estos esfuerzos no se consigue el objeto, lo mejor es atar el perro á un árbol para volver por él luego, ó enlazarlo á una pareja que no cace todavía.

Para enseñar mejor á los perros jóvenes se escoge el tiempo de brama ó celo de los ciervos, soltándolos solo á la vista de la fatigada res y en com-

pañía de los perros viejos. De este modo se animan, corren, alcanzan al animal fugitivo, cooperan á su muerte y participan de la ralea.

La ralea no es siempre posible, pero se la reemplaza con pedazos de carne empapados en la sangre de la res muerta, ó bien se abre esta y se arroja á los perros para arregostarlos las tripas del vencedor.

Con este estímulo y las excitaciones oportunas y constantes para que sigan á los perros viejos, muy luego se adiestran los jóvenes auxiliados principalmente por su natural instinto.

Perros de muestra. Se elegirá con preferencia el llamado braco de raza pura, de nariz grande y bien hendida, de cuello grueso y corto, de pié de liebre, de pecho angosto y de gran aliento.

Luego que el perro abandona á su madre, es menester que aprenda á seguir á su amo, á reconocer su voz y obedecer sus mandatos.

Educacion. A los cinco ó seis meses es tiempo ya de educar á esta raza de perros. Se comenzará por enseñarlos á *traer*, para lo cual se llenará de paja una piel entera de conejo, que se les tirará á cierta distancia, escitándolos con la accion á ir por el objeto y llamándolos luego para que vuelvan con él y lo suelten en la mano.

Si el cachorro no fuera voluntariamente, se le conducirá sin violencia, con halago siempre para que no tema y aborrezca el ejercicio y consiguientemente la caza. Si no recoge el conejo, se le bajará la cabeza escitándolo á cogerlo, y si aun se resistiera, se le pondrá en la misma boca haciendo que lo retenga en ella algunos momentos y acariciándolo al mismo tiempo.

Por este procedimiento se repetirá el ejercicio hasta conseguir que se preste, si no el primer dia,

el segundo, ó el tercero, porque al fin se prestará por su mismo instinto; y cuando se preste, se le dará una golosina cada vez que *traiga* bien.

Después de este simulacro, se substituirá la piel de conejo con un conejo muerto y luego con un conejo vivo y finalmente con una pieza de pluma viva también. Con esta gradación se va interesando su instinto y aprende á no clavar el diente, si se le enseña oportunamente.

No bastando estas lecciones será menester esperar á la estación del celo de la perdiz, es decir, al mes de marzo para enseñarlo á *mostrar* y á *traer* con el collar de fuerza. Con la codorniz no se le enseñará nunca so pena de resabiarlo.

Esperando esta oportunidad se le enseñará á obedecer, á acudir á la voz, con pocas palabras, breves y rápidas, y últimamente al silbido.

El collar de fuerza está armado de clavos cuyas puntas traspasan el cuero que toca el cuello del animal, y cuyas cabezas están sujetas á otro cuero sobrepuesto, formando con el otro el doble cerco del collar. Este collar está dispuesto con tal artificio que á una sacudida del cordón que del cerco va á la mano del cazador, se estrechan los dos cercos de cuero y pasan las puntas de los clavos á picar, con mas ó menos fuerza segun la sacudida, el cuello del animal.

Con este collar se lleva el perro á cazar y por medio del cordón se le maneja tan fácilmente como si fuera una figura de resortes.

Acostumbrado á la obediencia por este instantáneo y eficaz estímulo y hecha ya la escuela de la caza, digámoslo así, puede ya dejarse libre el perro, en la seguridad de que obedecerá á la voz, voz que le recordará el collar.

Si se resistiera aun alguna vez ú obedeciera mal

se le someterá de nuevo al collar de fuerza hasta que esté educado á satisfaccion.

Cuando muestre bien la pluma, se le enseñará á mostrar el pelo por medio de un conejo doméstico, que deberá tener atado para facilitar los ejercicios. Cuando esté en aptitud se sacará tambien al campo para completar su educacion en esta parte.

Para hacer que entre en agua el perro ya educado, se le llevará á un riachuelo en la estacion calurosa. En la márgen opuesta habrá otro cazador que tirará á una pieza llevada á prevencion por si se encontrara allí. El perro se inclinará á traer voluntariamente; pero si se detuviera por temor al agua, despues de repetir la prueba y los estímulos del cazador que lo acompañe, se le hará perder el miedo apelando al collar de fuerza.

Despues de estos ejercicios no hay mas que cazar: la práctica acabará de adiestrar al perro. Pero á lo menos mientras no esté completamente amaestrado no debe prestarse á los cazadores empíricos; bien que á estos no debe prestar nunca sus perros el cazador inteligente, el cazador instruido, el buen cazador. El perro y el caballo se resabian muy pronto bajo una mala direccion.

En cuanto á las monerías de guardar la ropa, de ir por el pañuelo olvidado ó caído, etc., si son estimables para los perros de paseo, no convienen de ningun modo á los perros de caza.

De otras razas de muestra. Hay una raza inglesa de estos perros de muestra, preciosa por su olfato y por su docilidad para la educacion. Estos perros para ser de raza pura, han de ser grandes y ligeros, de pelo largo, poco rizado y blanco con manchas rubias ó rojizas, de nariz amarilla y ojos dorados. Son excelentes para el llano y para el bosque; en primavera y en otoño son muy voluntarios

para el agua y muestran naturalmente; pero sienten mucho el calor y se rinden pronto en el verano.

Ya ha decaído mucho la afición que en otro tiempo se tenía á los perros ingleses, injustamente sin duda, pues no se tiene en cuenta que los defectos que se les notan en la caza son solo imputables á la ignorancia ó extrañeza de nuestra lengua ó de nuestra entonacion al menos. Este inconveniente puede evitarse procurando adquirir estos perros en edad de cachorros para educarlos á nuestra escuela, pues adquiriéndolos ya educados allá, es difícil hacerlos á nuestras voces de caza. Y hay que advertir que estos animales entienden tanto menos cuanto mas adiestrados están y nos servirian mejor si no se les hubiera enseñado nada. En esto se puede decir del perro lo que del caballo. Si un buen ginete monta un caballo aunque sea cerril, podrá sacar algun partido de él; pero un hombre ignorante completamente en equitacion no sacará ninguno del caballo mejor educado.

El braco ordinario es el perro que mejor conserva su olfato en el verano y aun en su vejez. Su cabeza es grande, su hocico cuadrado á manera de becerro, su ojo pequeño, pero vivo é inteligente, sus narices bien abiertas y los bellos colgantes. Tiene el cuello corto y grueso, el pecho ancho, el lomo redondo, las patas robustas y musculosas, las manos y piés grandes, el pelo corto, fino y lustroso en la cabeza y en las orejas, cuando está en buena salud, y en lo demás del cuerpo algo mas largo, mate y un tanto áspero. Su color es blanco manchado de castaño ó pardo mas ó menos oscuro, jamás de negro ni de rubio á no ser de raza amastinada. Su alzada varia entre 54 y 65 centímetros.

En los países llanos el braco es el mejor sabueso que se puede tener, por cuanto su olfato resiste mu-

cho á la sequedad y al calor. Però en país pantanoso no vale tanto ya ni mucho menos, porque no entra bien en agua y porque esta clase de caza le produce en los corvejones ciertas nudosidades que lo ponen fuera de servicio en edad poco avanzada. Es menos obediente que los de otras razas, mas obstinado, goloso y aficionado á las hembras; pero es muy inteligente y una vez bien adiestrado, léjos de resabiarse con un mal cazador es capaz de enseñarle los buenos principios de la caza. No deja de aficionarse á su amo; pero cambia sin sentimiento, siguiendo á cualquier cazador y abandonándolo á la vuelta.

El pachon de España no se distingue del braco descrito sino en la nariz hendida.

El braco de Bengala tiene formas menos redondas que el braco ordinario: su cabeza es algo mas prolongada y su cuerpo independientemente de las grandes manchas morenas, está todo cubierto de pequeñas pintas. Tiene los ojos rojizos y á veces las patas delanteras tambien. Es mas sumiso y fiel que el braco ordinario, pero no suele tener su inteligencia ni su olfato.

El grifo ó grifon difiere de los precedentes por su cabeza mas redonda, su hocico menos ancho y sus orejas mas cortas, como asimismo por su pelo hispido y largo, leonado á veces, á veces manchado de castaño. Este perro entra bien en agua, tiene inteligencia y viene á ser excelente cuando está bien educado; pero, por lo comun, es redomado y poco afecto á su amo.

El rabo. La cuestion de los rabos no está todavía resuelta. Unos cazadores se alzan contra esa bárbara mutilacion que en sentir de ellos desfigura al perro de muestra; otros sostienen que la mutilacion, léjos de ser bárbara, es completamente civil, pues

sin causar gran daño al perro, lo deja mas ligerô, mas esbelto, mas gracioso, siendo despues de todo necesaria so pena de comprometer el resultado de la caza.

Ved, dicen, ved un largo rabo en movimiento continuo azotándolo todo á derecha é izquierda, las mieses, los cáñamos, los dorados racimos, á cuya sombra ha ido á refugiarse la pieza. Despues de los daños que hace, el ruido espanta la caza, y el cazador, por mas que avive el paso, llega siempre tarde. Además, y esto es lo mas grave, ¿que cazador ignora que la actitud del rabo cortado varia sus movimientos y hace sus indicaciones, segun la clase de pieza, mientras que el rabo íntegro solo tiene un movimiento y una sola indicacion por consiguiente, sea cualquiera la pieza que tiene á la vista?

Estas razones son graves, y todo bien considerado aconsejamos que cada cual haga lo que tenga por conveniente.

Creen vulgarmente que el rabo del perro contiene en su extremidad un gusanillo que es causa de cierta enfermedad, y en esta creencia muchos son de parecer que debe cortarse á lo menos la última falange del rabo. Dicho está que esto es una vulgaridad: la causa de ese mal canino reside en las vias respiratorias y el rabo es completamente extraño á la inflamacion de estas mucosas.

La amputacion del rabo y aun de las orejas es necesaria en los sabuesos destinados á la caza del jabalí, del lobo y del zorro, pues cuantos menos objetos de presa ofrezcan á sus enemigos mas ventajas tendrán en la lucha con ellos.

CAPITULO VI.

Caballos de caza.

«La mas noble conquista que el hombre haya hecho jamás es la de este bello y fogoso animal que comparte con él las fatigas de la guerra y la gloria de los combates. Tan intrépido como su amo, el caballo ve el peligro y lo arrostra; se hace al ruido de las armas, ama ese ruido, lo busca y se reanima con su ardor. Comparte tambien sus placeres: en la caza, en la carrera brilla y centellea; pero tan dócil como fogoso, no se deja llevar de su gran ímpetu; sabe reprimir sus movimientos, no solo cede á la mano de quien lo guia, sino que parece consultar sus deseos, y obedeciendo siempre á las impresiones que recibe, se precipita, se modera ó se detiene y solo obra para satisfacerlas. Es una criatura que renuncia á su sér para no existir sino por la voluntad de otro; que sabe hasta prevenirla; que por la prontitud y precision de sus movimientos la expresa y ejecuta; que siente como se desea y no da mas que lo que se quiere; que entregándose sin reserva, no rehusa nada, sirve con todas sus fuerzas, se excede y aun muere por obedecer mejor.»

Añadamos á estas bellas palabras de Buffon, que, para gozar todas estas buenas cualidades del caballo, es menester un hombre que lo conozca, que lo domine, que lo modere, y en la caza sobre todo es donde el ginete necesita desplegar toda su aptitud, so pena de embarazar las mas bellas partidas y á veces de perder su propia vida.

Eleccion. Los mejores caballos de caza son los in-

gleses con los cuales se hace un comercio tan general como lucrativo. En efecto, el caballo inglés delgado, ligero, inteligente, duro, tiene todas las cualidades necesarias para esta clase de ejercicio.

No es malo el caballo español, pero lo que le sobra de gallardía le falta acaso para las fatigas de la caza.

Aun son inferiores los franceses, no por falta de rudeza, que en esto pueden competir con todos, especialmente los normandos; pero son pesados y de poco instinto.

Sea cualquiera su raza y procedencia, el caballo de caza ha de ser mas bien pequeño que grande, delgado, lo cual no quiere decir flaco, ligero, inteligente, duro, fuerte antes que gallardo, y que despache pronto el pienso. Con esto y buena boca, miembros flexibles y nervudos, docilidad, poco genio y gran resuello, tenemos ya todas las condiciones requeridas.

Edad. La edad del caballo de caza no es una cosa indiferente. Para educarlo hay que tomarlo joven; pero á los 9, 10 y 12 años puede prestar aun buenos servicios. El medio mas seguro para conocer la edad del caballo es la inspeccion de sus dientes. El caballo tiene cuarenta dientes y treinta y seis la yegua. Cada mandibula ó quijada tiene dos palas, dos medianos, dos extremos ó incisivos, dos colmillos, que faltan á las yeguas, y doce molares.

Primer período. De 6 á 10 dias despues de nacer, cuatro palas ó pinzas.

De 30 á 40 dias, cuatro medianos.

De 6 á 10 meses, cuatro incisivos ó extremos.

Estos son los llamados dientes de leche.

Segundo período.

De 2 años y medio á 3 años, las cuatro palas de muda ó de reemplazo.

De 3 años y medio á 4, los cuatro medianos.

De 4 años y medio á 5, los cuatro incisivos.

A los 6 años el borde posterior del diente incisivo está al nivel del borde anterior, pero aun no frota con el correspondiente. Las palas inferiores están completamente igualadas.

A los 7 años el borde interno del incisivo está gastado, los medianos están igualados y comienza á formarse una sesgadura en el incisivo de la mandíbula superior.

A los 8 años todos los dientes de la mandíbula inferior están igualados, su tabla se ha puesto oval, la cavidad central ha sido reemplazada por una exuberancia transversal en que aparece una faja amarillenta, que es el fondo de la cornea dentaria inferior.

Tercer período. A partir de los 8 años, el caballo no marca ya; ha llegado á la plenitud de su fuerza, está formado, y todos los signos que presenta su dentadura indican mas y mas su vejez.

Signos de vejez. Los dientes salientes, largos y amarillos; las carnes enjutas y los huesos pronunciados; los ojos vidriosos y turbios, el caballo gris se vuelve blanco.

Los gitanos y chalanos saben muy bien ocultar ó modificar estos signos, logrando así hacer pasar por caballos de diez años, los que tienen ya catorce ó quince y mas aun, los cuales no sirven ya para la fatiga de la caza.

Herrage. El caballo de caza necesita un herrage especial, ligero y bueno. Hay que exigir que la herradura se forge para el casco y no permitir de ningun modo que se amolde el casco á la herradura, como suele hacer el herrador imperito que estropea las manos y piés del caballo cortando ó quemando todo el casco que sobra á la medida del hierro.

La herradura debe ajustarse á fuego y ponerse en frio, sin que el caballo sienta el clavo. El clavo sentido, aunque no haga cojear, falsea los piés del caballo; pero si alcanza poco casco puede arrancar su base dejando por mucho tiempo fuera de servicio al animal.

Para la caza han de guarnecerse las patas del caballo hasta dos decímetros por encima del casco con botines de cuero cerrados con lazos para preservarlos en lo posible de todo accidente.

Pienso. La paja con cabezas de espariella ó zulla y avena, es el pienso mas conveniente al caballo de caza. Cuando está muy fatigado y no le entra al pienso, puede añadirsele medio puñado de sal y una rociada de harina de cebada. Algunos le echan salvado en vez de harina; pero el salvado ni aun merece el nombre de alimento, y su uso es á veces nocivo y siempre inútil. Antes de echarle el pienso debe llevarse al agua, que será clara y limpia, pues el caballo es muy delicado en esto, y antes no la beberá que beberla á disgusto.

Con todo eso, hay caballos que, cuando están fatigados repugnan todo pienso que no esté espolvoreado con afrecho, y en acostumbrándose á él, en vano se procuraria que tomaran avena pura.

Y se ha observado que el afrecho en el pienso un tanto humedecido da lustre al pelo y templá el ardor de ciertos caballos, lo que no es de despreciar cuando el tiempo es caloroso y han de seguir la fatiga. Pero sin embargo, no debe permitirse el uso del salvado sino en poca cantidad para engañarlos y hacerles comer el pienso, pues es una golosina que los echa á perder, bien que les reluzca el pelo.

De todos modos conviene batirles el agua cuando no es corriente y así se evitarán accidentes que suele ocasionar el salvado.

Al caballo se le calienta á veces la boca y es menester refrescársela; para esto no hay mas que darles á comer un puñado de habas secas, y en la estacion, algunas cortezas de melon, cortezas, repetimos, pues la carne del melon es nociva para el caballo.

Tambien come con gusto el caballo zanahorias, y pueden dárselas por forrage sin ningun inconveniente.

Enfermedades. El caballo está sujeto á muchas enfermedades; pero seria fuera de propósito dar aquí un tratado de veterinaria. Seria inútil tambien, pues habiendo albéitares en todas partes, no debe exponerse nadie á perder sus caballos sometiéndolos á un empirismo siempre peligroso. Las enfermedades de los caballos deben remitirse al veterinario.

Limpieza. En este punto nunca se pecará por exceso. La limpieza en los caballos les luce tanto como el pienso: es una necesidad higiénica. Dos veces cuando menos debe hacerse diariamente.

Hé aqui como. El caballo ha de cepillarse íntegramente á hierro y á pelo todas las mañanas; por las tardes bastará el cepillo, que debe ser de buena cerda, mas bien duro que blando. Luego han de labársele con una esponja y agua limpia, primero los ojos, y despues las orejas, la crines, la cola, el estuche, los corvejones, las cuartillas. Y finalmente se le peinarán las crines y la cola con un peine ligeramente untado de aceite.

Debe recortársele la cola, de modo que nunca le pase del corvejon.

Pero jamás se le cortarán los pelos de los bordes de las orejas por largos que los tenga, que nunca será mucho si el caballo es de buena raza. La naturaleza próvida ha hecho bien todas las cosas dando su destino á cada una, y esos pelos sirven para evi-

tar que penetren en los oídos los insectos, los cuales cuando llegan á penetrar impacientan al caballo hasta volverlo loco.

En este caso, que será raro dejando aquella prevision natural, si se puede sujetar á lo menos la cabeza del caballo para llenarle de agua el pabellon de la oreja desaparecerá muy luego el accidente, porque se habrá ahogado el insecto.

De vuelta de la caza, se le quitarán los botines, se le frotará ligeramente con un manejo de paja y se le reconocerá, especialmente de piés y manos para ver si trae algun daño á que haya de ponerse remedio. Luego se le aliojarán las cinchas y se le dejará reposar una media hora; y por último se le dará de beber y en seguida el pienso, desensillándolo entonces y frotándolo otra vez con mas detenimiento.

Si la silla se le hubiere sentado en alguna parte, de modo que se notara hinchazon ó rozadura, hay que frotar fuertemente y sin demora aquella parte con un poco de jabon blanco mojado en aguardiente.

Es prudente cubrir con una manta al caballo al entrar en la cuadra para evitar que se interrumpa la traspiracion ó para provocarla, si está ya interrumpida. Pero si no en la cuadra, es indispensable tomar esta precaucion, cuando despues de una carrera, hay que pararse por algun tiempo al aire libre, pues si se desdeña la precaucion, resultará luego al caballo una tos tan desagradable al amo como al animal, y que puede ser principio de una enfermedad muy grave.

Educacion. Es preciso tener con los caballos muchos miramientos, no exigirles nada mas allá de sus fuerzas, y no emplear el castigo sino en último extremo, pues muchos de ellos solo resisten por no

comprender lo que se les manda. Con los caballos se consigue siempre mas con la dulzura que con la violencia, y el aficionado á caballos debe, bajo este concepto, estudiar el carácter de su palafrenero. No es raro ver resabiarse excelentes caballos, por culpa de los que los manejan.

La educacion del caballo de caza se empezará por acostumbrarlo al ruido del cuerno y de los perros, como tambien al olor, al fuego, al humo y detonacion de la pólvora.

Cuando el caballo trote bien é igualmente de ambas manos, parando y reculando con docilidad, se le pondrá la silla y se montará á derecha é izquierda.

Para acostumbrarlo á las piernas del jinete, se hará uso del látigo en el momento de cerrarlas.

Se le hará primeramente saltar á mano, para lo cual teniendo el jinete la cuerda del bridon en toda su longitud, lo conducirá cerca de la balla ó zanja que saltará él primero: otro se colocará detrás del caballo con un látigo para determinarlo á saltar despues, y luego que salte, se le dará avena ú otra cosa de comer.

El ensayo se repetirá hasta que el caballo haya perdido completamente el miedo y salte de buena voluntad, en cuyo caso se montará para que salte con el jinete.

Cuando haya seguridad de que el caballo conoce las piernas, se le enfrenará con un bocado suave.

Regla principal: el bocado á de ser proporcionado á la fuerza y fogosidad del caballo; que sea suficiente para contenerlo, pero que no lo incomode en sus movimientos regulares. No es prudente cambiar el freno de los caballos: cada uno debe tener el suyo. Lo mismo decimos de la silla, que debe ajustarse bien, si se quieren evitar los asientos, hinchazones y mataduras.

«El primor del caballo, dice un antiguo cazador, es estar hecho al torneo para los compases de media vuelta sobre la derecha ó izquierda, ó vuelta entera sobre cualquiera mano, para darla con prontitud al llamar la brida, que vuelva al dejarla caer en el pescuezo, y se quede parado; pues hay algunos tan diestros, que al mover la caza, parece tienen el mismo instinto; que ellos mismos enseñan al tirador lo que ha de obrar, por su nobleza. Este se queda tan firme, que es lo mismo tirar desde el caballo que desde una muralla, por su firmeza y sosiego, pues aunque se mueva la caza, no se inmuta, ni mucho menos del tiro. Se va con grandísimo descanso en tales caballos; pero en tierras ásperas, si hay peligro, no se den los compases para no exponerse á algun precipicio y despeñarse.»

No hay mas que decir, respecto del caballo, y habiendo hablado en estos preliminares, aunque ligeramente, de todos los instrumentos de caza, bueno será que consagremos algunas palabras al cazador particularmente y así será mas acabada ó menos incompleta esta introduccion.

CAPÍTULO VII.

El cazador.

Hemos dicho en el prólogo de este *Manual* que la caza es un ejercicio higiénico, y efectivamente ese trabajo físico que no se siente, porque es á la vez recreativo, robustece las fuerzas del hombre, que necesita movimiento, y conserva en buen estado su salud.

Pero para obtener este resultado, es preciso no cometer imprudencias, á que arrastra unas veces la ligereza de los pocos años, y otras la misma pasion

de la caza. ¡ Cuántos jóvenes y hombres maduros se han desgraciado en la caza sufriendo las consecuencias mediatas ó inmediatas de esas mismas imprudencias !

Precauciones. El cazador prudente no debe agotar sus fuerzas en una fatiga continuada por mucho tiempo, sino que ha de moderarse tomando la caza como una diversion, que permite treguas de reposo, y no como una funcion de guerra, en que hay que seguir la fatiga hasta morir ó vencer. No vale la pena todo el botin de una jornada de caza, si se ha de subir de un tiron una montaña echando el corazon por la boca, ó ha de bajarse á un precipicio con riesgo de perniquebrarse. La vida y la salud antes que todo.

El cazador fatigado y sudoriento no se pondrá á descansar á las corrientes del aire, por mas que lo halague el fresco ; sino que buscará un parage resguardado, donde pueda tomar aliento y reposo sin peligro de un espasmo, que puede empezar por un enfriamiento, seguir por un catarro, y acabar por una tisis.

Por la misma razon, se guardará igualmente de beber agua fria en ese estado de fatiga sudorosa, esperando, por mucha sed que tenga, á estar bien reposado, para calmarla entonces.

El cigarro es un buen recurso para llenar estas y otras pausas necesarias en la caza, y que impacientan al cazador que no fuma : el cazador debe fumar. Tome por regla inviolable echar un cigarro y fumárselo despacio antes de beber agua, esté fatigado ó no, y le irá bien.

Sirve tambien el cigarro para engañar el hambre y la sed, que no siempre tiene el cazador á mano los medios naturales de satisfacer una ú otra necesidad. ¡ Oh ! ¡ Cuántos cazadores ilustres y aun rea-

les, hubieran dado todas las piedras preciosas de sus coronas por un mendrugo de pan ó por un vaso de agua, siquiera fuera de cuerno, en muchas desgraciadas funciones de esta guerra de mentirigillas! El cazador que se encuentre alguna vez en este caso, fume, pero no escupa, pues la salvacion lo haria desfallecer mas pronto.

El cazador prudente debe huir del aire viciado. Viciase el aire especialmente con las emanaciones de los sitios pantanosos. Los cazadores de agua se exponen á enfermedades endémicas; pero pueden preservarse retirándose del peligro antes de cerrar la noche. Sobre todo no dormirán nunca en estos sitios. El sueño en sitios malsanos es peligrosísimo.

Cuando el cazador se mojare los piés, ó tuviere que sufrir la lluvia en peso, sin poder cambiar de ropa oportunamente, donde quiera que se recoja á la noche se dará unos pediluvios bien cargados de ceniza, á falta de mostaza, y se acostará bien abrigado, tomando antes un ponche en invierno y un te en verano. Los ingredientes para estos sudoríficos los hay en cualquier parte. Con un limon, te y aguardiente está hecho el ponche. Si no hubiere limon, una yema de huevo batida en el te con aguardiente, aun es mejor. Si faltare aguardiente, vino caliente con azúcar en invierno, y agua azucarada y hervida en verano, si hasta faltara te.

Se tendrá sumo cuidado con la pólvora; pero si á pesar de todo se inflamara causando alguna quemadura, se batirá en una vasija aceite y agua á partes iguales hasta que condensándose la mezcla, se obtiene un unguento refrigerante y eficaz para curar el mal, si es ligero, y para dar buena espera, si es grave.

Si andando entre riscos y breñas se sufriere alguna contusion, sin tener á mano manteca para una

untura ni aguardiente para una fricción, se abrigará bien la parte contusa y se esperará mejor. Pero el cazador prevenido debe llevar siempre consigo un frasquito de árnica para las contusiones y tafe-tan inglés para las heridas.

«Conviene que el tirador, dice Arellano en su *Arte de cazar*, se guarde de la boca de la escopeta estándola cargando y echar el cañon del cuerpo y que no llegue á él, cuando cargue ó esté cargada, para evitar el daño que puede sobrevenir, echando la boca fuera, que no mire á él ni á ninguno de sus compañeros.

«Así mismo al subir ó bajar algun alto, procurará firmar la escopeta fuera de peligro tomándola por la culata, y al pasar algun barranco penoso, deberá asegurarla primero en el fiador, no apoyándose en ella, por seguridad que se tenga, pues la escopeta no tiene mas que un golpe y es fatal. Lo mas seguro será echar el rastrillo atrás y el gato que descansa sobre la cazoleta, pues han sucedido grandes desgracias, que pudiera contar, si no fuera porque no pertenece á mi intento, que es hacerte diestro para saberte guardar.

«Páreceme muy conveniente advertirte que cuando salgas acompañado al campo, debes llevar la escopeta, así en los montes como en los caminos altos y bajos, siempre en el fiador, aunque no se vean los compañeros; que no mire la boca á nadie, aunque esté descargada, pues solo el mirarla infunde miedo y horror; y en llegando al campo levantarás el gatillo, precediendo la misma circunstancia de llevarla desviada de todos, pues de otra manera, puedes matar al que cojas por delante al bajar ó subir el gatillo.

«Asentado esto, entraréis á cazar, divididos á proporcion del parage, no firmando los cañones en las

matas, y mas cuando hay gente delante. Y en entrando á cazar, iréis hablando alto para advertiros mutuamente, reconociendo antes vuestras entradas.

«Si se pasa algun barranco penoso con bajada ó subida, bajaréis los martillos, y el primero llevará el cañon delante, el segundo al lado de afuera y el último la boca detrás, pues de este modo no teneis peligro.

«Si llegais á hacer descanso, las pondréis en el fiador, dejándolas en el suelo apartadas, no arriadas á las paredés ni á los árboles, para que se caigan ó las derribe algun perro y suceda alguna desgracia. Y en los encuentros iréis con gran cuidado, pues no os veréis si estais separados; y si sale la pieza avisaréis á los compañeros. Y tened gran precaucion, porque el menor descuido suele pagarse nada menos que con la vida.

«No tireis á cosa ninguna estando en frente de alguién, pues la municion corre mucho; y en el caso de tirar, sea antes que se hayan igualado, ó mucho despues que hayan pasado.

«Y tambien miraréis á la ladera de en frente y guardaréis la misma regla; y lo mismo haréis entre árboles y cañamos y en los regadíos, por los muchos labradores que concurren.

«Cuando se determine volver á casa, cuidaréis de que las escopetas se traigan segun se llevaron al tiempo de ir á caza; y entrando en casa, las pondréis con la seguridad que se debe, para que no suceda alguna desgracia, en caso de que quiera usar de ella algun familiar, que es muy comun.»

Traje de caza. El cazador no deberia atender á la elegancia de un traje al fin de campo, sino á su comodidad y conveniencia; pero pudiendo conciliar lo uno y lo otro, no nos hemos de oponer á la elegancia. Es un mal que el hombre tenga en materia de

trapos algo de mujer ; pero es un mal que nos parece bien. Adelante.

¿ Por dónde empezamos á vestirlo ?

Por los piés se viste el hombre.

Pues por los piés.

Calzado. Suela doble, que no deja sentir la escabrosidad del terreno, herrada, que agarre y no se deslice, ámplia que abarque mucha superficie y aumente la base y la seguridad ; caras y demás de becerro en su color natural, fuerte pero no duro, blando, flexible, suave ; medida estricta, justa, ni apretada ni holguera ; botina ó borceguí, no zapato, que matan sus rebordes : hé aquí el calzado selecto del cazador. Pero en terrenos quebrados y resbaladizos se necesita suela de cáñamo ó alpargata.

Polainas. Han de ser de cuero en su color natural, pues de otro modo necesitarían betun todos los dias, ó estarían descoloridas y de mal ver ; y fuertes para que llenen su objeto, que es resguardar bien las piernas contra todas las malezas del campo ; y ceñidas sin presión, especialmente de boca para no dar paso á nada extraño. Por medio de una trabilla, de cuero también, se ajustarán, perfectamente á la llave del pié sobre el borceguí á fin de evitar que se introduzca algun insecto, que pudiera ser venenoso y de todas maneras molesto. Con este mismo fin irán completamente cerradas de arriba abajo.

Pantalones. Deben ser de lana siempre, de mas ó menos cuerpo, segun la estación, y anchos, ó desahogados de modo que no embaracen ningun movimiento. Prendidos y sujetos á las piernas por las polainas, arrancarán en pliegues flojos por debajo de las rodillas dejándoles libre y despejado juego. Al pantalon, como á las demás prendas del traje venatorio, no deben faltar grandes bolsillos.

Chaleco. Largo y cerrado hasta el cuello en todo tiempo y de lana mas ó menos comfortable, segun la estacion. El pecho es la caja que guarda la salud de todo el cuerpo. Presérvese bien esta preciosa caja y todo irá perfectamente. Y no pudiera preservarse, especialmente en el verano, cuando aun sin fatiga se suda, á no llevar esa armadura de precaucion, que así puede decirse. Considérese el peligro á que se expone el cazador fatigado, dejando el pecho sudado al aire libre, ó mal defendido contra un fatal enfriamiento, y se comprenderá en toda su importancia la conveniencia del chaleco largo, cerrado y comfortable en todo tiempo.

Chaqueta. El cazador no deberia usar faldones, ni nada que lo embarace; pero ya que por elegancia los use, sean de muy poco vuelo, para que no sea mucho el embarazo. Nosotros, empero, continuaremos prefiriendo la chaqueta, ancha y larga sin que pase de las ingles. Lo demás es ofrecer ocasion á los espinos y á los garranchos de todos los matorrales para que á cada paso sujeten al cazador, hombre que siempre va de prisa, como que va siempre en persecucion de inocentes reos de caza que huyen mucho mas que los criminales.

Sombrero. Todavía no se ha inventado el buen sombrero de campo ni el de campaña, que para su objeto debieran ser iguales. Verdad es que en hecho de vestir, toda moda es un absurdo mas ahora; pero entre todos los artistas ó artesanos que visten, el sombrerero es el mas absurdo de todos. Tambien es verdad que el sombrero no tiene obligacion de saber lógica; pero tiene mucha necesidad de saberla, no para vender sombreros malos, toda vez que así los compran; sino para hacerlos buenos.

¿Qué me diréis del *ros*, moda insistente de campaña, que como el antiguo morrion, entre otros mil

defectos, ni preserva del sol, ni desperdicia una gota de agua? Primero absorbe toda la que puede, y luego la va destilando graciosamente, con la que sigue cayéndole, por el cuello del militar, que desagua por los talones, despues de haberse lavado todo el cuerpo. Ros de Olano, inventor de este trebejo, es un desdichado sombreroero.

¿Y qué me diréis del hongo, sombrero contumaz de campo y de ciudad, que sí resguarda del sol, cuando llega á tener alas, se hace una gacha, cuando se moja y aprovecha tambien el agua para la misma ablucion?

El sombrero de campo y campaña, debiera ser en primer lugar *sombrero*, y en segundo *paraguas*.

Castor impermeable, de alas consistentes y amplias, de color blanco, que no absorba como el negro, sino que rechace los rayos del sol, y con barboquejo de cinta para el aire: hé aqui nuestro sombrero de caza.

Guantes. Protestamos contra esta superfluidad de etiqueta; pero recomendamos lo que es una conveniencia, como preservativo de la intemperie. El cazador, que por gusto, sino por necesidad, arrostra las inclemencias de todas las estaciones, necesita guantes, de lana en invierno y de seda en verano. Gato con guantes no caza ratones, dice el refran, y tiene el refran razon. Por eso al dar guantes al cazador, dejamos á su arbitrio la oportunidad de usarlos. Cuando los necesite se los pone y cuando le estorven se los quita: á bien que en siendo desahogados, como deben ser, no es obra de romanos calzarlos ó descalzarlos.

Y ahora conocemos que no nos hemos vestido bien, pues hemos olvidado la ropa interior, que es primero que la exterior. Pero aquí está para vestirnos otra vez mejor.

Nada de hilo ó raiz de la carne el que haya de sudar al aire; todo de algodón, y si pudiera resistir la lana en el verano también, mejor aun: lana fina en toda estación. Nosotros no la resistimos y solo en invierno llevamos de caza una elástica de estambre fina, y unos calcetines de lana burda: lo demás de algodón. Tampoco suprimimos en el verano la elástica, pero de algodón, como los calcetines; y es una precaucion que nos preserva de enfriamientos peligrosos y que por lo mismo aconsejamos á nuestros compañeros.

Los cazadores, los militares, los caminantes, todos los hombres de intemperie se quejan mas ó menos pronto de los riñones y de reumatismos. La humedad, el frio, el aire son causas de estos achaques fatales. Pero hay preservativos eficaces, que nosotros usamos por consejo de cazadores viejos.

No dejéis de ceñiros en invierno una buena faja de estambre interior ó exteriormente, y preservaréis con este abrigo los riñones.

Echad polvo de alcanfor entre sábanas la primera noche que durmais en vuestra cama, despues de una cacería húmeda ó mojada, y preservaréis de reumatismo los huesos, neutralizando así las malas influencias recibidas.

Preservad también los ojos del polvo ó de la excesiva irradiacion del sol, cuando vayais ó torneis de caza. Unas gafas de color son muy útiles cuando se va de camino.

Con esto damos fin á los preliminares de este *Manual* y entramos en materia, abordando antes la parte que debiera metódicamente tratarse despues. Aunque no teniendo gran importancia en nuestros climas la *caza mayor*, bien puede postergarse á la *menor*, que es la mas comun entre nuestros cazadores, sin gran ofensa de la lógica.

PRIMERA PARTE.

CAZA MENOR.

Para sacar de esta caza todo el partido posible, es menester hacerla en regla desde el principio, ya vaya uno solo, ya en compañía de otros cazadores.

Se comienza por batir el campo á buen viento á fin de caer sobre la caza sin ser desorientados. Ha de andarse á paso lento, deteniéndose con frecuencia, pisando las matas con cuidado, ladeando con el pié los yerbazales y brozas, retrocediendo cuando sea menester, para seguir luego adelante guiando al perro con la mano, ó con el silbo sin perderlo nunca de vista. *El ojo atento y la boca cerrada* es una regla que no debe olvidarse aquí.

Cuando el perro hace muestra es menester andar atentadamente examinando la direccion que indica su actitud para descubrir la caza; si no se descubre desde luego y el perro se sostiene en muestra, sigase la direccion de su hocico, que casi debajo está; y en descubriéndola, de seguro que al instante salta. El cazador debe tener mucho tino cuando el perro se le queda de muestra, serenidad y no precipitarse, asegurar bien la puntería, pues conviene matar la pieza, no por el valor de ella, sino por lo que gana el perro en aficion é instruccion. Es muy comun entre los cazadores que, cuando un perro queda de muestra, dan un grito y alborotan la comarca, nada de esto, se debe tener paciencia,

que el incidente ha de concluir siempre con ventaja del cazador y del perro.

Cualquiera que sea la pieza, de pelo ó de pluma, hay que dejarla arrancar. No se precipite el cazador en este momento crítico. Déjela salir, ya arranque de cerca, ya de léjos. Despues tírele, apuntando mucho ó poco, pero bien.

Si el perro queda en muestra, cárguese otra vez sin demora, sosteniendo al perro mientras en voz baja.

Andando sin cesar se pasaria veinte veces cerca de una cama de liebre sin que esta se moviera; pero salta al punto luego que el cazador se detiene.

Cuando el perro muestra sin sostenerse, pero repite con frecuencia en un breve espacio, no anda muy léjos la pieza: con esta advertencia el cazador ha de ser todo ojos y oídos.

Es inútil perseguir la liebre que ha escapado ya una vez: en aquella jornada á lo menos no sostendrá la muestra del perro y fatigaria al cazador que nunca llegaria á tiempo.

El faisán corre gran espacio delante del perro antes de alzar el vuelo. Es conveniente acostumbrar al perro á seguirlo lentamente y á sostener bien la muestra hasta que se le empuje con la rodilla, segun se le va siguiendo, para que adelante algunos pasos y vuelva á mostrar.

Los faisanes nuevos saltan uno tras otro; los perdigones ó pollos de perdiz en bandada.

Cuando se levanta una bandada de estos pájaros nuevos, debe tirarse primero á los dos mayores, esto es, al padre y á la madre, á fin de entrar luego mas ventajosamente con los hijos, que no teniendo ya guías, se desbandarán muy luego y vendrán á caer sucesivamente bajo la muestra del perro y por tanto bajo el plomo del cazador.

Los gazapos se hacen seguir tambien con harta frecuencia jugueteando delante de los perros, los cuales en la muestra de pelo tienen generalmente el rabo menos inmóvil, que en la muestra de pluma.

Cazando muchos juntos es menester ir en linea, á unos veinte pasos de distancia los unos de los otros y todos de perfecto acuerdo. Ninguno usurpará á otro su vez aprovechándose de la muestra de un perro que no sea el suyo; y se auxiliarán los inmediatos, cuando falte una escopeta ó falle un tiro. Nadie se apropiará la caza de otro. Respétense los derechos. La pieza herida no pertenece al que la hirió sino al que la remata; y la muerta de dos ó mas tiros á la vez, pertenece al mas mezquino.

«Lo primero que has de hacer para salir de caza, decia el maestro Arellano allá en los tiempos de la cazoleta, es prevenir tu caballo tomando la brida por entre el dedo miñique de la mano izquierda y que cruce por debajo á la palma de la mano y venga á parar encima del carpo de la misma mano, para si no está hecho el caballo á oír los tiros, sujetarlo, con lo necesario para tí; tomarás tu escopeta bien lavada, y si tiras á la mano derecha, la tomarás con dicha mano á la culata y los tres dedos al guardamonte y el pulgar encima de la caja y el otro al disparador; y en saliendo la pieza, ó parada, la arriamarás al hombro derecho muy firme y con la mano siniestra guiarás el cañon á la caza, y aunque gastes tabaco no tienes que arrojar el polvo, pues la mano siniestra no sirve mas que para guiar el cañon; tira que no te será de ningun impedimento. Si tiras á zurdas cerrrarás el ojo derecho, y si á derechas el siniestro.

«Llevarás tus bolsas bien prevenidas de municion, pólvora y perdigones con unas cuantas balas para si sale alguna caza mayor; llevarás tacos,

sacatrapos, martillo, *pedras*, *eslabon*, *yescas* y *pajuelas* (1), que todo es necesario.

«Y si vais cuadrilla, las angarillas bien prevenidas de vianda, que en el campo no hay quien pres- te: esto es para dejarlo en paraje á propósito para comer, pues se suele llevar agua para guisar y con todo lo necesario de cocina, y consigo para echar un trago, pues muchas veces os sucederá el echar la caza al tiempo que vayais á comer, y os diverti- réis un rato, y se suele matar bien la caza; y si son perdices no las dejaréis, porque despues no encon- traréis nada y mas en tierras que andan escasas.»

Hasta aquí el maestro Arellano, cazador que con el polvo en la mano izquierda y la escopeta en la derecha no tenia rival en sus tiempos, y termine- mos nosotros con sus instrucciones las que veníamos dando.

TRATADO PRIMERO.

Caza de pelo.

CAPÍTULO I.

La liebre.

Este animal tan comun en España y tan conocido de todos los cazadores por su fácil caza, tiene el hocico relativamente grueso y el lábio superior hendido hasta la nariz, que húmeda siempre y casi

(1) Recordamos que este pobre maestro era cazador de chispas allá en el siglo pasado.

siempre en movimiento solo tiene una avertura, aunque parece dividida, largos y cerdosos mostachos guarnecen su bello superior y está servido por un oído finísimo. Sus orejas tienen una longitud desmesurada; sus patas delanteras son mucho más cortas que las traseras y en esta desproporción está el secreto de su prodigiosa velocidad en la carrera: así, cuando se vé perseguida rara vez deja de ganar el asilo.

Las liebres más grandes suelen medir 80 centímetros de longitud desde la extremidad del hocico hasta el nacimiento de la cola. En los campos de Alemania se cazan algunas que pesan hasta 7 kilogramos. Las liebres de llanura son más grandes que las de monte.

Sin ahondar madriguera, la liebre hace su cama debajo de una mata, de una cepa, de un terruño, en medio de un surco, y en ella duerme la mayor parte del día, y va á buscar el pasto á la caída de la tarde andando errante toda la noche.

Por la mañana cuando hay escarcha se distingue perfectamente por su color pardo sobre el fondo blanco, y más tarde, cuando ha sido perseguida una especie de humo ó vapor blanquecino puede servir de guía para descubrir su cama.

La liebre macho se conoce á la simple vista en que tiene blanquinosa la parte trasera, los lomos rojizos, las orejas más cortas, anchas, blanquecinas y cerradas, la cabeza más corta y ancha, las barbas más largas y fuertes.

Para cazar la liebre con sabuesos, es preciso elegir un tiempo fresco y algo húmedo y de ningún modo intentarlo con el calor ni con viento seco; pues no solamente se trabajaría en vano, si que también se desalentarían los perros que no entran en afán si no ventean la caza.

Este animal tan ligero y tímido, tiene sin embargo bastante resolución, no solo para sustraerse á los perros por medio de quiebro y saltos en distintas direcciones, sino para ganar el terreno mas favorable á sus evoluciones. En efecto, llega á él con anticipacion, va, viene, salta, corre, parece que no pone los piés en el suelo; pero cuanto mas se esfuerza por salvarse, mas huellas deja para su persecucion: su astucia puede retardar algunos momentos su fatal destino, pero al fin es preciso que sucumba.

Luego que la liebre es muerta ha de cuidarse de hacerle orinar suspendiéndola del cuello con la mano izquierda y oprimiéndole el vientre con la derecha.

Despues de haber hecho su escapada, la liebre vuelve á la cama, buscando por lo regular un campo labrado en uno de cuyos surcos se agazapa para desorientar á los perros.

Si en vez de volver sigue derechamente y léjos, es un macho forastero, que no dejará su direccion hasta ganar su terreno, distante á veces muchas leguas.

La conformacion de los ojos de la liebre no le permite ver directamente por delante, y suele venir derecha al cazador, quien sin moverse debe dejarla llegar á buen alcance para tirarle entre las paletillas.

«He visto, dice Fouilloux, una liebre tan maliciosa, que en cuanto oia la trompa de caza, saltaba de la cama, y así hubiera estado un cuarto de legua de allí, se iba á un estanque, ganaba á nado un islote que habia en medio de él y hacia su cama entre los juncos, sin ser de ningun modo cazada por los perros. He visto á una liebre correr dos horas largas delante de los perros, y despues de su car-

rera, desalojar á otra y ocupar su cama. He visto otras que despues de haber corrido muchas horas, entraban por debajo de la puerta de un aprisco y se guarecian entre el ganado.

«He visto otras que perseguidas por los perros se metian entre las ovejas que en numerosa compacta grey pacian en el campo y no habia perros ni cazadores que pudieran separarlas de allí. He visto otras en fin, que cuando habian corrido media hora iban á trepar á un muro viejo y se agazapaban allí entre la yedra.»

Tambien se caza en llano la liebre con lebreles. Estos perros que no tienen olfato siguen la pieza á vista y en un instante la alcanzan, la zarandean, la matan y hunden su largo hocico en sus entrañas.

Al acecho se matan tambien muchas liebres. Por la tarde á la puesta del sol se aposta el cazador á la orilla de un bosque en un sitio ventajoso y espera. La liebre á esta hora abandona el bosque para pasar la noche paciendo en el campo y entonces se le tira sobre seguro.

Se va tambien al acecho á la hora del retorno, es decir por la mañana, desde el amanecer hasta la salida del sol.

En el mes de mayo el mejor puesto de acecho es la inmediacion de un campo de trigo; en medio del verano cerca de un campo de avena, habichuelas ú otras semillas.

Pero esta caza no se hace con ventaja sino desde mediados de abril hasta fines de setiembre, pues pasada esta estacion, no sale ya la liebre del bosque hasta cerrada la noche, volviendo antes de que apunte el dia.

Para aumentar las probabilidades de buen éxito en la caza al acecho se emplea un medio bastante fácil. Al anochecer se va á orillas del bosque y se

recorre á lo largo llevando atado un buen perro. El animal reconoce por el olfato la pasada de la liebre, y el cazador hace una señal bien marcada para reconocer el sitio que indica el perro. A la mañana siguiente, mucho antes de amanecer, vuelve ya solo el cazador y se pone al acecho en el paraje conveniente y puede tenerse casi la seguridad de ver la liebre, porque vuelve siempre al bosque por el mismo sitio por donde ha salido.

Si se quiere ir al acecho por la noche, se hace de madrugada la misma operacion con el perro y se va á la noche á esperar que salga la liebre por el mismo sitio por donde entrara.

Otros emplean un medio mas ingenioso para forzar á las liebres y aun á las zorras, que pueden estar dispersas en una vasta extension de terreno, á pasar cerca de la emboscada donde se las espera en acecho. Toman dos hilos bramantes de unos 200 metros de longitud cada uno, y los guarnecen de plumas blancas de gallina ó de ánsar; tienden estos hilos en toda su longitud á la orilla del bosque y á la altura de un metro poco mas ó menos, sosteniéndolos de trecho en trecho con piés ó estacas ahorquilladas. Entre los dos hilos dejan libre un espacio de ochenta pasos y se apostan en medio.

Cuando la pieza quiere volver á entrar en el bosque, ve las plumas que el mas ligero airecillo mueve y no se determina á pasar, sino que huyendo del hilo viene á hacer su entrada por el espacio de los ochenta pasos libres, de que resulta que el animal se ve obligado á pasar á cuarenta pasos del cazador todo lo mas.

Las liebres se cazan muy bien con lazo. Ha de hacerse este armadijo con un alambre muy fino que se pone en los pasos estrechos con un nudo escurridizo. Para ponerlo bien es preciso haber obser-

vado el paso de una liebre á través de un vallado, lo que queda indicado con el pelo que deja entre las ramas.

En el invierno cuando la tierra está cubierta de nieve se sigue acertadamente á las liebres por la pista, y teniendo perseverancia se da seguramente con ellas que están agazapadas en sus camas, donde puede tirárseles sobre seguro. Pero hay que competir en astucia con la liebre, uno de los animales mas suspicaces y cautos por su misma timidez. La liebre tiene el conocimiento suficiente para prever que se le seguirá la pista y así, antes de hacer cama, tiene la admirable astucia de embrollar y confundir la direccion de sus huellas yendo y viniendo cien veces en todas direcciones, y cuando cree haberlo conseguido, salta con gran impetu y va á encamarse á siete ú ocho pasos de distancia. Para no dejar ya aquí rastro ninguno permanece sin mas movimiento ni señal de vida donde cae, ocultando aunque sea solo la cabeza bajo un terruño ó bajo una mata.

Las liebres se buscarán en la primavera en los trigos, en el verano en los rastrojos, en el otoño en las viñas y en los labrados frescos ó recientes, y en el invierno en los matorrales, en los bosques, en las espesuras, al abrigo siempre del viento y de la humedad.

«Estas, dice un antiguo cazador, se buscan con el perdiguero en las comarcas siguientes: en el verano irás á las sombras de las matas espesas por su frescura y á los altillos al aire, donde las encontrarás; y si hay cerca viñas allí se retiran por la frescura de la parra y de la yerbecilla tierna; en tiempo de agosto á los prados sin labrar porque las espantan los segadores; y si hay cerca praderas con juncos, allí se meten. Cuando salen parecen relámpa-

gos y si te hacen alguna cabriola, les darás una voz, que ellas seguirán su carrera y les tirarás á gusto. En los inviernos con escarchas las buscarás en los barbechos y en lo mas limpio se echan al sol; mirarás bien los surcos y las verás pardear; si ha llovido por la noche y está mojada la tierra, las buscarás en los pedregales, pues tiran á lo enjuto y para tirarles, desde alto y lo harás mejor; tambien se echan en los troncos de los árboles y debajo de las cepas, pero te advierto que con facilidad te se quedarán agazapadas y pasarás adelante, si no vas haciendo algun amago. Si le tiras y te se va, ve donde va á parar y no le entres por detrás, porque como está hostigada, escapará muy léjos: déjala descansar ó éntrale por delante, que saldrá debajo del cañon y aun te será preciso hacer algun amago para que salga, ó le tirarás en la misma cama. Cuando haga aire, irás á los abrijos y parages resguardados y allí las encontrarás.»

La liebre, que vive siete ú ocho años, y que tiene uno entero de crecimiento, se encuentra en estado de reproducirse desde el primer año. La hembra que recibe al macho en todo tiempo, tiene un mes de gestacion ó preñez y pare tres ó cuatro gazapos, volviendo en seguida á recibir al macho.

Los gazapos de liebre nacen con los ojos abiertos: la madre los lacta por espacio de veinte dias, despues de los cuales, la dejan y buscan ellos de propio instinto su alimento. Rara vez se alejan del terreno en que han nacido, y así cuando se encuentra un gazapo en cualquier sitio, hay cási una seguridad de encontrar dos ó tres mas en los alrededores.

A pesar de la lascivia de estos animales, solamente nacen gozapos desde diciembre hasta marzo. Las liebres se alimentan de yerbas, de hojas, de

frutas, prefiriendo sobre todo las plantas de jugo lechoso. La calidad de su carne depende de su pasto y de los parajes en que viven. Es excelente cuando el animal vive en los montes, donde abundan el serpolio y otras plantas aromáticas. La carne hecha en los llanos, aunque buena, no es tan regalada, y la mas inferior es la de liebre de hondonada, de tierras bajas y pantanosas.

La piel de la liebre es de un pardo rojizo y suele emplearse para abrigos interiores.

CAPITULO II.

El conejo.

Mas pequeño que la liebre, á quien se asemeja mucho por su conformacion, el conejo le aventaja en sagacidad é instinto de conservacion, pues sabe hacer ó buscar á lo menos una madriguera, á veces muy profunda y tortuosa, donde ampararse de la intemperie y de sus enemigos, mientras que la liebre se contenta con arañar someramente la tierra para hacerse una cama que no la protege contra estos ni aquella.

A pesar de su semejanza, estos animales no se aparean nunca, formando dos especies distintas, separadas y aun antipáticas. En el paraje en que abundan los conejos, es raro encontrar liebres, y en una comarca de liebres rara vez se detiene el conejo.

El conejo del campo se distingue del doméstico ó casero por su tamaño generalmente mas pequeño, por su cabeza mas corta y casi redonda, por la calidad de su carne, que como mas trabajada es tam-

bien mas delicada y por su piel constantemente parda por el lomo y blanca por el vientre, mientras que hay conejos domésticos de todos colores ni mas ni menos que los gatos, cuya carne tiene un husmillo parecido.

El conejo vive siete ú ocho años como la liebre y es capaz de reproducirse á los cinco ó seis meses. La hembra del conejo, como la liebre, está siempre en celo y recibe al macho en todo tiempo; tiene un mes de preñez y pare con fecundidad asombrosa, pues suele echar hasta diez gazapos, que cria por espacio de seis semanas, sin dejarlos salir solos al campo hasta que tienen dos meses.

Algunos dias antes de parir la hembra se aleja de la madriguera todo lo conveniente á su gran precaucion, busca un paraje oculto y hace en la tierra un agujero profundo y tortuoso, que se llama gazapera y despues de haber hecho en su fondo una muelle cama con el pelo que se arranca, deposita allí su cria.

Sin esta precaucion que le aconseja su gran instinto, no dejaria el macho de devorar á sus propios hijos en el momento mismo de nacer.

Pero á las seis semanas la madre, que ya no ha de lactarlos mas, les hace salir de la gazapera, los enseña á pacer y los lleva, en fin, á la casa paterna, por decirlo así.

El macho entonces léjos de maltratarlos, parece reconocerlos por hijos y vela por ellos hasta que los pequeños no necesitan la solicitud de los grandes.

Seria bastante difícil esplicar satisfactoriamente la ferocidad del padre, si no se adoptara la opinion de los que creen que el mismo amor á la hembra induce al macho á devorar á sus hijos, cosa estraña, pero que parece probable.

En efecto, si la hembra del conejo fuera como

las otras hembras que solo entran en celo en ciertas épocas, el macho no procuraria destruir su obra para hacer otra de nuevo; pero como sabe que la hembra no lo recibe por causa de la cria, procura desembarazarla de ella cuanto antes para volver á cubrirla.

La caza del conejo se hace con podencos y se asemeja mucho á la del zorro. En los dias buenos el conejo reposa agradablemente entre las breñas y matas próximas á su madriguera, y entonces se tapa la entrada de esta; el conejo, luego que los perros lo levantan, corre velozmente á su asilo y si escapa al plomo del cazador apostado en sitio conveniente, en vez de salir al llano, divagará en lo mas espeso del bosque, empleará toda su astucia para desorientar á los perros, volverá cautamente á la madriguera, huyendo rápidamente al ver al cazador y se esconderá con aturdimiento y sin mas demora en el primer agujero que encuentre. Hemos visto á un pobre conejo herido y perseguido de cerca por los perros, meterse en una madriguera de zorras.

Algunos conejos no tienen domicilio fijo. Estos son viejos y astutos machos que, cuando se les persigue activamente, invaden la primera madriguera que encuentran desalojando de ella al conejo propietario.

Los conejos, como las liebres, se cazan tambien al acecho. La hora del acecho, sea cualquiera la especie de la caza, es á la caída de la tarde, cuando los animales van á pacer al campo, y al amanecer cuando vuelven al bosque. A luz de una buena luna, se puede provechosamente estar en acecho toda la noche.

El cazador se aposta silenciosamente á la orilla de un bosque y al abrigo de un tronco de árbol ó

de otra cosa que disimule su presencia, cerca de los pasos conocidos y á buen viento. A fin de poder apuntar bien se guarnece el punto de la escopeta con un papel blanco.

Es menester dejar salir completamente del bosque al conejo para tirarle. Por lo comun, las hembras salen mas aprisa, con menos vacilacion, y mas confiadas se ponen á pacer mas pronto que los machos.

Los conejos se advierten mutuamente del peligro dando una coz, un golpe particular con una pata trasera, que se oye á bastante distancia. A esta señal, todos se precipitan y vuelven al bosque. Pero se sosiegan tan pronto como se alarman, y muy luego vuelven á salir: aun despues del gran espanto del tiro, no permanecen ocultos mas de un cuarto de hora.

Los conejares ofrecen el mejor medio de sacar partido del terreno mas malo en los parajes montuosos, pedregosos y estériles. Un poco de espesura, sino de bosque, de espinos y matorrales basta, cuando hay por otra parte pasto abundante, para que los conejos se multipliquen de una manera prodigiosa. Todos los años, durante el invierno, debe huronearse el conejar para que solo quede el número de machos necesario, uno por cada cuatro hembras.

Antes de tratar de la caza con huron, será bien que digamos algo acerca de este animal dañino cuando no lo utiliza el cazador.

El huron originario de las ardorosas comarcas del Africa, no puede existir en los climas frios, sino como animal doméstico. Es algo mayor que la comadreja, á la que se asemeja mucho por su forma prolongada, y enemigo mortal del conejo por natural instinto, lo acomete con furor en cuanto lo

ve, lo coje por el cuello ó por la nariz y le chupa la sangre. Tiene movimientos muy fáciles por la admirable flexibilidad de su largo cuerpo y al mismo tiempo es tan vigoroso que muy luego rinde y remata á un conejo, que es cuatro veces mayor que él.

El color ordinario del huron es parduzco con tintas blancas, pero hay algunos que tienen el blanco, negro y leonado mas ó menos oscuro. La hembra es notablemente mas pequeña que el macho, tiene seis semanas de preñez y pare dos veces al año dando hasta ocho y aun nueve huroncillos en cada parto. Alguna vez suele devorar la cria en el momento de parir; pero en este caso entra en celo en seguida y pare tres veces al año.

Los hurones están durmiendo cási siempre, lo cual no les estorba satisfacer todas sus necesidades cuando se despiertan. Comen salvado, pan, gacha de maiz, sopa de leche, etc.

Aunque el instinto del huron lo lleva naturalmente á la caza del conejo, es menester educarlo para aprovechar su caza. Ante todo es menester amansarlo: el huron jóven tiene mala índole y muerde. Para quitarle esta fiereza, no hay que recurrir al castigo, que suele producir el efecto contrario, sino halagarlo cada vez mas hasta que se familiarice tomando entre tanto la precaucion de frotarse la mano con cebolla siempre que haya de tocársele, que con esto ya no morderá.

Luego se le ha de acostumbrar á salir pronto de la madriguera, luego que ha hecho saltar de ella al conejo ó cuando está deshabitada. Esto se consigue castigándolo ó recompensándolo segun merezca, siendo la mejor recompensa un poco de leche.

El huron que desangra al conejo en la madriguera y se echa luego á dormir, es un huron detes-

table. Para corregirlo, además de los castigos y recompensas de que hemos hablado, es menester alimentarlo habitualmente con leche y sopa y no darle á probar nunca la carne, á fin de suavizar su instinto.

Pero como es difícil hacerle perder la afición á la sangre, cuando una vez la ha saboreado, se le pondrá un collar de cascabeles ó una campanilla al cuello para que el conejo avisado por el ruido no se deje sorprender y huya delante de su enemigo. Los cascabeles servirían además para que el cazador conociera si el huron *renegado* ó moroso se había echado á dormir ó andaba registrando.

Para cazar seguramente con huron es menester empezar por soltar algunos podencos en el paraje en que abunde esta caza para obligar á los conejos á encerrarse. Si hay tantas redes como bocas tiene la madriguera, se pondrá una red en cada madriguera, y si hay menos se tapan las bocas sobrantes con piedras, poniendo las redes en las que parezcan mas á propósito.

Nada mas fácil que el modo de poner las redes y por consiguiente omitimos una esplicacion que está al alcance de cualquiera. Solo aconsejarémos que no se asegure mucho la red, á fin de que ceda al saltar el conejo y caiga este envuelto en ella. Pero en este caso intercéptese la boca de algun modo hasta enredarla otra vez para no malograr otra presa, pues de una madriguera puede saltar mas de un conejo.

Luego que se han cerrado todas las bocas menos una, se saca el huron de la huronera ó capacete en que se lleva, se le pone el collar de cascabeles, si lo necesita, se le suelta á la boca libre de la madriguera y se espera en silencio. Es conveniente no dar suelta al huron sino despues de darle de comer;

y aun es mejor ponerle el prisuelo ó bozal para que no se encarnice con los conejos.

Diez minutos bastan generalmente para que todos los conejos salgan de la madriguera y el huron tambien. Y así cuando este último permanezca dentro mas de un cuarto de hora, puede creerse que ha encontrado algun conejo en algun callejon sin salida, que le ha chupado la sangre y se ha echado acaso á dormir.

Para despertarlo suelen algunos cazadores encender fuego en una de las bocas; pero lo mejor es quemar un puñado de paja, porque si el fuego durare mas de lo conveniente, impediria salir al huron y podria asfixiarse.

Si con el humo de la paja no se lograra hacerle salir, hay que dejar puestas las redes hasta el dia siguiente para que el hambre lo eche fuera. Un huron perdido no puede causar mucho daño en un conejar, pues como animal doméstico en nuestros climas, no puede subsistir sin los cuidados del hombre y el frio le es mortal.

En cuanto el conejo cae en la red, ha de sacársele de ella. Muchas veces, cuando el huron no va embozado, cae tambien en la red arrastrado por el conejo en cuyas ancas ha hecho presa. Suele suceder tambien que acosados los conejos por el huron, saltan dos á la vez quedando en la red los dos cogidos. Pero lo mas frecuente en este caso es que uno solo salte y caiga en la red y con la red y que el otro se escape hallando la salida libre. A fin de evitar esta pérdida, conviene, como ya hemos dicho, interceptar la boca descubierta aun cuando sea con la presencia, ó apostarse ventajosamente para hacer uso de la escopeta.

Algunos cazadores suelen servirse del huron sin poner las redes en la madriguera, para tener el

gusto de tirar al conejo á la sorpresa. El animal sale escapado con una celeridad de mil diablos, y por consiguiente hay que ser un gran tirador para atajarlo; pero conociendo bien esta caza, con buen ojo y presteza sin aturdimiento, es un tiro mas seguro que otros. El conejo inquieto y acosado por su enemigo, llega á la boca de la madriguera para escapar, pero receloso siempre, no escapará sin asegurarse antes que no tiene que arrostrar afuera otro peligro. Para esta inspeccion se detiene allí, pero tres segundos, dos, uno no mas. Despues parte como una exhalacion. El cazador experto y de buen ojo espía bien preparado ese momento, tira y deja el conejo allí.

Suele ocurrir que las bocas de una madriguera se hallen en una roca cási inaccesible, ó que no admitan redes. Entonces se tiende una red á propósito á cierta distancia de la madriguera y en la direccion que toman los conejos para ir á pacer al campo. Esta red, que los franceses llaman *hallier*, se sostiene con estacas de 50 á 60 centímetros de altura á intervalos de 15 centímetros. Despues se echa el huron, ó se ahuma la madriguera encendiendo en su boca paja húmeda para hacer salir á los conejos. Estos aturdidos y atufados, saltan del inseguro asilo y tomando instintivamente el camino trillado van precipitadamente á caer en las bien dispuestas redes.

Puede armarse tambien este artificio, cuando se supone que los conejos están pasciendo en el campo, en cuyo caso se les echarán los perros. Los conejos que hay fuera corren con aturdimiento en direccion de la madriguera y caen sin apercibirse en las redes que interceptan su paso.

El conejo podria muy bien cazarse con lazo, si pudieran hacerse estos bastante sólidos para que

no los cortaran con los dientes. Bajo este concepto el conejo se burla del cazador. Es, pues, importante hallar el medio de estrechar al conejo de tal modo que no pueda volverse, pues así que se siente cogido por el cuello, léjos de tirar para estrangularse como otros animales, queda quieto y volviendo astutamente la cabeza hácia la parte en que está atado el lazo, lo trabaja con los dientes hasta que logra al fin romperlo. Advertirémos de paso que se liberta menos fácilmente del lazo hecho con una cuerda de piano, que del fabricado con alambre.

En todo caso hé aquí el procedimiento: Despues de haber elegido el sitio en que debe tenderse el armadijo, se prepara una estaca del diámetro de una pulgada y de 325 milímetros de longitud: en el punto en que el lazo debe fijarse, se hace con una barrena un agujero por el que pueda pasar fácilmente un bramante que desde luego se pasa, atando el lazo al extremo que cuelga sobre el paso del conejo. Tómate de un ramaje inmediato un vástago cimbrándolo de manera que llegue con alguna resistencia hasta cerca de la estaca, y se ata á él la otra extremidad del cordon. Cimbrada la vara, se mantiene en posicion por medio del bramante, y esto se consigue con un palillo de cinco ó seis centímetros de longitud y del grueso de una pluma, puntiagudo por uno de sus extremos que se introduce á la fuerza en el agujero de la estaca y sobre el mismo cordon. Esta especie de clavija, sujetará el vástago cimbrado por la presion que ejerce en el bramante, pero deberá caer al menor esfuerzo en sentido contrario.

Hecho esto sucederá lo siguiente, despues de tender el lazo de la manera ordinaria. Luego que caiga el conejo en él, se volverá hácia la estaca para romperlo con los dientes, y hará caer el palillo.

Entonces el vástago cimbrado no estando ya retenido, se enderezará con violencia tirando del cordón y del lazo que está á su extremo, y el conejo estrechado contra el agujero de la estaca, quedará muy luego estrangulado.

En otras partes se caza el conejo con el silbato ó reclamo desde marzo hasta junio, cuando el tiempo es bueno y no hace viento. El silbato no puede ser mas sencillo, pues consiste en un tubo ó caña de paja de que el cazador hace un pito para imitar el chillido del conejo. Armado con su pito y su escopeta el cazador sale al campo y se aposta en un paraje á propósito haciendo sonar el reclamo por espacio de un minuto. Espera en el mayor silencio á que el conejo acuda, y sino acude desde luego, vuelve á silbar y á esperar del mismo modo hasta que logra su objeto.

Se caza tambien el conejo de otro modo tan fácil como sencillo. Cuando es de suponer que los conejos están paciendo en el campo, se toma un manojo de heno y se introduce en la madriguera á toda la extension del brazo, de modo que quede interceptada allí la entrada. Despues de esto se echan los perros para que levanten la caza. Los conejos al sentir los perros procurarán ponerse en salvo y ganarán á toda prisa la madriguera, que hallándola interceptada, pero temiendo mayor peligro fuera por los perros de que van huyendo, escarvan un poco el heno, meten la cabeza en él y quedan allí agazapados al alcance del brazo del cazador, que debe acudir oportunamente, cuando no esté en acecho para ello otra persona.

En algunas comarcas los conejos causan en las propiedades grandes perjuicios. Y es que se han multiplicado tanto que vienen á ser una plaga. En este caso es menester destruirlos á toda costa y no

siendo suficiente para ello el medio de la caza, hay que asfixiarlos en las madrigueras.

Nada es mas fácil que esto. Se principia por reconocerlas para asegurarse de las bocas que tienen y se van tapando con piedras y tierra hasta dejar solo una en cada madriguera.

Hecha esta operacion, se enciende una mecha de azufre y se mete en cada una de estas bocas todo lo adentro posible, cerrándolas luego bien con piedras y tierra.

Despues de un par de horas, váyanse destapando las bocas y se encontrarán en ellas los conejos, que intentando salir atormentados por el humo, han encontrado allí muerte segura.

Debe, sin embargo, perdonarse una madriguera á lo menos para no acabar con la especie en la comarca.

Lo mas frecuente es ahumar las zorras, las garduñas, los tejones y otros animales dañinos, aunque, como hemos dicho, los conejos no dejan de serlo, cuando se multiplican, y esto sucede con frecuencia donde no los castiga la caza y se les deja en su prodigiosa fecundidad.

Los conejos atacan los sembrados, las hortalizas, los melonares, todos los frutos que encuentran á su alcance.

Para concluir este capítulo, vamos á insertar, por lo que valga, lo que decia en el siglo pasado en su *Cazador instruido* el maestro Arellano.

«A los conejos se va á los sotos y montes vedados y dehesas, con materos que es especie de guzguetes, y á estos se les anima con voces para que entren la espesura: son muy valientes y echarán muchos, y estarás advertido á caballo ó á pié para tirar con conocimiento al raso. Al buscar su huida, repararás si hay algun estorbo por donde va, que

te pueda impedir el tirarle antes que llegue; pero si el estorbo es corto y delante hay claro, déjalo que pase al claro y le tirarás con conveniencia; y si va á bajar algun poyo, déjalo que baje para descubrirlo, porque si le tiras antes te se quedará la carga en el poyo.

«Cuando pase algun pedregal, harás lo mismo; si te se encubre en algun vago, déjalo que pase, porque si le tiras te se irá la carga por alto; si sube algun barranquillo arriba, si hay poyo, se le tira al salto que da al aire.

«Y prevendrás estos inconvenientes: para mayor certeza, no llevarás el perdiguero con los materos y conejeros, porque tomará algun resabio y te se perderá, especialmente en sotos; y en caso de llevarlo, sea solo, que así cazará mejor. Y mándale por señas para que cace por la espera y te eche la caza al claro; y si hay limpio te pondrás cerca de los cabos para tirarles mejor: cuando van á sus cabos, si hay mucha yerba te se encubrirá el conejo; mas en agostándose la yerba tirarás con mas desembarazo que en la primavera.»

TRATADO SEGUNDO.

Caza de pluma.

CAPITULO I.

La perdiz.

La pardilla (*perdrix cinerea*, de Latham). Esta especie de perdiz es muy comun para que hagamos aquí su descripcion: nos limitaremos, pues, á decir que se distingue el macho por su canto mas fuerte, por el espolon obtuso de sus patas y por la marca de castaño oscuro que en forma de herradura lleva en la pechuga.

Los pollos de esta especie se distinguen de las perdices viejas en la última pluma del ala, que es puntiaguda en vez de redonda, en sus patas amarillas, que blanqueándose en el segundo año, conservan, sin embargo, lo amarillo en la planta del pié.

La pardilla vieja tiene las patas negras y blanquecina ó blanquisucia la planta del pié.

Las perdices, fuera del tiempo del celo, viven en familias ó bandadas compuestas del padre, la madre y los hijos, á los cuales vienen á reunirse durante el invierno algunos pares viejos, cuya pollada no ha llegado á feliz término.

Estas familias ó bandadas viven con preferencia en los campos cultivados y en las viñas, y se refugian en los bosques, cuando se les persigue cazando.

A veces se las encuentra en los prados secos, en los rastros, en los barbechos, nunca por afición en las grandes espesuras. Son naturalmente sedentarias ó afectas al terreno en que han nacido, el cual no abandonarán, sino en el caso de ser muy perseguidas y hostilizadas por los cazadores.

Desde mediados de febrero poco mas ó menos, segun la temperatura, comienzan á entrar en celo y á dispersarse para reunirse otra vez luego.

Los machos en esta época de sus amores se disputan las hembras en riñas encarnizadas, y los vencedores toman cada cual su hembra y echan las bases de una nueva familia apareándose hasta la muerte de uno de ellos, pues solo en este caso se abandonan ó separan.

Es de notar que en los primeros dias del apareo, cuando se levanta la caza, la hembra es siempre la primera que sale, y al contrario, hácia fines de marzo, ó al principiar la postura, la hembra es siempre la última.

Conviene que los cazadores hagan esta observacion, porque en esta especie los machos, siendo mas numerosos que las hembras, forman un resto ó sobrante que no entra en apareo y vienen á molestar á los pares rompiendo sus huevos cuando llegan á descubrir sus nidos. Es necesario, pues, saber distinguirlos á fin de disminuir su número sin exponerse á matar las hembras.

Tambien se les distingue por los gritos que dan al salir. Las hembras además corren con la cabeza baja mientras los machos la llevan muy erguida, y los apareados van constantemente á uno ú otro lado de sus hembras, erizando las plumas y dejando colgar un poco las alas. Con alguna práctica no se equivoca nunca el cazador sobre este punto.

La perdiz hace su nido en el suelo, en un trigo,

en un prado, á veces, aunque raras, en el bosque. Allí donde mejor le parece reúne algunas yerbas secas y pone de doce á quince huevos, y tambien suele poner de diez y ocho á veinte. Los huevos de perdiz tienen el tamaño de los de paloma y un color pardo verdoso, necesitando unas tres semanas de incubacion.

El mas comun accidente se reproduce con frecuencia en los campos sembrados de mielga. Sucede que el segador descubre un nido, la madre huye y la nidada se pierde, si no se llevan los huevos sin demora y con buen abrigo para que no se enfrien á una gallina clueca. En este caso pueden llegar á buen término y con algunos cuidados es fácil salvar la pollada.

Esto nos ha sucedido muchas veces, pero hemos seguido el consejo del autor de cierto Manual, que dice que así que los pollos se hallan en estado de bastarse á sí mismos, se les abandone á su instinto en un campo de trigo. Esto, en nuestro sentir, seria exponerlos, ó mejor dicho, entregarlos á las zorras, á las garduñas, á las aves rapaces y hasta á los gatos, que son grandes cazadores y hacen grandes excursiones, cuando viven en las casas de campo.

Lo mejor es, y esto es lo que hacemos nosotros, conservar los pollos y cuidarlos bien: los rojos sobre todo crecen y engordan admirablemente con el buen trato casero, dando á su tiempo una carne deliciosa.

Hace algunos años uno de nuestros segadores encontró un nido de perdiz real. La madre que empollaba á la sazón no quiso abandonar el nido, y el bárbaro le cortó la cabeza en su inviolable asilo; pero á lo menos tuvo cuidado de traernos la nidada antes de que los huevos perdieran el calor. Habia

entre las gallinas una por casualidad clueca, y aceptó la nidada ajena con abnegacion maternal.

Ocho dias despues rompieron el cascaron diez y ocho pollos: de veintiun huevos traídos se habian roto tres, no por descuido de la clueca, sino por demasiado interés nuestro en reconocerlos. De los diez y ocho pollos, dos hubo de ahogar la clueca y quedaron diez y seis que llegaron á buen término. Alimentados al principio con hormigas y gusanillos, despues con trigo quebrantado en leche y luego con trigo crudo y miga de pan, estaban tan gordos en setiembre que se les cogia sin dificultad en la habitacion en que estaban encerrados.

Se les cobró tanto cariño en la casa que nadie queria matarlos, aunque convidaban á la mesa, y al fin nos decidimos á darles libertad. Con esta idea les pusimos una señal á cuatro de ellos con una cinta verde atada á las patas y los soltamos en el campo; pero no volvimos á verlos ni vivos ni muertos. Acaso fuera ya muy tarde para que se agregaran á alguna bandada y serian devorados por algun animal dañino.

Viéndonos privados de cazarlos y no queriendo exponer los otros á la misma suerte, los fuimos destinando á la mesa y nadie hubiera sospechado que eran perdices domésticas; aun fueron celebradas por su sabor exquisito y regalado con ventaja sobre las perdices campesinas.

Cuando los pollos nacen, permanecen en el nido sin comer nada por espacio de treinta y seis horas: despues parten siguiendo á sus padres para no volver mas al nido.

Si acontece que algun accidente destruye la pollada, la madre vuelve á poner y á empollar.

Cuando los pollos están ya algo crecidos, el padre los saca de la comarca en cuanto se les hos-

tiga en ella; y así para conservarlos en el país, se procura matar al guia, lo que es muy fácil, porque se le reconoce á primera vista, y arrastrando el ala y deteniéndose y llamando, se pone siempre ó casi siempre á tiro.

Hasta los tres ó cuatro meses no se marcan los pollos de perdiz, es decir, que á esa edad comienzan á echar la pluma de color de castaña en forma semicircular en la pechuga; y hasta entonces no se permite cazarlos un cazador concienzudo, esto es hasta mediados de agosto, y aun seria mas conveniente no principiar hasta primeros de setiembre, porque generalmente en el mes de agosto son demasiado pollos.

Las horas mas á propósito para cazar la perdiz con perro y escopeta son en el otoño desde las diez de la mañana hasta el medio dia, y desde las dos hasta las cuatro de la tarde. En las demás horas del dia se levanta para pacer y no sostiene la muestra.

Cuando se levanta una bandada de perdices, no ha de tirarse al grupo con el afan de matar muchas, pues seria el medio de no matar ninguna; es menester fijarse en una pieza sola, seguirla y tirarle sin cuidarse de las otras. Así puede caer mas de una, pero una seguramente.

Se observa luego donde va á parar la bandada y se persigue, y por poco que el perro ayude podrá algunas veces levantar mas.

Esta caza, la mas segura de todas, es sobre manera fácil en el otoño y parte del invierno; pero cuando el trigo empieza á vegetar y la perdiz ha *picado el verde*, se hace muy salvaje y no espera al cazador.

Cuando hay poca caza en una comarca y ofrece, por consiguiente, mucha fatiga buscarla á la ventura, puede recurrirse á este medio para asegurarse

de los parajes que frecuentan con mas preferencia. La tarde antes, desde la puesta del sol hasta el anochecer, se va al campo y se espera en silencio la hora en que estos pájaros hacen sonar sus últimos cantos, avisos que ellos se dan mutuamente para reunirse y volar juntos al sitio en que han de pasar la noche.

El dia siguiente al amanecer se vuelve al mismo lugar de observatorio: á su tiempo se oirán los primeros cantos y observando en esta direccion se verá luego á la bandada tomar vuelo y caer mas ó menos léjos para pacer. Con esto ya se sabe dónde, mas entrado el dia, puede encontrarse la caza con toda seguridad.

Los cazadores furtivos aprovechan el tiempo en que la tierra está cubierta de nieve para cazar la perdiz con perro ó sin él. Estos pájaros se reúnen entonces en apiñados grupos, y pardos ellos sobre un fondo blanco, no hay que decir si se distinguen fácilmente. De este modo tiran al monton y matan muchas de un tiro. Y de noche, cuando hace buena luna, aun hacen mas carne, como ellos dicen, estos tiradores de caza prohibida.

Para esta especie de batida nocturna se visten pérfidamente de blanco desde la cabeza hasta los piés, y confundidos así con el color igual de la nevada tierra, sorprenden la caza dormida en compactos pelotones, pudiendo matar de un solo tiro la mitad lo menos de la bandada.

La caza á la *rameta*, como decimos los catalanes, es otro medio destructor, prohibido justamente por la ley, pues muchas veces se destruye de un tiro media bandada sin diversion ninguna para el cazador, si así se llama el tirador que por lo regular ni siquiera tiene licencia de caza. El tirador á la *rameta*, llamado en Cataluña *ramataira*, procede en su fur-

tivo y p^{er}fido sistema del modo siguiente: corta ramas de ^árbol con su hojarasca y forma un cuadro ó círculo dejando una pequeña abertura en el centro y eligiendo para ello un día de viento. Las perdices buscando un amparo se acogen confiadamente al fingido matorral agrupándose unas con otras; el cazador emboscado espía el momento oportuno y entonces dispara destruyenda la mitad de la banda sin trabajo ni habilidad ninguna.

La caza con reclamo se hace en la primavera, cuando la perdiz está en celo. Este otro medio de cazar la perdiz no tiene nada de perjudicial para la conservación de la especie, y aun puede decirse que es útil, por cuanto destruye los machos sobrantes y vagamundos, que rabiosos por falta de hembra molestan los apareos y aun rompen, como ya dijimos, la huevada cuando encuentran un nido.

Hé aquí cómo se hace esta caza. Se tiene enjaulada una hembra, que es el reclamo vivo. La perdiz empollada por una gallina clueca y criada en la esclavitud de la jaula, es un buen reclamo, pero aun es mejor la perdiz que se crió libre en el campo y cayó presa despues estando en incubación.

Con esta hembra de reclamo se sale al campo, se elige el sitio mas ventajoso, que debe ser solitario para que nadie espante la caza y despejado en cierta extensión para no dificultar el tiro, y se hace el puesto en que ha de ocultarse el cazador. Algunos por mas expedición ó facilidad hacen el puesto de lona clavada ya de antemano en unas estacas de puntas ferradas y así no tienen mas que clavarlas en círculo para apostarse en un momento; pero este puesto que en tal concepto no deja de tener ventajas hace desconfiada á la caza, que suele mantenerse fuera de alcance á vista de un objeto tan extraño. A menos que el biombo figurara un mator-

ral, que podría pintarse bien y hacerse mas ilusorio con algunas ramas que pudieran sujetarse á las estacas por medio de ganchos fijos. Pero esto no lo hemos probado ; la lona en su color sí, y no debemos recomendarla.

Lo mejor es hacer el puesto á la rústica con piedras asentadas sobre camas de atocha ó broza, en forma circular y á la altura suficiente para cubrir bien al cazador de rodillas, comprendiendo un espacio en que pueda manejarse cómodamente. Para entrar se deja una abertura que no debe llegar al suelo y que se cubre luego desde dentro con atocha ó con otras matas.

No hay que decir que antes de encerrarse en el punto debe colocarse el reclamo en el lugar conveniente.

Ahora bien ¿ cómo ha de estar esta perdiz enjaulada suelta en cierto modo ?

Lo mas conveniente es dejarla en cierta libertad, es decir, atada de una pata por medio de un anillo de cuero, flojo para que deshaga por sí mismo las vueltas que dé la perdiz, que de otro modo se iria liando el cordón á la pata hasta quedar sujeta á la estaca en que termina la otra extremidad ; pero no tan flojo que pueda escurrirse el pié. La perdiz canta mas y mejor cuanto mas libre.

Sin embargo, hay perdices que extrañan esta libertad y no cantan sino en la esclavitud de la jaula, y hemos tenido una que no cantaba sino en la jaula enfundada. ¿ Hay ya cosa mas rara ? En este caso no hay mas que observarlas, conocerlas y darles gusto.

Pero hemos tenido muchas otras que nunca hemos enjaulado para el reclamo y han reclamado siempre á nuestra satisfaccion. Tambien conocemos un cazador excelente que jamás ha enjaulado ningun

reclamo. Verdad es que este cazador las domestica de tal modo que suele llevar alguna posada en el hombro cuando va de casa, atándola en el puesto solo para no confundirla con las extrañas y tirarle.

Y una hemos tenido nosotros tan familiar que andaba por la casa suelta, comía alrededor de la mesa picando aquí y allá las migajas que se caían, y se acurrucaba entre los piés con los gatos y los perros, que la respetaban por una excepcion digna de celebrarse.

La caza con reclamo no puede hacerse de dia claro: su hora es el crepúsculo de la mañana ó de la tarde. Puesta la perdiz á veinticinco ó treinta pasos del puesto enjaulada ó suelta, como hemos dicho, empieza á hacer oír su canto de reclamo. Al instante los machos que hay en las cercanías le contestan; ella sigue cantando y ellos acuden á competencia, volando unos, otros la mayor parte, andando.

No tiene el cazador mas que hacer, sino tirarles cuando se ponen á tiro.

La detonacion ahuyenta á los que no ha alcanzado el mortífero plomo; pero la hembra vuelve á cantar y muy luego vuelven los machos al reclamo, pudiendo el cazador matar muchos en una hora ó poca mas que dura la oportunidad de esta caza.

La perdiz real ó roja (*perdrix rufa* de Latham) es algo mas grande que la pardilla y tiene rojos el pico, el iris de los ojos y las patas con el pié; su cabeza es de un pardo rojizo menos la frente que es pardoscura; una lista blanca que pasa por encima de sus ojos, descende hasta debajo del occipucio, y otra que parte del pico pasa á traves del ojo y encuadra el blanco que cubre el cuello, sembrado de pintas negras mas ó menos pequeñas por delante y por los lados; un pardo azulado tiene su pechuga y un

rojo mas ó menos descolorido el fondo de su plumaje.

El macho se distingue de la hembra por un tubérculo en cada pié y se reconocen los perdigones del año en la forma puntiaguda de las primeras plumas del ala y en el matiz blanquecino de su extremidad.

Esta hermosa especie está diseminada en los países montañosos de toda Europa, tiene mucho apego á los terrenos altos, á las pendientes ásperas y quebradas de los montes, á las malezas, á los bosques y matorrales.

Se alimenta de grano, de yerbas, limazas, hormigas y otros insectos.

Las hembras hacen sus nidos en los matorrales, en los tallares bajos y espinosos, y á veces, aunque muy raras, en los trigos y demás sembrados próximos á los bosques; ponen hasta veinte huevos semejantes á los de paloma y cuando empiezan á empostrarlos, los machos las abandonan y se reúnen en bandadas numerosas.

Las perdices reales son de un instinto mas salvaje que las pardillas, y así es que difícilmente se acostumbran á la esclavitud. Unas y otras se cazan lo mismo con perdiguero y con reclamo; pero al vuelo las reales son mas dificultosas, porque si se las levanta en bajo, ganan rápida y casi verticalmente las cumbres; y si en alto, se precipitan abajo con una celeridad que desconcierta al mas hábil tirador, cuando no está acostumbrado á esta especie de caza.

Con todo eso, como salen una tras otra, dos cazadores armados con escopetas de dos tiros, pueden emplearlos bien en una bandada de estas.

Cuando son activamente perseguidas, procuran guarecerse en la espesura de un bosque, y no pudiendo lograrlo por estar muy fatigadas, suelen

pararse en los árboles, lo que no hacen nunca las pardillas. En este caso es fácil tirarles dos ó tres veces antes de que se determinen á levantarse de nuevo.

La caza con reclamo, ya hemos dicho que es igual para las rojas que para las pardillas, si bien para las primeras conviene hacer el puesto en el monte.

El reclamo vivo ó natural puede suplirse con un reclamo artificial aunque no con el mismo éxito, y algunos cazadores rústicos lo suplen con supropio puño con identidad tan perfecta que se engañan los machos mas cazados y astutos.

Hay otras dos variedades de perdiz que son la llamada griega y la de paso.

La pardilla de paso (*perdrix damascena* de Latham) se parece mucho á la pardilla comun de que hemos hablado, pero es mucho mas pequeña y tiene costumbre é instintos del todo diferentes. Nuestra pardilla es sedentaria, y la otra, al contrario, es vagamunda y viajera, pasando por nuestros países en grandes bandadas y en épocas indeterminadas, pero ordinariamente desde octubre hasta diciembre; es en extremo uraña y salvaje, no sostiene la muestra, sale de léjos y suele ir á parar á dos kilómetros de distancia.

Parece ser que no se detiene en nuestras comarcas, que debe cruzar literalmente de paso, que no se levanta nunca dos veces una bandada en una comarca misma. Por lo demás no tiene otra particularidad que merezca referirse.

La perdiz griega (*perdix saxatilis* de Meyer) se asemeja mas á la real ó roja, pero es un doble mayor y tiene un círculo negro que, partiendo de la frente, pasa por encima del ojo y descende por debajo del cuello, cuyos lados son de un color ceniciento como la parte superior de la cabeza.

La hembra de esta variedad es algo mas pequeña que el macho, su color ceniciento es menos puro, lo blanco de su garganta mas circunscrito y mas estrechas las listas negras de los lados.

Aunque esta especie vive mas comunmente en los parajes elevados que la real ó roja, baja sin embargo á los llanos para anidar. Pone hasta diez y seis huevos del tamaño de los mas pequeños de gallina y blancos con pintas diminutas ó pecas rojizas.

Sus costumbres son poco mas ó menos las mismas que las de la perdiz real y se caza de igual modo.

«Ahora hemos de entrar á buscar los pollos, dice el maestro Arellano, que así se llaman hasta mitad de octubre, de allí á carnestolendas perdices hechas, y de allí adelante apareadas que son las peores por estar en celo. Si es tierra de viñas, acuden mucho á ellas, á su frescura y comida, y se apionan mucho por debajo de la parra: este es mal tiradero, pues, no aguardan. Si no hay viñas, se buscan por las mañanas y tardes en los comederos de los rastrojos ó barbechos, y entre dia á orilla de los arroyos y fuentes, á la sombra y frescura, y en los barrancos; tambien en los colmenares á la sombra, y si hay barrancos pendientes con aguarales, allí se meten; y en todo tiempo que se sigan, allí se encaran.

«Tambien se encontrarán en las solanas y altillos al aire, te se quedarán pollos en poca tierra por el mucho calor y poca fuerza y cariño de la madre: es necesario hacer ruido para que se muevan; siendo perdices hacen mas rastro y se encuentran mejor, ó por tener mas fuerza ó por ser el tiempo mas fresco.

«Por las mañanas irás á los comederos de sus comarcas con el perdiguero, que él tomará el rastro de su movida á la espesa. Si hace frio, á los cara-

soles y si aires á los abrigos, que allí estarán. Pollos se matan mas, por no volar tan fuerte y haber mas abundancia, y corren mucho. Estando pequeños no tires á la madre, porque se pierde la cria...

«En el invierno con escarchas ó rocíos, estando con agua la tierra, esperan bien, aunque sea rasa; allí se va en este tiempo. Si te llueve en el camino vente á casa y no salgas, porque estará la mata mojada y te se irán largas, por caerles el agua encima y no se quieren enmatar.

«No acostumbreis ir á caza á donde has ido hoy hasta el tercero dia, para darles tiempo á que vuelvan á su comarca; ni te detengas por donde han pasado los rebaños, porque las habrán echado. Caza la distancia que discurre porque se habrán volado hácia abajo, que si echas una estarán las demás al rededor; síguela por si se han volado, pues aquella va á buscar las otras: por el aire se hace la distancia de la caza, pues los veranos lo apetecen, y el invierno se resguardan.

«Si ves alguna ave de rapiña dando vueltas en el aire, está cazando; si se tira fuerte á tierra, repara bien, que saldrá la caza; si se pone encima de las matas, irás allá y las cazarás muy bien, que estarán acobardadas y te saldrán debajo del cañon; si has echado la banda y volvieron la ala algun encuentro el terreno te dirá donde las dabas; si hay gente ó ganado ú otro estorbo, es cierto te se remontaron y estas son dificultosas de encontrar; pero el terreno te dirá su paradero: irás como de paso á buscarlos; si sabes que hay perdices cerca, irás á ellas y dejarás las otras.

«Muchas veces te sucederá encontrar algunas bandadas muy esquivas que no te dejarán arrimar, ó sea por estar muy tiradas, ó por sequedad del tiempo, ó por vuelta de aires: si se mueven juntas, las segui-

rás con brio, que sacándolas de su comarca y que-
rencia y estando cansadas, harás lo que quieras de
ellas por lo mucho que te esperarán; y tirarás
muchos tiros en poca tierra.

«De las apareadas no se habia de hablar por lo
que aumentan: yo toda mi vida he huido de ellas;
estas van á los bajos á criar y se encuentran en las
ombrias y á las márgenes de los arroyos y fuentes,
pedregales y poyos con mucha broza y matas espe-
sas á la sombra. Primero arranca la hembra que el
macho, y es necesario hacer mucho ruido para que
salgan; tienen poca fuerza por la yerbecilla tan
tierna que comen en aquel tiempo y estar la hem-
bra cargada de huevos y el macho mareado. Es lás-
tima tirarles en este tiempo, pues perderás el campo
y ellas no valen nada. Además de esto, está vedado,
y se castiga rigurosamente para que no se apuren,
y tambien lo hacen para provecho de los tiradores,
pues luego hay mas abundancia.»

Demos por último algunas instrucciones sobre el
modo de tirar á las perdices, segun la variedad de
sus vuelos.

Hay perdices que arrancan de cola, ó de hilo,
como llaman otros, y son las que salen delante ó
vuelan derechamente, y en este caso ha de aten-
derse al curso de su huida: si va derecha, se le ha
de apuntar á los piés; si va alta, se la cubrirá con
los puntos, y si baja, ha de descubrirse casi toda ella.

Hay otras que arrancan sobre la derecha, y á
estas se les tirarás cómodamente llamando el caba-
llo, si se cabalga, para que vuelva con prontitud un
cuarto de conversion sobre la misma mano, dejando
caer las riendas sobre el cuello del animal, que
quedarás parado; y si se va á pié, se dará el mismo
giro y se hallará la pieza al hilo ó de cola; con lo
cual se le tirarás como á las primeras.

Otras arrancan de derecha á izquierda y dando el cuarto de vuelta sobre la misma mano, á caballo ó á pié, se tendrá tambien la puntería al hilo.

Otras suelen venir cazadas ó perseguidas y estas vienen de frente; pero de frente no se les debe tirar, sino que se las dejará pasar para hacerlas tambien de cola y tirarles al hilo, previo el giro conveniente. De este modo tan fácil como sencillo es reducen los cuatro vuelos á uno.

Otras salen atravesadas y largas sobre la derecha, y á la pieza de este vuelo ha de apuntársele á la cabeza y cuello cogiendo la punta del remo derecho con los puntos, sin hacer ningun giro ni movimiento.

Otras, al contrario, salen atravesadas y largas sobre la izquierda, siendo por consiguiente inversa la puntería; es decir que á la pieza de este arranque se le pondrán los puntos en la cabeza y en la extremidad del remo izquierdo, á pié fijo ó sin movimiento.

Alguna perdiz suele arrancar entre el perro y el tirador y subir repullada muy arriba. No hay que precipitarse en este tiro; déjese á la pieza subir todo lo que quiera, pues al fin ha de hacer un punto de reposo para buscar su huida. Entonces se le pondrán los puntos y caerá seguramente.

Otras arrancan de la eminencia de un risco y se vienen encima del cazador. A estas se les ponen los puntos por debajo descubriéndolas bastante.

Otras, al contrario, arrancan repulladas abajo y suben á la eminencia, y para acertar este tiro es menester cubrir con el punto completamente la pieza. Ambos arranques son difíciles, pero con calma y buen ojo se sigue bien la huida y caen estas como las otras.

Si sale una pieza de cerca no debe tirarle el buen cazador hasta que se aleje á la distancia del tiro regu-

lar, como igualmente si sale de léjos hasta abreviar la distancia á buen alcance. Siempre que se distingán los colores de la pluma mirando por los puntos, la perdiz está á tiro, aunque te parezca léjos.

Muerta la perdiz debe precaverse su descomposicion sacándole las tripas por el ano.

CAPÍTULO II.

La codorniz.

Esta ave (*perdrix cothurnix* de Latham) se parece á la pardilla en que pace, se aparea, anida y cria á sus pollos poco mas ó menos como ella; pero difiere en el tamaño que es mucho menor, y en la pinta. Todavía difiere mas en las costumbres, pues vive solitariamente ó con sus pollos, sin reunirse nunca en bandada; prefiere los sitios llanos á los montuosos y jamás se la encuentra en los bosques ó matorrales: la codorniz busca siempre los campos cultivados y las praderías.

Esta especie es conocida en toda Europa. El macho tiene la parte superior de la cabeza variada de negro y pajizuzco con tres listas longitudinales estrechas y blanquecinas, la una en medio de la cabeza y las otras dos en los lados pasando sobre los ojos; la garganta es amarillenta con dos listas parduzcas, y el cuello y el cuerpo ofrecen una mezcla de pajizuzco, negro, rojo y pardo. La hembra tiene la garganta blanca, la pechuga blanquinosa y llena de pintas negras.

Estas aves de paso llegan á nuestros climas en mayo y se dispersan por nuestros campos y prados, donde se aparean y crian. Hay nido de codorniz

con diez y ocho huevos, pero otros solo tienen doce, siendo de color blanco amarillento con pintas pardas y pajizas. Luego que las hembras están en incubacion los machos las abandonan.

En el otoño viejas y nuevas se retiran de los países del norte á mediados de agosto y de los del mediodía á mediados ó fines de setiembre, pasando todas al Africa á invernar. Sin embargo, algunas suelen quedar por accidente en nuestro clima segun afirmacion de quien las ha visto en enero.

Los cazadores llaman á estos pájaros *codornices verdes* desde su entrada hasta junio, porque entonces solo se les encuentra en los trigos y en los prados; y pasada esta época hasta su salida *codornices gordas*. En efecto, la carne de la codorniz es susceptible de cargarse de una capa de grasa como la de los becafigos y hortelanos.

La codorniz gorda vive en los cultivos de cáñamo de alforfon, del trébol, de la alfalfa, y cuando se ven muy perseguidos hasta en los zarzales.

Se cazan las codornices con perdiguero y escopeta como las perdices, pero cúidese de no dar esta caza á un perro nuevo, sopena de echarlo á perder: esto resulta de no sostener los machos la muestra del perro haciendo en su misma nariz mil giros y rodeos, lo que acontece siempre durante el calor del dia, es decir, desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde.

Tambien se cazan con reclamo y red en cuyo caso están demás el perro y la escopeta. Sobre un cultivo de cáñamo, alfalfa, etc., se tiende una red de seda verde abarcando una gran extension y en un sitio inmediato y oculto se aposta el cazador con el reclamo y atrae con él la codorniz. Cuando esta está dentro del espacio que la red abarca, lo que le indicará su mismo canto, pues entra por debajo sin

ser vista, la espanta el cazador con un amago repentino, y saltando entonces con gran ímpetu la pieza queda presa entre las mallas de la red que ligera y no sujeta á nada cede al ímpetu del pájaro.

El rascon, rey ó guion de codornices (*rallus crex* de Lineo). Este pájaro no es mayor que la codorniz, pero su tamaño es mucho mas prolongado, teniendo de 25 á 30 centímetros de longitud. Su pico es de un pardo rojizo por encima y blanquecino por debajo; sus párpados, color de carne y el iris color de avellana; la parte superior de la cabeza y la posterior del cuello, como la espalda, la rabadilla y las cubiertas superiores de la cola, variadas de negro sucio y pardo amarillento; la primera tinta mancha el centro de la pluma; la garganta de un fondo blanco tira á pajiza; la delantera del cuello y la pechuga, de color de ceniza claro; el vientre blanco y ligeramente matizado de amarillo; las patas de esta última tinta, los flancos rojos y rayados transversalmente de blanco y las cubiertas inferiores de la cola, de los mismos colores.

La hembra del rascon es un poco mas pequeña, y sus colores, especialmente el amarillento de los flancos, mucho menos vivos. En Cataluña se le da el nombre de *maresa*.

Esta especie llega á nuestro país con las codornices, es decir, hácia mediados de mayo, y parte cuando ellas. Habita en la primavera las praderas húmedas y aun pantanosas, donde se hace notar por un grito breve, ronco y penetrante.

La hembra hace su nido en cualquier hoyo del suelo en medio de la pradera reuniendo algunas brozas y yerbas secas sin orden ni arte, y pone de ocho á diez huevos, mayores que los de la codorniz, y teñidos de amarillo parduzco con pintas de pardo rojo.

Los pollos de esta especie nacen cubiertos de una pelusa negra y abandonan el nido y siguen á la madre en cuanto nacen.

Cuando los prados están segados, los guiones se rufugian primero en los trigos, y despues en los eriazos en que abundan los matorrales, en las viñas y aun en los tallares bajos.

Algunos individuos de esta especie real quedan en nuestros climas durante el invierno, abrigándose en los yerbazales de las hondonadas.

Nada es mas espuesto á resabiar un perro de muestra que la caza de los guiones. Cuando un perdiguero encuentra un pájaro de estos, puede adivinarse la caza, en la vivacidad del venteo, en el número de las muestras falsas y en la tenacidad con que el guion se sostiene dejándose á veces estrechar tanto, que el mismo perro lo coje. Otras veces huye y se detiene de pronto acurrucándose de modo que ciego el perro en su ardor pasa por encima de él perdiendo su pista. El guion entonces vuelve hácia atrás y se salva. No se levanta sino en el último extremo volando pesadamente y con las patas colgando: por manera que muy pronto se deja caer otra vez.

El cazador que estima á su perdiguero no lo llevará nunca á esta especie de caza, en la que puede emplear con ventaja un gozquezuelo, que perseguirá al guion obligándole á levantar el vuelo.

En la primavera, época de su llegada á nuestro clima, los guiones viajan de noche en bandadas mas ó menos numerosas, y de dia se detienen en los parajes mas húmedos de las praderas, sin permanecer en ellas mas de doce horas, esto es, hasta que la noche les permite continuar su camino. Así, cuando un cazador encuentra en dicha época una bandada de guiones, debe cazarlos en el dia y no de-

jarlo para el siguiente, pues se espondria á no encontrar ya ninguno en la comarca.

Para completar lo concerniente á esta caza, tomamos de un antiguo *Arte de cazar* las siguientes prevenciones, que aunque mal hilvanadas, no dejan de tener su interés.

«Si los panes están cerrados y con agua la tierra, quedan muchas codornices en todas partes, pero mas en los regadíos que no en los sequeros; vienen gordas, pero á poco tiempo empiezan á enflaquecer por andar apareadas y cargarse de huevos las hembras en los sequeros. Recien venidas, ya se les puede tirar y comer, por no estar cluecas, y por la certidumbre de si hay seca, se mudarán á las montañas. En los regadíos es lástima tirarles hasta mitad de agosto para lograr su abundante cria y gordura, pues si matas veinte ó treinta al sacar una de la talega, te saldrán todas hechas una bola por la gordura que tienen.

«Ahora las has de ir á buscar á los regadíos por mañana y tarde, entrando á orilla de los lindes de las regaderas y haciendo al perro que trabaje para que no te se queden, porque apionan muy poco. Con el sol irás á las hilarzas de cáñamos y linos, aluviare y viñas, y cazarás muy despacio con buen perro.

«En los sequerales cazarás los poyos de los lindes de las heredades; y si hay arroyos, allí se retirarán á la frescura, dando á la bardasca y el perro que ande por dentro. Si hay vega de juncare con agua, no escusarla, cazando con cuidado que estarán á la frescura.

«Si el verano va seco, se retiran á las montañas por ser tierra mas fresca, pues en tierras cálidas no quedan, sino es en regadíos. Tambien acuden mucho á las viñas, despues de haber segado, á go-

zar de la frescura de la parra y á comer la simiente de la yerba, que llamamos pazanza, que apetecen mucho y se cria en las viñas, especialmente si son viñas nuevas.

«Son muchas las que pasan á tierras extranjeras, y si se logra matar al guion, que es como dos codornices, lograrás cazar por mucho tiempo, por quedarse perdidas.»

CAPITULO III.

La becada.

La becada (*scolopax rusticola*, de Latham), es un pájaro conocido en toda Europa. En España se conoce con todos estos nombres: becada, chocha, picona y gallina ciega, y aquí como en todas partes habita principalmente las comarcas montuosas y los bosques.

Tiene la becada de treinta y cinco á treinta y ocho centímetros de longitud con un pico de cuatro á cinco; la parte superior de la cabeza, el cuello, la espalda y las cubiertas de las alas variadas de castaño, negro y pardo; cuatro listas trasversales, anchas y negras en el cuello; á cada lado de la cabeza otra pequeña lista del mismo color que se extiende desde la comisura del pico hasta los ojos; y el pico y las patas de color de carne sombreado de pardo.

La hembra tiene un color mas deslucido que el macho con mayor número de manchas blancas sobre las alas y es algo mayor de tamaño.

Desde los primeros hielos las becadas abandonan sus montañas para venir á habitar en nuestros bos-

ques, á donde llegan de noche una á una ó dos á dos lo mas hácia mediados de octubre. Buscan con preferencia los bosques de las colinas ó montes poco elevados y descienden á veces á los llanos.

En marzo hacen su partida volviendo como vinieron; pero suelen quedar algunas en los bosques húmedos donde van á cazarlas los aficionados.

Como se alimenta de gusanos, busca los terrenos húmedos y aun pantanosos, las espesuras junto á los arroyos ó aguas donde va á lavarse el pico y las patas. Conócense los sitios que frecuenta en su escremento ancho y sin olor.

Cuando vuelven á las montañas se fijan en los parajes mas solitarios donde hacen sus nidos en el suelo. La hembra recoge y trae en el pico hojas y yerbas secas y reuniéndolas sin arte ni arreglo bajo un tronco ó gruesa raiz de árbol, deposita en ellas cuatro ó cinco huevos oblongos, algo mayores que los de paloma, pero menores que los de gallina, teñidos de un pardo amarillento y jaspeados de ondas negruzcas. Los pollos de la chocha abandonan el nido y siguen á la madre, en cuanto salen del cascaron.

La becada se caza de muchas maneras; pero la mas comun es con perdiguero en los tallares. Al perdiguero se le pone un cascabel chillon, á fin de saber siempre donde está, y se sigue por las claras, mientras él bate la espesura. La becada no se levanta sino al hocico del perro y á veces á los mismos piés del cazador. Al salir bate ruidosamente las alas y se deja caer pesadamente haciendo un quiebro al posar. Despues piona con ligereza y á veces un gran espacio.

Su vuelo, aunque rápido, no es ni alto ni sostenido. Es de regla tirarle por detrás al levantarse, sirviéndose para esta especie de caza de una esco-

peta corta para no verse embarazado el cazador en el momento crítico entre el remaje del bosque.

El vuelo de la becada ofrece tanto reposo á la punteria, que rara vez se escapa la pieza cuando se conoce la manera de tirar. Sucederá que el perro volverá sin ella, pero no creais por eso que la pieza se ha escapado hasta que os hayais cerciorado por vuestros propios ojos: id al sitio que le tirásteis, antes de fiaros del perro, que la verá muerta y la dejará allí quieta por la repugnancia instintiva que tienen los perros á las chochas. Téngase presente la advertencia.

En marzo y en abril, cuando la becada parte, se va al asecho al crepúsculo para tirarles al paso. El cazador se aposta en un camino, enfrente de una clara, y muy luego se oyen los gritos de las aves pasajeras, que van de dos en dos á vuelo bajo, pudiendo tirárseles muy cómodamente.

En el otoño, poco tiempo despues de su llegada, se las caza en puesto y es uno de los medios mas fáciles y ventajosos. Se comienza por buscar en los bosques frecuentados por estos pájaros, una fuente, un manantial á donde acostumbran ir para lavarse el pico, segun hemos dicho ya. Cuando se han visto en las orillas las huellas de sus piés ó su excremento se hace con tierra y broza un pequeño dique en la corriente á fin de hacer un remanso, que deberá tener de seis á siete metros de anchura, si es que no lo hay naturalmente.

A los doce ó quince pasos se arma una especie de cabaña, una choza de remaje donde pueda ocultarse el cazador con el desahogo suficiente para manejar su arma por una abertura que se dejará al efecto con el disimulo posible.

Por la noche, cuando el macho empieza á volar, es preciso ya estar en el puesto, sin hacer el menor

ruido ni el mas leve movimiento, y si el sitio está bien elegido puede tenerse la seguridad de emplear provechosamente el tiempo.

Hay muchas variedades de becasas, que se cazan todas de una misma manera, y son á saber:

1.^a La *becada ordinaria*, de que acabamos de hablar.

2.^a La *becadina*, que entra mas tarde que las otras, de las que difiere por su tamaño mas pequeño, su pico mas largo, sus patas azules y su plumaje amarillento. Se conoce en Cataluña con el nombre de *Segar*.

3.^a La *gran becada*, cuyo plumaje es mas oscuro que el de la chocha ordinaria y cuyo tamaño es una tercera parte mayor. Esta especie de chocha habita con frecuencia los setos dobles de los paises cubiertos.

4.^a La *becada blanca*, cuyo pico y piés son amarillos.

5.^a La *becada roja*, por su plumaje ondeado de rojo claro.

6.^a La *becada isabela*, de plumaje amarillo bajo.

7.^a La *becada de cabeza roja*, que tiene el cuerpo blanquecino y las alas pardas.

8.^a La *becada de alas blancas*, en todo semejante á la ordinaria menos en las alas.

En los bosques en que las becasas son muy abundantes se las caza á veces en batidas. Abárcase un espacio conveniente y los tiradores se apostan en el lado mas cómodo y descubierto para tirar. Los ojeadores, que deben estar lo mas próximo posible unos de otros, tienen cuidado de hacer mucho ruido batiendo hasta la mas pequeña mata.

Con esto se levantará la caza y como las becasas elevan poco su vuelo, es cosa fácil aprovechar los tiros. Se observa luego á donde van á parar las que

no han caído y se les da alcance yendo allá con un perro, antes de hacer otra batida.

CAPITULO IV.

La ortega, la ganga, la avutarda

La ortega ó polla del bosque (*tetrao bonasia* de Latham) tiene una carne tan regalada, que como plato digno de la mesa imperial, se ha llamado también *ave de César*.

El macho de esta especie se distingue de la hembra en una mancha negra muy marcada que tiene en la garganta y por sus iris de un rojo muy vivo.

Esta ave solo se posa en el centro de los árboles, es decir, en la bifurcación ó cruz de las grandes ramas, tiene un vuelo muy pesado, se eleva con gran ruido y su instinto la lleva á posarse con preferencia en un abeto ó pinabete frondoso, donde permanece inmóvil. Por una singularidad bastante notable entran en celo estas aves en octubre y noviembre.

La hembra hace su nido en tierra y pone doce ó quince y algunas veces veinte huevos; solo que, á las tres semanas de incubación, no salen á buen término mas que seis ú ocho polluelos, que van detrás de la madre en cuanto nacen.

La polla de bosque, aunque de condición muy pacífica, no ha podido nunca someterse á la semi-domesticidad, como el faisán, no obstante las repetidas tentativas que al objeto se han hecho. Habita en los bosques mas silenciosos, en las solitarias montañas, donde se alimenta en verano de moras silvestres, de arándanos y otros frutos pulposos, y

en invierno, de renuevos de pino y abeto, de semilla de abedul y de bayas de enebro.

La caza de la polla se hace como la del faisán. Dicese que cuando estas aves se ocultan en el frondoso centro de un árbol, se creen de tal modo seguras, que el cazador que descubre un par, que apareadas andan siempre, puede matar una, volver á cargar y matar la otra, que no hace mas que acurrucarse y esperar. En la primavera y en otoño es cuando se hace esta caza con mas provecho.

La ganga (*tetrao alchata*, perdiz de Inglaterra, polla de los Pirineos y *gaudoulo* de la Provenza) es mas conocida en las costas de Africa que en Europa, aunque no es rara tampoco en los climas análogos. La hembra no pone mas que dos ó tres huevos y cria á sus polluelos agargantándolos como las palomas. Esta especie vuela á bandadas á una altura superior al alcance de la escopeta. Es muy arisca y de un aceso tanto mas difícil cuanto que solo se posa en medio de las llanuras descubiertas.

El único medio cierto de sorprender á la ganga es ir á esperarla hácia el mediodía ó por la mañana, durante los calores del verano, á la orilla de los estanques ó de los arroyos á que suele ir á beber. Es menester estar bien oculto uno y aun tirarle al vuelo, pues por poco que se haya espantado no esperará á los disparos de la escopeta.

La avutarda (*otis tarda*, de Lineo) es un ave muy gruesa: su plumaje es de color leonado vivo sobre la espalda, jaspeado con una multitud de líneas ó rayas negras; lo demás es parduzco. El macho que es el pájaro mayor de Europa, tiene las plumas de los oídos prolongadas.

La avutarda es un género granívoro, que habita con preferencia en medio de las praderías; no hace nido para su incubacion, sino un agujero en tierra

en mitad de los trigos, cuando empiezan ya á madurar poniendo en él dos huevos, que calienta por espacio de treinta dias. El macho es cási una tercera parte mayor que la hembra.

Estos pájaros son con exceso ariscos y salvajes; sin embargo, empleando los mismos medios que para la oca silvestre, se puede dar caza á algunos.

Hay una variedad de avutarda que llama *Lineo otis tetrao*, de tamaño menor, de plumaje algo diferente y de mas instinto. La hembra difiere del macho en la parte superior de la cabeza y cuello, variados de negro y amarillento, y la pluma del ala rayada de negro. Pone tres ó cuatro huevos.

Todas las variedades de avutarda son tan ariscas y salvajes que es difícil si no imposible matarlas en caza franca, pues se ponen fuera de alcance, y hay que cazarlas con artificio. Entre otros se suele emplear el siguiente en la Champaña, donde son muy comunes en todo tiempo.

El cazador monta un caballo en pelo y se dirige al parage en que se hallan armado de su escopeta. Así que las columbra, se tiende sobre el cuello del caballo y sigue en la misma direccion así disimulado. Las avutardas que no desconfian del cuadrúpedo, siguen tranquilamente paciendo, y el cazador luego que las tiene á tiro, detiene el caballo y dispara con toda seguridad. Pero no debe estrechar mucho la distancia, sino tirar de tan léjos como le permita el alcance de su arma, si no quiere que se le escapen, ahuyentadas á pesar de su disimulo.

Finalmente en el invierno, cuando la tierra está cubierta de nieve, se buscan los parajes en que una corriente de agua deje un poco de verdura á descubierto, y se observa si estos pájaros frecuentan el sitio, lo que sucede ordinariamente. A tiro de escopeta, se hace luego en tierra un hoyo bas-

tante capaz y se mete dentro el cazador cubriéndose con un armazon de ramas y una sábana sobrepuesta ú otro cualquier trapo blanco. De este modo se espera en acecho la caza. Debe cuidarse que el armazon no se levante mucho sobre el nivel del suelo, ahondando para ello mas el hoyo, en cuyo fondo se echará una capa de paja para garantir los piés de la humedad.

CAPITULO V.

El faisán.

El faisán comun, (*phasianus colchicus* de Latham) fué en su origen importado en nuestros climas y hoy se conoce en toda la Europa templada; pero exige muchos cuidados cuando es doméstico. Su cola es larga con plumas dispuestas en gradacion. El macho tiene la cabeza y el cuello verde oscuro con dos pequeños rizos ó mechones en el occipucio, y el resto del plumaje dorado con mallas de verde. La hembra es pardo-morena con la misma pinta de malla de pardo tambien, pero mas oscuro que el fondo.

El tamaño de esta ave viene á ser como el de un gallo ordinario: sus alas son cortas en proporcion del tamaño, y por consiguiente es pesado su vuelo. De noche se posa en lo alto de las mas grandes encinas, donde duerme con la cabeza debajo del ala.

En su estado de libertad natural es un ave muy arisca, y por consiguiente muy dificil de domesticar. El macho no se acerca á la hembra sino en el tiempo del celo, que es la primavera, viviendo hasta entonces aisladamente.

La hembra hace su nido al pié de un árbol y allí pone de doce á quince huevos mas pequeños que los de gallina y de un color verdoso con pintas oscuras. El tiempo de incubacion no pasa de venticuatro dias.

El faisán vive á su gusto en el bosque, de donde sale de vez en cuando para ir á los rastrojos y sementeras recientes en que encuentra su alimento.

El faisán se caza del mismo modo que la perdiz, con escopeta y perdiguero. Para ello se va á los parajes frecuentados por él, siguiendo la muestra del perro.

Tambien se caza al acecho en el bosque y este medio es tan cómodo como seguro, cuando hay efectivamente caza. El cazador debe estar ya en el bosque al retirarse la caza á él para pasar la noche. Muy luego oirá á los machos gritar saltando de rama en rama para subir á la cima de los árboles mas altos, y entonces debe deslizarse en silencio hasta ponerse debajo de uno de estos árboles. El faisán no es asustadizo una vez posado en un árbol. Cuando falta la escopeta, puede tirársele segunda y tercera vez sin que se levante; pero bueno es no esponerse á que se espante y huya perdiendo una pieza tan estimable.

Cuando se sabe en qué árbol está posado el faisán puede cazarse de noche de la manera mas sencilla. No hay mas que encender una mecha azufrada debajo del árbol en que el faisán duerme y caerá luego sofocado por el humo del azufre. Inútil es decir que no ha de hacer aire.

Como la carne del faisán es tan exquisita y universalmente estimada, alcanzando por tanto un subido precio para las fondas y casas principales, muchos especuladores los crían domésticamente en las *faisanerias*. Llámase faisanería un sitio á pro-

pósito, dispuesto con todas las condiciones necesarias para que el faisán pueda vivir en la esclavitud doméstica. Este sitio debe estar cerrado de paredes, tapizado de yerba y algún arbusto ó matorral silvestre, y ser bastante capaz ó desahogado.

Habiendo ya local conveniente hay que procurarse huevos, los que se encontrarán fácilmente buscándolos hácia fines de abril en los bosques frecuentados por faisanes, que como hemos dicho hacen sus nidos en tierra.

Teniendo ya huevos y una gallina clueca preparada, no hay mas que ponerlos en paja y cuidar de que nada le falte para la incubacion.

Una gallina grande puede abrigar bien una nidada de treinta huevos de faisán; pero lo mejor es repartirlos entre dos cluecas y así se asegura mas el éxito.

La clueca debe estar resguardada de la intemperie en un lugar cubierto y abrigado y en tiempo de truenos bien cerrado para que no los oiga ó los oiga menos, pues el espanto pudiera hacerle saltar violentamente y romper los huevos.

Al cabo de veinticuatro ó veinticinco dias á lo mas, rompen los pollos el cascaron, y deben dejarse aun al calor de la clueca veinticuatro horas sin darles de comer. Pasado este tiempo se les traslada con la clueca á un ceston de esparto bastante capaz y cubierto con un enrejado de esparto tambien, á fin de evitar que salte la clueca ú otro cualquier incidente sin evitar que entre la luz.

Los primeros dias se conserva el ceston al abrigo en el mismo sitio; luego se saca al aire libre en las horas medias del dia, y finalmente á los quince se les deja en libertad en el lugar descubierto, cuidando de recogerlos en la cesta á la caida de la tarde.

Para sacar estos pollos adelante, hay que aten-

der con mucha solicitud á su alimento, especialmente cuando son muy tiernos. Los primeros dias se les dará de comer, lombricillas y gusanos de tierra, hormigas y otros insectos, despues huevos cocidos duros y picados, y por último miga de pan y hojas de lechuga picadas revueltas con ella. En esta primera época no se les da de beber.

Al mes pasado se les empieza á dar trigo, primero remojado, luego seco, sin dejar de darles, si hay, insectos, y sino huevo duro, miga de pan y lechuga, y poniéndoles ya agua, renovada con mucha frecuencia para que esté siempre fresca y limpia. El descuido en este punto desgraciaria la pollada. Tambien se prevendrá esta contingencia teniéndolos á tasa en la comida; es decir, que durante la primera época, ó sea el primer mes, el pollo de faisán no ha de tener siempre la comida á granel.

Pasado el segundo mes, y el peligro, los pollos, como los faisanes hechos, se mantienen con trigo crudo é insectos ó cosa asimilable, si hay. Tambien comen cebada, pero sea el trigo la base de su alimento, y solo para variárselo déseles la cebada. El agua limpia y fresca siempre.

Cuando ya se tiene casta, se tienen huevos tambien en su oportunidad. Sin embargo, pueden buscarse mas en el bosque, toda vez que hay el recurso de las cluecas.

Las gallinas cluecas han de empollar siempre los huevos; admiten mas y los descuidan menos, viviendo solo para su cria con una constancia que tiene algo de abnegacion, si puede aplicarse la palabra á un animal.

Este sistema tiene además la ventaja de aumentar el número, pues sabido es que todas las aves reponen, cuando por cualquier contratiempo no acaban su incubacion.

A principios de marzo se les dará trigo moro para recalentarlos, por cuyo medio se logrará anticipar el celo y por consiguiente la postura, que será así mas fecunda.

El gallo silvestre es una variedad de faisán, un faisán salvaje, y pesa de cinco á seis kilogramos. Tiene sobre los ojos una desnudez papilosa, de un color rojo subido, está calzado de plumas oscuras hasta el nacimiento de los dedos, su plumaje es de un fondo negro algo ceniciento hácia la cabeza, con algunas rayas mas negras y pintas blancas, y el cuello de un verde bronceado.

El macho, como el pavo real y comun, hace ruedas abriendo y levantando la cola como un abanico, teniendo de longitud total cerca de un metro.

Estos pájaros prefieren con particular afición los grandes bosques de pinos y abetos en los países ó terrenos mas montuosos. Fuera de la estación del celo, no se paran nunca en los árboles y no dejan que se les acerque el cazador.

Durante el dia permanecen guarecidos en lo mas espeso del bosque, del que solo salen por la mañana temprano y por la tarde á última hora para ir á buscar en los tallares bajos su alimento, consistente en semillas, bayas, lombricillas y otros insectos.

Entran en celo desde mediados de abril hasta principios de junio: la hembra pone de ocho á diez y seis huevos blancos con pintas amarillas, sin tomarse el trabajo de hacer nido, pues le basta el suelo y algunas yerbas, secas ó no. Los tiene en incubación como la perdiz y como ella cria sus pollos, los cuales no abandonan á la madre hasta la primavera siguiente.

Siendo mucha y buena la carne de esta especie

de faisán, se ha procurado también domesticarlo; pero en vano se han repetido las pruebas, y todos los esfuerzos se estrellarán en su salvaje condición: el gallo silvestre, amando más que todo su libertad, se deja morir de hambre antes que vivir regalado en la esclavitud. ¡Qué no fueran los hombres así!

En setiembre y octubre, por mañana y tarde, pueden cazarse los gallos nuevos con el perdiguero en los tallares inmediatos á las montañas y demás sitios salvajes en que abunden los frutos silvestres; pero será raro encontrar entre ellos gallos viejos, y si se encuentran, saldrán fuera de alcance para ir á parar á muy larga distancia.

Pero el tiempo que debe elegirse para la caza de estos pájaros, si se quiere obtener más ventajoso resultado, es el tiempo del celo, ó sea la primavera. Para ello se arma un puesto á manera de cabaña ó choza en los bosques más frecuentados por ellos y allí se les espera en acecho. Si dos horas antes de anochecer se oye cantar alguno, se deja el puesto atentadamente y se estrecha la distancia; pero para conseguirlo, es menester guardar muchas precauciones. No ha de avanzarse hácia él hasta el momento preciso de cantar, debiendo detenerse en cuanto cese de hacerlo, así se tuviera el pié en el aire, pues de otro modo oiría el paso, y se pondría en salvo.

Esta caza puede hacerse también por la mañana, desde el amanecer hasta la salida del sol; y precisamente por la mañana es la oportunidad mejor, porque el gallo, más ocupado en sus amores, se deja sorprender más fácilmente.

En Alemania, y sobre todo en Silesia, se emplea con buen éxito una especie de reclamo mudo para atraer á estos gallos. Se diseca una hembra dándole una actitud á propósito, y se monta sobre un palo

que se ata, ya de caza á la rama de un abedul, árbol que los gallos prefieren y en el cual se posan comunmente para comerse sus yemas y hojas tiernas.

Cuando hace viento, se tiene cuidado de poner la hembra disecada mirando á la parte por donde sopla, y si el tiempo es sereno, y hay mas de una hembra, se colocan unas en frente de otras.

Los machos las distinguen desde muy léjos, acuden y se reunen en torno de ellas comenzando entonces una lucha tan encarnizada, que puede el cazador salir de su emboscada y aproximarse á ellos sin que ellos se aperciban del peligro, ó despreciándolo acaso ante el interés principal de sus amores.

Cuando la época del celo ha pasado, puede cazarse aun de esta manera, colocando la hembra de reclamo en un árbol en medio del bosque y apostándose los cazadores al rededor; mientras una cuadrilla de chicos baten los contornos. Luego que los gallos acuden á la hembra, cada uno de los cazadores apunta al suyo y todos disparan á la vez en virtud de señales convenidas de antemano.

Hay otra variedad de faisán, que es la *tetrao tetrix* de Latham. Es mas pequeña que la anteriormente descrita y algo diferente de plumaje. Frecuentando los mismos parajes, pues tiene casi los mismos instintos y costumbres, se caza de la misma manera y no es tan refractaria á la domesticidad, segun las experiencias hechas en Suecia. Merece la pena de ensayarse cosa tan succulenta, pues la carne de este otro gallo es tan exquisita y regalada como las de su análogo, aunque siempre menos que la del faisán comun.

CAPÍTULO VI.

Las palomas y las tórtolas.

Muchas son las variedades de palomas que se conocen, pero para el objeto de la caza basta dividir las en dos clases generales: la doméstica y la campesina ó torcaz, prescindiendo de la primera desde luego, pues no cae bajo la jurisdicción de la escopeta, sino en ciertos casos y condiciones, que pueden verse en el *Apéndice*.

La paloma torcaz, zura ó zurita (*columba livia* de Latham) difiere de la paloma doméstica ó casera en el tamaño, que es algo menor, y en el plumaje, que es siempre ceniciento. Es ave muy arisca y desconfiada y rara vez espera al cazador, que ha de ser muy cauteloso para acercarse á tiro. Lo mas acertado es observar la querencia, saber que parajes frecuentan y apostarse oportunamente para esperarlas.

Hay una variedad de estas palomas que anida en los agujeros de los árboles, otra en las copas de los árboles, dentro de los bosques ó espesuras, todas se alimentan de semillas, yerbas y frutas silvestres.

La caza de la paloma torcaz no puede ser franca, pues se levanta al mas lejano peligro y hay que cazarla con artificio. Algunos cazadores se sirven de palomas de la misma especie que atan en sitios á propósito para que á su vista acudan las libres del campo. Otros las habitúan á acudir á un mismo punto, cuidando de derramar en él un puñado de semilla todos los días: luego que han hecho cos-

tumbre, puede el cazador matar algunos pares apostándose oportunamente, pues acudiendo en bandada y no diseminando mucho la semilla, se reúnen en compacto grupo y pueden caer muchas de un tiro.

También se les puede tirar en el abrevadero esperándolas en acecho. La paloma zurita acostumbra ir á beber tres veces al día, al amanecer, al medio día y á última hora, y toma querencia á la fuente, es decir, va siempre á beber al mismo sitio. El cazador puede esperarlas aquí y cazarlas por espacio de algunos días; pocos, pues luego que conoce el peligro, aborrece la querencia.

En el *Curso de agricultura* de Mr. Rozier, encontramos el siguiente procedimiento para cazar palomas tocaces, medio que proponemos sin garantizarlo, pues no hemos hecho la prueba.

«Se observa primeramente á donde se retiran las palomas á dormir, apostándose á última hora en el bosque y ya cerrada la noche, se divide la partida de caza en dos secciones, una que va para hacer ruido no mas, y comienza su cencerrada desde lejos para que las palomas no extrañen luego el tiroteo; y otra que va armada para tirar. Una vez ya bajo los árboles ocupados por las palomas, se enciende una hoguera para poder descubrirlas á su resplandor entre las ramas, y de este modo se les tira, sin que las espanten las detonaciones, confundidas con el estruendo de la cencerrada, que debe continuar hasta el fin de la partida.»

Los campesinos suelen emplear otro procedimiento mas útil y menos ruidoso, cuando las palomas silvestres se retiran á pasar la noche en alguna cueva ó concavidad: ni necesitan ruido ni aun escopetas; solo con una buena antorcha que ellos la hacen muy bien con esparto, vuelven al hogar cargados de caza. Todo el procedimiento se reduce sim-

plemente á deslumbrar á las palomas, á *encandilarlas*, hablando técnicamente. Conseguido esto por medio de la antorcha, ó antorchas, no tienen luego que hacer mas que *urgarlas*, es decir, tocarles con una larga caña, desalojarlas del sitio en que están posadas, pues al saltar de un sitio á otro, deslumbradas como están, chocan en las paredes y caen á tierra, pudiendo éntonces los rústicos cogerlas sin dificultad ninguna.

La tórtola (*columba turtur* de Latham) es algo mas pequeña que la paloma torcaz. Es ave de entrada en los países frios, donde permanece solo desde la primavera hasta el otoño. Hace su nido en los grandes árboles de campo abierto, aunque alguna vez se embosca en los tallares.

La tórtola no tiene el instinto salvaje de la paloma torcaz y es por consiguiente menos desconfiada; así es que permanece quieta arrullando sus amores, mientras el cruel cazador estrecha la distancia para ponerse á tiro, con tanta mas frecuencia, cuanto que sabe el cazador que su carne es cosa delicada. Sobre todo las tórtolas nuevas le suministran un manjar muy exquisito; las viejas no son buenas sino en otoño; pero cuenta que malas no son nunca, á no ser la hembra en incubacion.

Estas aves, durante los calores del verano, se reunen en grandes bandadas para ir á beber y aun á bañarse á las arenosas orillas de los rios, arroyos, ó manantiales, y tomando muy luego querencia al abrevadero, puede el cazador tirarles sobre seguro, apostándose ventajosamente.

La época mejor para cazar la tórtola es el mes de

agosto, cuando sus pichones son numerosos, poco ariscos todavía y pacen confiadamente al rededor de los bosques, en los campos y rastrojos.

Lo mismo al volateo que á puntería fija, puede tirárseles cómoda y fácilmente, pues tienen un vuelo igual y sin quiebro.

Hay dos variedades de tórtolas, una de color moreno y otra de plumaje blanco perla, siendo las dos de igual tamaño y de los mismos instintos y costumbres.

La tórtola se domestica fácilmente, sobre todo criada en casa. En pajarera, y aun en jaula, vive mas contenta ó resignada que otra cualquier ave, pudiendo sacar á buen término sus crias, si tiene en su prision las condiciones necesarias para ello.

Y hé aquí un fenómeno: es acaso la única ave patética, esto es susceptible de sentimiento. La tórtola viuda llora en arrullos su pena; la apareada, arrulla sus amores con admirable ternura, y de todas maneras cobra cariño á quien la cuida en su encierro.

CAPÍTULO VII.

Caza menuda.

Comprendemos bajo la denominacion de este epígrafe el mirlo, el zorzal, la alondra, el hortelano y otra multitud de pajarillos, que estiman mucho los aficionados. Generalmente esta caza no vale la pólvora que en ella se gasta, y por eso se emplea mas bien el artificio. Hecha de este modo, esta caza es tan divertida como provechosa.

La caza con escopeta, única de que aquí nos ocupamos es menos destructiva que la de artificio, y

bajo este punto de vista se coloca el legislador para proscribir justamente todos los armadijos ó trampas, que en manos de los ignorantes despoblarían el país de pájaros útiles á la agricultura.

Regla general: todo cazador digno de este nombre, desdeña los pájaros que no son buenos para el plato, pues son incansables destructores de las orugas, de las langostas, de las hormigas, de los gusanos, de todos los insectos nocivos á las plantas, prestando así un gran servicio al agricultor, al jardinero y á todos los aficionados á la belleza del campo.

La caza de pájaros menores necesita el empleo de ciertos armadijos inútiles para la caza propiamente dicha. El cazador debe ser diestro en el reclamo; ha de meterse en un hoyo de un metro de profundidad, que lo oculte á la vista de los pájaros, ó entre un matorral cerca de un árbol despojado de hojas, ó que tenga pocas y menudas, de modo que al posarse en él, queden los pájaros descubiertos. Tambien puede servirse de la cabaña portátil en los parajes descubiertos, en que no haya á mano ningún escondrijo.

La caza al reclamo está basada en la antipatía natural que todos los pajarillos tienen á las aves de rapiña. Para imitar el grito del mochuelo ó del buho, hay un pito artificial que puede suplirse con una hoja de árbol; y para imitar el grito de alarma que dan los pajarillos para reunirse cuando oyen el de un ave de presa, hay otro instrumento que puede tambien suplirse por medio tan sencillo. Figúrese el lector el partido que puede sacar de esta caza quien tiene el poder de reunir los pájaros en un punto.

Pasemos ahora á tratar particularmente de cada especie de esta menuda caza.

El mirlo, *turdus merula* de Latham, tiene el plumaje negro ó negruzco y ama la soledad donde vive á lo mas con otro haciendo par. Aunque salvaje, se acostumbra fácilmente á la esclavitud. Es astuto, desconfiado é inquieto, y no deja aproximarse al cazador á tiro de escopeta.

Estos pájaros se alimentan de insectos, de bayas, de uvas y otras frutos, que vienen á buscar en el invierno hasta á los jardines de las ciudades. Entran en celo muy temprano y no es raro encontrar ya volantones en los primeros dias de mayo. Hacen dos ó tres posturas al año y anidan en los zarzales y chaparros á poca altura ó en los troncos carcomidos de los árboles desmochados.

El medio de matar muchos mirlos es apostarse en acecho en el tiempo de las cerezas. Se busca al intento un cerezo silvestre, á las inmediaciones de un bosque poblado de mirlos y se hace un puesto de matas, si no hay naturalmente algun escondrijo, donde apostarse. Cuando las cerezas comienzan á madurar, se va antes de amanecer al puesto; á la aurora se les oye ya aproximarse; al romper el dia los machos comienzan á poblar el árbol y á eso de las ocho acuden las hembras, siguiendo á unas y otras los mirlos nuevos: por manera que á las nueve puede haberse hecho bastante carne, que es muy regalada para muchos.

El tordo comun, (*turdus musicus* de Latham) tiene un plumaje oscuro con algunas pintas rojizas, excepto la del cuello, la pechuga y el vientre que son de un color blanco súcio ó amarillento con pintas negras pequeñas y numerosas. Del mismo color

son las plumas inferiores de la cola, que es rojizo fosca por encima. El pico moreno como las patas.

Esta especie es á veces sedentaria, pero sin embargo, entra en gran número en los países de viñedo, cuando empieza á madurar la uva y sale despues de la vendimia.

En el invierno se les encontrará en el bosque posados, ya en un chaparro, ya en la rama de un gran árbol.

El zorzal ó tordo, que con ambos nombres se le conoce, anida en cualquier rama alta ó baja y pone cuatro ó seis huevos de un azul pálido jaspeado de verde con algunas pequeñas pintas amarillentas y negras.

Hay otras variedades de zorzal, mas ó menos diferente ó idéntica á este tipo. La que llama Latham *turdus viscivorus* es la mas grande de todas, pues mide una longitud de unos 30 centímetros.

Esta especie de tordo tiene la parte superior de la cabeza, del cuello y de todo el cuerpo de un color pardo moreno, un poco mezclado de rojo en la rabadilla; la garganta de un blanco que tira á amarillento y sembrado de pequeñas pintas longitudinales de un pardo oscuro; los lados de la cabeza, la parte inferior del cuello y de todo el cuerpo, de un blanco sùcio con pintas negras; el pico amarillo en su base y ángulos, moreno en lo demás; las patas amarillas y las uñas negras.

Como la primera variedad, es en parte viajera y en parte sedentaria: su instinto es mas salvaje y desconfiado, por lo que es menos fácil aproximárseles á tiro; sin embargo, durante el invierno pueden cazarse bien al acecho.

Se aparean estos pájaros desde enero, haciendo

la hembra su nido en la bifurcacion de las grandes ramas, donde pone ordinariamente cuatro huevos de un color blanco sombrío con pintas morenas.

El llamado *turdus pilaris* en la nomenclatura de Latham es algo menor de tamaño, pero tiene solo 27 centímetros de longitud; su capa es cenicienta con pintas negruzcas en la cabeza; la garganta blanca, como el vientre y la cola por debajo; el pico amarillento hasta la punta que es negra, teniendo en su base algunos pelos negros, fuertes y levantados y los piés morenos.

Estos pájaros son viajeros y habitan el norte de Europa. Hacen su paso en numerosas bandadas, y se alimentan de bayas é insectos; anidan en los grandes árboles y ponen de cuatro á seis huevos de un color *verde mar* con pintas rojo-oscuros.

La última de las variedades de Latham es la que llama *turdus iliacus*, que algunos confunden con la anterior. Sin embargo difiere de ella en el tamaño que es algo mas pequeño, en el plumaje un poco mas fino y lustroso, en el pico negro, y sobre todo en el color naranjado que tiene debajo de las alas.

Se alimenta de bayas y de insectos, anida en los árboles ó arbustos y pone de cuatro á seis huevos de un azul verdoso con pintas negruzcas. Mucho menos arisco que las demás variedades, espera al cazador á tiro, especialmente en las viñas en el tiempo de la vendimia.

Durante su permanencia en las viñas, este zorzal se pone muy gordo, y entonces se hace perezoso y pesado hasta el extremo de volar difícilmente, limitándose á correr entre las cepas para huir del eaza-

la hembra su nido en la bifurcacion de las grandes ramas, donde pone ordinariamente cuatro huevos de un color blanco sombrío con pintas morenas.

El llamado *turdus pilaris* en la nomenclatura de Latham es algo menor de tamaño, pero tiene solo 27 centímetros de longitud; su capa es cenicienta con pintas negruzcas en la cabeza; la garganta blanca, como el vientre y la cola por debajo; el pico amarillento hasta la punta que es negra, teniendo en su base algunos pelos negros, fuertes y levantados y los piés morenos.

Estos pájaros son viajeros y habitan el norte de Europa. Hacen su paso en numerosas bandadas, y se alimentan de bayas é insectos; anidan en los grandes árboles y ponen de cuatro á seis huevos de un color *verde mar* con pintas rojo-oscuras.

La última de las variedades de Latham es la que llama *turdus iliacus*, que algunos confunden con la anterior. Sin embargo difiere de ella en el tamaño que es algo mas pequeño, en el plumaje un poco mas fino y lustroso, en el pico negro, y sobre todo en el color naranjado que tiene debajo de las alas.

Se alimenta de bayas y de insectos, anida en los árboles ó arbustos y pone de cuatro á seis huevos de un azul verdoso con pintas negruzcas. Mucho menos arisco que las demás variedades, espera al cazador á tiro, especialmente en las viñas en el tiempo de la vendimia.

Durante su permanencia en las viñas, este zorzal se pone muy gordo, y entonces se hace perezoso y pesado hasta el extremo de volar difícilmente, limitándose á correr entre las cepas para huir del eaza-

manera sirve como refleje y agite los rayos del sol. Es un pedazo de madera incrustado de pedazos de espejo, dispuesto de tal manera que pueda moverse continuamente por medio de un hilo bramante cuyo extremo libre vaya á parar á la mano ó al pié del cazador.

Manejando este hilo á tira y afloja con un movimiento regular y constante, se mueve sin cesar el instrumento descrito, cuyos espejos reflejan los rayos solares de un modo fascinador. Este fenómeno ejerce cierta influencia atractiva sobre estos pájaros, los cuales acuden y divagan al rededor, pudiendo entonces tirárseles sobre seguro.

Hay muchas variedades de alondras que pudiéramos describir, si fuera este un tratado de zoolo-
gía. Dado el tipo y el método de caza, no es necesario detenernos en nimiedades.

El hortelano (*emberiza hortulana* de Latham) es un pájaro famoso por la delicadeza de su carne. Sin embargo, como se le ha confundido con otras especies que en ciertos países llevan el mismo nombre vulgar, hemos de hacer de él una descripción detallada.

El hortelano ó verdaula tiene unos diez y ocho centímetros de longitud, el cuello y la cabeza de color de ceniza aceitunado, el contorno de los ojos y de la garganta amarillento; la pechuga, el vientre, los costados y las plumas inferiores de la cola de un rojo mosqueado, la parte superior del cuerpo castaño oscuro uniforme; las cubiertas superiores de las alas variadas de moreno y rojo, las inferiores de amarillo azufrado, las plumas de la cola

negruzcas con bordes rojos y blancos, y el pico y los piés amarillentos.

La hembra del hortelano es algo mas cenicienta de cabeza y cuello y no tiene pintas amarillas encima del ojo, siendo en general menos brillante todo su plumaje.

Estos pájaros son de paso y entran ordinariamente en grandes bandadas, casi al mismo tiempo que las golondrinas y codornices; pero sus emigraciones no son regulares en todas las comarcas. Habitan en las viñas, en los trigos y rastrojos y hacen su nido en tierra en medio de un surco generalmente al pié de una mata ó de una cepa, lo mismo que las alondras, poniendo cuatro ó cinco huevos parduzcos.

Los hortelanos nuevos comienzan su paso desde agosto y los viejos á fines de setiembre.

La caza de estos pájaros no se hace generalmente con escopeta, sino con armadijos y redes, con cuyos medios se hace en ellos una gran baja, mayormente cuando los cazadores son implacables con el hortelano ó verdaula; tiene una carne tan exquisita y regalada como apetecida.

TRATADO TERCERO.

Pájaros de agua.

CAPITULO I.

Preparacion.

Ocupémonos ahora de las aves que pasan la mayor parte de su vida nadando en las aguas de los lagos, lagunas, estanques y rios.

Se les reconoce en los piés palmados, es decir, en las membranas que reunen sus dedos, ofreciéndoles el medio de locomocion sobre las aguas.

Pero antes de tratar particularmente del modo de cazar cada una de las especies acuáticas, bien será decir algo sobre la preparacion del cazador, que no puede menos de habilitarse de un modo especial, como especial es esta caza.

Armas.

Para lo caza de aves acuáticas se usan varias escopetas :

1.ª La *canardiera* ó de patos, que es una arma de grandes dimensiones. Las hay mayores y menores, pero en los grandes estanques y rios, debe tener tres metros de cañon y de dos á tres centímetros de ánima ó calibre.

Siendo esta escopeta un arma muy larga y pesada,

no puede cargarse como las ordinarias: necesita una medida exacta de pólvora y granalla de fundición en vez de plomos, con tacos de cerro de lino ó cáñamo.

Conviene tener medida exacta para la granalla también y no atacar mucho, pues el culatazo de esta escopeta aporrearía el hombro.

2.^a La *canardiera* menor ó segunda, que solo tiene 2 metros 33 centímetros de cañon y un calibre proporcionado.

3.^a La *becadera*, que difiere totalmente de las dos anteriores. Su montura es ligera y sobre el mismo modelo de una escopeta ordinaria. Tiene 1 metro, 66 centímetros de cañon y su calibre es algo mayor que el de un fusil de municion.

4.^a La escopeta de caza ordinaria, que solo se usa para rematar las piezas de que el cazador no podría apoderarse de otro modo.

No nos es posible determinar la carga de estas escopetas, que debe variar segun sus dimensiones. Esta precision debe ser efecto ó resultado de un ensayo, que hará el cazador tirando al blanco.

Locomocion.

Cuando esta caza se hace en los grandes estanques, lagos ó rios, y se hace bien, no hay mas medio locomotivo que un barquichuelo, pues limitándose á la orilla, seria perder el tiempo muchas veces.

El barquillo de caza debe tener de tres á cuatro metros de longitud, y si puede tener cinco sin perder ligereza, mejor; un fondo proporcionado y plano, y proa igual á la popa, es decir, agudas y cortantes las dos.

Para cazar con barquilla se necesitan ordinariamente dos hombres, uno que conduce el esquife por medio del timon y los remos ó paletas, y otro que es el que tira y verdaderamente caza.

Hay barquillas á propósito para cazar sobre la helada superficie de las aguas.

Equipo.

Para la caza al agua, es menester estar dotados de una salud fuerte y robusta, pues las emanaciones de las lagunas y pantanos son ocasionadas á calenturas, y la humedad, en general, produce el reumatismo.

Nosotros con este peligro no cazamos en agua sino muy rara vez, prefiriendo la caza en seco en todas estaciones; pero como la aficion ciega á muchos hasta el punto de no ver ó despreciar este peligro, creemos oportuno apuntar aquí algunas precauciones.

Aconsejamos lo primero, que no se vaya á esta especie de caza con frecuencia, sino de vez en cuando, á fin de neutralizar con aire puro á lo menos la mala influencia de los esfluvios pantanosos.

Para garantir los piés de la humedad en lo posible, tendrá el cazador de agua la necesaria precaucion de proveerse de un par de botas de doble ó triple suela y del cuero mas grueso y fuerte. Antes de servirse de ellas se rellenarán bien de sebo sus costuras, á fin de que no pase el agua por los agujeros de los puntos, y despues se dará una buena mano de betun á todo el cuero y aun á la suela con el compuesto de la receta siguiente:

Sebo de vaca.	250 gram.
Manteca de cerdo.	125 »
Aceite de trementina.	62 »
Cera comun.	62 »
Aceite de oliva.	62 »
Humo de imprenta.	lo suficiente para teñir.

El todo ha de desleirse á fuego lento.

El cazador no calzará nunca estas botas, sino despues de haberlas secado bien al sol ó al humo de la chimenea.

Además de las botas y un pantalon de paño fuerte terminado en botines de cuero charolado, el cazador de agua llevará ropa interior de franela á raiz de la carne. La demás ropa exterior será tambien de lana, fuerte y gruesa en toda estacion.

Con estas precauciones habrá hecho lo posible por evitar las enojosas consecuencias de la humedad y de las malas emanaciones, y, Dios sobre todo, como dice siempre en su última profecía el juicio del año en los almanaques.

CAPITULO II.

Caza.

Ahora que hemos descrito los utensilios necesarios para la caza al agua, réstanos exponer el modo de hacerla. Suponemos desde luego que quien se dedica á esta diversion, sabe perfectamente nadar, pues sin esta aptitud seria la diversion harto peligrosa.

Desde el amanecer debe estar el cazador, no ya

solo en su barquilla, sino en el sitio á que, por lo regular, acude la caza. Observará atentamente en todas direcciones y cuando descubra una bandada de patos, dirigirá hácia ella su barquilla.

Si se halla á mucha distancia podrá ayudar al batelero á remar para estrecharla mas pronto.

Debe avanzar hácia el objeto en linea recta, para no dejar ver á los patos mas que el frente del batel, disminuyendo así las probabilidades de espantarlos.

Estando ya á buen alcance, dejará los remos para servirse de las armas, cuidando de hacer todas las operaciones amenguando el bulto, ocultándose todo lo posible, para lo cual irá tendido en el fondo plano del esquife, siempre que se lo permitan las maniobras.

Solamente la costumbre puede enseñar á calcular con precision el alcance, y por consiguiente, el momento crítico del tiro, pues el agua es muy engañosa. El cazador que tiene buena vista y buenas armas, puede tirar en cuanto distinga los machos de las hembras; pero bien se comprende que semejante dato no puede consignarse como regla segura. Lo mas seguro es seguir avanzando hasta que se inquiete la caza.

Mientras el pato chapuce ó permanezca con el cuello recogido, se puede avanzar sin temor de que se levante. Ahora bien, cuando los machos empiezan á estirar el cuello y á nadar con mas prisa y confusion entre ellos, han conocido el peligro y es preciso tirarles al momento. No estando á tiro todavía, hay que parar y permanecer sin movimiento, hasta que los alarmados patos vuelvan á sosegar, en cuyo caso se continúa adelantando.

Los cazadores que no son prácticos todavía en esta caza, tiran á los patos en el agua, pero los expertos que tienen además seguridad en su buen

ojo, no les tiran hasta el momento de abrir las alas, al levantarse.

Matar diez ó doce patos de un solo tiro es cosa muy general; á veces se matan quince, diez y ocho y aun mas. Un amigo nuestro que tiene una pasion loca por esta especie de caza, y es en ella lo que se llama un maestro, tumbó una vez treinta y dos patos de un tiro y otra ochenta ave-frias.

Así que se ha tirado á los patos, es menester ponerse de rodillas en el esquife y avanzar á fuerza de remo para ocuparse mas cerca en rematar los heridos con la escopeta ordinaria, antes de pensar en recoger los muertos. Perdiendo tiempo en otra cosa, puede asegurarse que se perderia la mitad de la caza.

Los patos procuran, sumergiéndose y nadando, ganar la orilla del lago, donde se ocultan de modo que es imposible encontrarlos. Es menester además seguir con la vista la bandada que vuela, para observar si cae alguno de los que vayan heridos, lo cual sucede con mucha frecuencia. El pato, como toda ave, que tiene intactas las alas, vuela aunque mal herido, hasta que cae muerto.

Todo el arte del cazador de agua consiste en saber acercarse á la caza, y esto únicamente la experiencia puede enseñarlo. Si caza en un rio muy ancho con márgenes altas y escarpadas, se aprovechará de la sombra que estas proyectan en el agua para acercarse por esta parte. Es tambien de regla situarse en lo posible entre el sol y la caza. Finalmente, la experiencia ha probado, en contra de lo que algunos aconsejan y practican, que no se debe poner delante de la barquilla ningun matorral ni ramaje.

Antes de entrar en detalles relativos á cada especie, hemos de decir cuatro palabras sobre la caza

solo en su barquilla, sino en el sitio á que, por lo regular, acude la caza. Observará atentamente en todas direcciones y cuando descubra una bandada de patos, dirigirá hácia ella su barquilla.

Si se halla á mucha distancia podrá ayudar al batelero á remar para estrecharla mas pronto.

Debe avanzar hácia el objeto en linea recta, para no dejar ver á los patos mas que el frente del batel, disminuyendo así las probabilidades de espantarlos.

Estando ya á buen alcance, dejará los remos para servirse de las armas, cuidando de hacer todas las operaciones amenguando el bulto, ocultándose todo lo posible, para lo cual irá tendido en el fondo plano del esquife, siempre que se lo permitan las maniobras.

Solamente la costumbre puede enseñar á calcular con precision el alcance, y por consiguiente, el momento crítico del tiro, pues el agua es muy engañosa. El cazador que tiene buena vista y buenas armas, puede tirar en cuanto distinga los machos de las hembras; pero bien se comprende que semejante dato no puede consignarse como regla segura. Lo mas seguro es seguir avanzando hasta que se inquiete la caza.

Mientras el pato chapuce ó permanezca con el cuello recogido, se puede avanzar sin temor de que se levante. Ahora bien, cuando los machos empiezan á estirar el cuello y á nadar con mas prisa y confusion entre ellos, han conocido el peligro y es preciso tirarles al momento. No estando á tiro todavía, hay que parar y permanecer sin movimiento, hasta que los alarmados patos vuelvan á sosegar, en cuyo caso se continúa adelantando.

Los cazadores que no son prácticos todavía en esta caza, tiran á los patos en el agua, pero los expertos que tienen además seguridad en su buen

ojo, no les tiran hasta el momento de abrir las alas, al levantarse.

Matar diez ó doce patos de un solo tiro es cosa muy general; á veces se matan quince, diez y ocho y aun mas. Un amigo nuestro que tiene una pasion loca por esta especie de caza, y es en ella lo que se llama un maestro, tumbó una vez treinta y dos patos de un tiro y otra ochenta ave-frias.

Así que se ha tirado á los patos, es menester ponerse de rodillas en el esquife y avanzar á fuerza de remo para ocuparse mas cerca en rematar los heridos con la escopeta ordinaria, antes de pensar en recoger los muertos. Perdiendo tiempo en otra cosa, puede asegurarse que se perderia la mitad de la caza.

Los patos procuran, sumergiéndose y nadando, ganar la orilla del lago, donde se ocultan de modo que es imposible encontrarlos. Es menester además seguir con la vista la bandada que vuela, para observar si cae alguno de los que vayan heridos, lo cual sucede con mucha frecuencia. El pato, como toda ave, que tiene intactas las alas, vuela aunque mal herido, hasta que cae muerto.

Todo el arte del cazador de agua consiste en saber acercarse á la caza, y esto únicamente la experiencia puede enseñarlo. Si caza en un rio muy ancho con márgenes altas y escarpadas, se aprovechará de la sombra que estas proyectan en el agua para acercarse por esta parte. Es tambien de regla situarse en lo posible entre el sol y la caza. Finalmente, la experiencia ha probado, en contra de lo que algunos aconsejan y practican, que no se debe poner delante de la barquilla ningun matorral ni ramaje.

Antes de entrar en detalles relativos á cada especie, hemos de decir cuatro palabras sobre la caza

en terrenos pantanosos. Esta caza se hace en todas las estaciones, pero no es muy ventajosa sino en la primavera, cuando las yerbas están bastante altas para ocultar la caza, y en otoño cuando los pájaros nuevos han tomado ya el tamaño ordinario.

Los cazadores concienzudos no se permiten la caza en el tiempo de la incubacion.

La caza en terreno pantanoso no debe hacerse sino con precaucion constante, sobre todo cuando no se conocen bien los parajes, porque es con frecuencia peligrosa y puede el cazador hundirse antes de haber conocido el peligro.

Tampoco puede hacerse esta caza, sino con perros de muestra, pero hay que advertir que no todos son á propósito: los bracos, por ejemplo, contraen dolores y nudosidades en las articulaciones, que los ponen fuera de servicio en poco tiempo.

Como muchas especies de esta caza sostienen mal la muestra y corren mucho delante del perro, es menester no llevar sino un animal ya formado é incapaz de resabiarse: un perro jóven se resabiaría en poco tiempo.

Cualquiera que sea la delicadeza de olfato de un perro, una hora ó dos de humedad en esta caza, le haría perder esa aptitud, si no se le dieran algunos instantes de reposo y en paraje completamente enjuto.

Es menester que el perro que se lleve á esta caza, no se separe del cazador, á cuya intermediacion debe trabajar sin precipitarse ni correrse.

CAPITULO III.

Aves acuáticas.

El pato silvestre (*anos boschas* de Latham) se asemeja mucho á nuestro pato doméstico, pero el plumaje del macho es mucho mas brillante. Su longitud es ordinariamente de 60 centímetros, su cabeza y su cuello brillan con un esplendor verde esmeralda con reflejos de acero bruñido; el resto del cuello, la pechuga y los lados son de un moreno rojizo; su ravadilla es negra con cambiantes de verde oscuro; tiene en las alas una ancha lista de azul brillante; su pico es verde amarillento, y sus pies naranjados con uñas negras.

Esta ave es de paso en nuestros climas entrando á fin de otoño y saliendo en la primavera. Sin embargo, quedan muchos entre nosotros en los estanques y pantanos rodeados de bosque.

La hembra del pato corta y amolda juncos con los cuales hace su nido, no con mucho arte, poniendo diez y seis huevos muy obtusos, esferoides, de cascara duro y blanquecino.

En cuanto los pollos rompen el cascara, los padres los conducen al agua y no vuelven ya mas al nido. Antes de poder volar los patos nuevos adquieren el tamaño ordinario.

Los patos tienen un vuelo muy elevado y no lo abaten nunca sin haber hecho antes muchos giros y rodeos sobre el sitio en que quieren posarse. Son muy desconfiados y no dejan que se les acerque nadie sino en el batel ó barquilla. Viven en sociedad y viajan en bandadas numerosas.

El cuidado que tienen de poner espías ó avisos, durante su pecorea y los graznidos que dan cuando el menor ruido ó peligro los espanta, aumentan las dificultades de la caza. El perro no puede secundar en ella á su amo, pues su olfato no lo guia en el agua como en tierra, y así es que un cazador necesita mucha industria y paciencia para acercarse á la bandada.

Uno de los medios de atraerla al sitio que conviene al cazador, consiste en poner en los alrededores algunos patos domésticos que no hayan comido. Estos se lanzan al agua al instante batiendo las alas y graznando, nadan y chapuzan con grande alegría; y los otros acuden luego al punto, atraídos por esta especie de reclamo, pudiendo el cazador tirarles á riesgo de matar á los domésticos; pero este no debe detenerlo, siendo siempre fácil procurarse otros.

La única precaucion que debe tomar es habilitarlos algunos dias antes á sufrir el cordon que los sujeta de una pata, por medio de un anillo de cuero. De otro modo andarian embarazados en este ejercicio fraticida, y sueltos no se podria sacar partido de ellos.

Los patos son muy dificiles de cazar con escopeta porque la mayor parte de las veces salen de muy léjos y su pluma, dura y compacta, garantiza su apetecida carne, como una coraza, cuando el plomo llega un poco amortiguado por la distancia.

Sin embargo, cuando el hielo de los estanques ó pantanos obliga á los patos á refugiarse en las aguas vivas ó corrientes, dos cazadores que se entiendan bien y sigan de acuerdo las márgenes de un rio, cada cual en la suya, pueden acercárseles perfectamente á tiro y emplear bien los de sus armas. El que descubre los patos en la orilla opuesta hace

una seña convenida al compañero que lo sigue y que á esta seña se aleja de la orilla, hace un rodeo y no se acerca hasta otra nueva seña para caer sobre la bandada que presta toda su atención al que hace las señas, el cual tiene cuidado de mantenerla alerta sin acercarse demasiado para que no salte antes de tiempo.

En verano, cuando hay en un estanque una pollada de patos, que comienzan ya á volar al rededor del estanque, puede tenerse la seguridad de encontrarlos, por la mañana muy temprano ó al medio dia, chapuzando en la orilla entre los yerbazales, donde se dejan abordar sin recelo á buen alcance.

Si por casualidad se llega á matar á la madre, puede asegurarse que uno tras otro irán cayendo los hijos, como se haga lo siguiente: Se ata con un cordón un pato doméstico entre las cañas ó yerbas acuáticas, de modo que pueda entrar y salir del agua en un radio de cinco ó seis pasos, mientras el cazador permanece oculto á medio tiro de escopeta; el pato que debe ser hembra, se pone luego á graznar y acuden infaliblemente los pollos, pudiendo entonces el cazador despacharse á su gusto.

Siendo la carne de pato tan estimada, se han inventado muchos medios, mas ó menos eficaces para cazarlos.

El acecho, durante el invierno y especialmente cuando los lagos y estanques están helados, es un excelente medio para dar en estos pájaros, que en esta estación se mueven mas que en toda otra época. El acecho consiste en apostarse entre dos luces á orilla de las aguas corrientes, donde se les puede tirar muy bien al vuelo y al posarse.

El puesto es un medio de acecho perfeccionado. Cerca de un sitio en que ofrezca el terreno una

pequeña depresion, se hace una choza con ramas de árbol, cubierta de hojarasca y yerba, y luego se conduce el agua de un arroyo inmediato á la conca ó depresion del terreno para formar un estanque de cincuenta á sesenta pasos de diámetro, y bien dominado por la choza del acecho.

Este puesto puede hacerse igualmente á la orilla de un pantano, ó á la márgen de un gran rio por la parte en que hay aguas durmientes.

A cierta distancia de la choza, se atan de las patas dos ó tres hembras de pato doméstico y un macho, que sirvan todos de reclamo ó atractivo. Debe tambien el cazador tener consigo un perro de aguas, que vaya trayendo la caza á medida que vaya cayendo.

Todas las tardes, desde principios de noviembre hasta fines de marzo, se puede ir á esta especie de acecho en la seguridad de hacer bastante carne durante la noche.

Tambien se puede cazar de dia y ventajosamente á veces por este sistema; pero solamente en los primeros dias de hielo.

Aunque la pasion de la caza hace inútiles todos los consejos que la contrarian, hemos de recordar aquí la prevencion higiénica que en otra parte apuntamos, de guardarse de las emanaciones pantanosas por parte de noche: la noche es temible en los terrenos encharcados y podríamos citar en prueba muchos ejemplos.

Pero nuestra obligacion es dar idea de toda especie de caza en este *Manual* y continuamos.

Se ha observado en las costas marítimas que los patos y otros pájaros anfibios pasan de noche, de la mar á las aguas dulces y de estas á la mar, y se aprovecha esta observacion para hacer en el paraje intermedio una choza ó puesto de acecho para tirarles al vuelo á su paso.

Quando se mueve un viento fuerte y la mar comienza á agitarse, puede el cazador apostarse tambien en esta choza, durante el dia, pues las aves acuáticas, obligadas á retirarse del mar pasan y vuelven á pasar de una á otra parte á toda hora del dia.

Tambien se construyen estas cabañas de acecho entre las rocas á la orilla de la mar, apostándose en ellas los cazadores, no solo para tirar á los patos, sino tambien á las aves acuáticas de otras especies.

La caza al reberbero es otro medio de matar patos, y de los mas fecundos, segun los aficionados.

Hé aquí como se hace: Dos cazadores que conocen bien una playa, frecuentada por estas aves, la recorren á lo largo, durante la noche. Uno de ellos lleva un caldero ú otra cualquier vasija fácilmente portátil, en que va sebo inflamado y dirige su reberberacion sobre las aguas. Atraidos los patos por este reflejo, puede el otro cazador ir tirando, sin que le falten nunca piezas de la caza apetecida.

A veces se cuelga el caldero á un árbol que no esté muy léjos del agua, y esto basta para atraer la caza á tiro.

En los rios cuyo curso es lento, se mete el cazador en una barquilla y la deja seguir la corriente. En la proa ó delantera del esquife se amarra un remo casi horizontalmente, en cuyo extremo exterior va el caldero con el sebo encendido. Al reflejo acuden los patos de la orilla y se les tira cómodamente con la escopeta de grueso calibre.

Hay otro medio muy singular de atraer los patos á la orilla de un lago ó estanque, á tiro de escopeta ventajoso.

Despues de haber hecho el puesto ó choza de acecho y colocado como ya dijimos los patos de reclamo, el cazador ata á la orilla de la mar un zorro con

cuatro ó cinco metros de cadena al pie, pudiendo servir, á falta de zorro, un perro de pelo rojizo que tenga el mismo tamaño. Moviéndose y removiéndose el animal en el estrecho círculo que le permite la cadena llama la atención de los patos, que no dejan nunca de acercarse viniendo así á ponerse al alcance del cazador apostado.

La clángula (*anas clángula* de Latham) es una especie de pato que suele verse en nuestras aguas durante el invierno. Tiene la cabeza y parte del cuello cubiertas con una capucha verdi-negra con cambiantes de violeta y dorado; dos pintas blancas entre el pico y el ojo; la parte superior del cuerpo, las cubiertas de las alas y algunas plumas del escapulario de un color blanco espléndido; la rabadilla negra brillante, y los piés como el pico de un amarillo naranjado con membrana negra entre los dedos.

Las clángulas tienen los piés muy cortos y andan mal, pero en cambio nadan y chapuzan muy bien, y se dejan abordar por el cazador embarcado menos desconfiadamente que los otros patos; aunque cuando están heridos hacen trabajar mucho al cazador que los sigue para cogerlos.

Esta especie de pato entra durante el invierno y sale á principios de la primavera hácia el norte de Europa y de Asia, en cuyas regiones se reproduce. Es en extremo voraz y se alimenta de gusanos, ranas y pececillos. Su carne no es tan regalada como la de otras especies ó variedades.

La fulga ó cerceta (*anas nigra* de Latham) se distingue de todas las variedades del pato por el color completamente negro de su plumaje y sus párpados amarillos. Sobre el origen del medio pico superior se eleva un tubérculo grueso como una cereza, de una sustancia membranosa y de un bello color rojo, dividido por una raya amarilla. La parte desnuda de las patas, los piés y hasta las uñas son de un color moreno oscuro. Su longitud total mide de 48 á 50 centímetros.

La carne de la clángula dista mucho de ser tan succulenta como la de los patos silvestres : es la verdadera ave de cuarésma.

Estas aves entran en invierno y salen en primavera ; tienen el vuelo bajo hasta tocar la superficie de las aguas y se alimentan de mariscos que buscan en el fondo del mar sumergiéndose á gran profundidad.

La doble cerceta (*anas fusca* de Latham) es mas grande que la descrita anteriormente, pues tiene 56 centímetros de longitud, y difiere de ella además en el color blanco de su párpado inferior y por una gran pinta del mismo color en las alas. Anida para reproducirse en las comarcas mas septentrionales de Europa, pero se le encuentra fuera de esta época en los demás países que visita la otra especie ó variedad y se caza de la misma manera.

No siendo tan espantadiza como el pato silvestre deja que la aborde el cazador en su barquilla, especialmente cuando viaja sola ó formando par.

El silbador (*anas penelope* de Latham) tiene el pico corto, azul por encima, negro por debajo y por la punta, los piés aplomados con las uñas negras, el occipucio de un leonado claro y el resto de la cabeza, como la parte superior del cuello de color de castaña con pintas negruzcas. Este último color tiñe los lados del cuello, cuya parte anterior es de color de hollin; la capa es jaspeada de blanquecino y negruzco y la pechuga blanca lo mismo que el vientre. Su longitud total vendrá á tener unos 50 centímetros.

Estos patos entran en noviembre y salen en marzo con mas ó menos anticipacion, segun la temperatura. Sus costumbres son poco mas ó menos iguales á las de los patos silvestres, y se cazan del mismo modo. Estos dan volando una especie de graznido que se asemeja á un silbido, que difiere del grito de los demás patos y los da á conocer antes de ofrecerse á la vista; de aquí tambien el nombre de *silbadores* con que se les clasifica.

El pato silbador no es tampoco muy espantadizo, y deja que el cazador se le ponga á tiro, en agua por supuesto, porque en tierra no esperan casi nunca.

El pícuo (*anas clypeata* de Latham) es un poco menor que el pato silvestre. Su cabeza y lo alto de su cuello tienen un color verde brillante con reflejos de violeta, el resto del cuello, como la pechuga, blanco espléndido, el vientre rojo, la parte superior del cuerpo negro verdoso, las cubiertas de las alas azules, el pico negro y los piés de un amarillo azafrañado: su longitud total vendrá á tener unos 50 centímetros.

El pico que es el carácter mas distintivo de esta variedad de pato, tiene hácia su extremidad una gran prolongacion.

La hembra picuda hace su nido entre los juncos y pone diez ó doce huevos, cuya incubacion dura veinticuatro ó veinticinco dias. Los pollos picudos tienen una carne deliciosa.

Estos patos son de un natural arisco y triste y huyen al mas remoto peligro. Sin embargo caen tambien en la caza de acecho, indemnizando las fatigas del cazador con una carne tan tierna como succulenta y sabrosa.

El tadorno (*anas tadorna* de Latham) tiene casi el mismo tamaño de la oca; su cabeza y la mitad de su cuello son de un negro con visos verdes, de su collar blanco arranca una rueda de color de canela que cubre su pechuga formando una cinta en el dorso; un color negro brillante tiñe sus alas, siendo su pico de un rojo pálido y sus piés de color de carne.

Este pato singular busca para anidar las madrigueras de los conejos, cazando ante todo á sus tímidos habitantes.

Oigamos un momento á Baillon, citado por Buffon á este propósito:

«Durante todo el tiempo de la incubacion, que es de treinta dias, el macho permanece constantemente en el mogote, del cual no se aleja sino para buscar su alimento en el mar. Por la mañana y por la tarde la hembra deja sus huevos para la misma necesidad, y entonces entra el macho en la madriguera volviendo á posarse en el mogote, cuando la hembra vuelve al nido.

«En cuanto se ve en la primavera un tadorno puesto así en atalaya, hay la seguridad de encontrar el nido, bastando para ello esperar su hora de

entrar en la madriguera. Pero ha de hacerse con precaucion, porque si el tadorno se apercibe de la vigilancia, se irá al lado opuesto ó á esperar á la hembra en el mar. A la vuelta, si existe aun el peligro, permanecen los dos volando al rededor del paraje, hasta que se retiran los que causaran sus inquietudes.

«El dia siguiente de nacer los pollos los padres los conducen á la mar, y desde entonces no parecen ya mas en tierra. Dificil es concebir como pueden estos pollos desde sus primeros dias mantenerse en un elemento, cuyas olas sumerjen á veces hasta á los nadadores patos viejos.

«Si algun cazador encuentra la pollada en este viaje, el padre huye volando como la madre, pero esta cae á unos cien pasos, se arrastra por tierra aleteando, y con este ardid atrae al cazador. Los pollos permanecen inmóviles hasta la vuelta de sus guias, y en este momento cualquiera puede cogerlos sin que ninguno de ellos dé un paso para escaparse.

«He sido testigo ocular de todos estos hechos; he visto coger y aun yo mismo he cogido huevos de tadorno: para esto se cava en la tierra siguiendo el conducto de la madriguera hasta el fin donde se encuentra á la madre sobre sus huevos. Estos se colocan en un trapo de lana entre menuda pluma y se le ponen luego una hembra de pato doméstico en incubacion, la cual los abrigará con solicitud, si se tiene cuidado de sustraerle todos los suyos previamente.»

El tadorno, que es una excelente caza, no viaja en bandada, como la mayor parte de las aves acuáticas de entrada: nunca se les encontrará sino por pares.

Entrán por la primavera en las costas del océano

donde anidan, y salen á fines de estío. Sin embargo, quedan muchos pares que penetran en el interior siguiendo la orilla de los grandes rios, donde pasan el invierno.

El instinto de estas aves no es muy desconfiado y se dejan cazar bien, si no se las caza mal.

La sarcela comun (*anas querquedula* de Latham) se parece bastante al pato ordinario ó silvestre. El macho tiene generalmente unos 40 centímetros de longitud total, la parte superior y la posterior de su cabeza de un moreno negruzco, dos fajas blancas que pasan por encima de sus ojos y se reúnen en el occipucio la parte superior del cuello jaspeada de líneas blancas sobre un fondo moreno súcio, la pechuga rayada de color oscuro y el resto del cuerpo variado de blanco, de negro, de moreno y ceniciento con reflejos verdes en las alas. Su pico es negruzco y sus piés aplomados.

La hembra difiere algo en la pinta de su plumaje, teniendo un color mas claro que el macho.

Estas aves aparecen en nuestros climas en la misma época que los patos, es decir, entran en otoño y salen en la primavera; pero muchos pares permanecen entre nosotros anidando en los terrenos pantanosos.

La hembra pone de diez á catorce huevos de un amarillo verdoso.

En cuanto los pollos nacen abandonan el nido y se van al agua, donde se alimentan de gusanillos y semillas de plantas acuáticas lo mismo que los grandes.

La sarcela viaja en bandadas mas ó menos nume-

rosas y, poco desconfiada, ofrece mas facilidad de caza, que se hace como la de las otras especies.

La oca silvestre (*anser cinereus* de Meyer) se parece mucho á nuestro ansar doméstico; difiere de él, sin embargo, en el tamaño algo mas pequeño, en el cuello mas delgado y en el plumaje moreno por el dorso y amarillento en lo demás.

Estas aves vuelan á grande altura y en un orden admirable. Cada una de las bandadas, á veces de cuarenta ó cincuenta, se coloca en dos líneas oblicuas formando exactamente el ángulo de una V. La primera, es decir, la colocada en el punto en que las dos líneas se tocan, tiene que trabajar mas que las otras, obligada, por decirlo así, á recoger el aire que las sostiene: así, de cuarto en cuarto de hora, es relevada por otra.

La banda no baja á tierra sino despues de haber hecho en los aires varias evoluciones. Detiénese ordinariamente en los sembrados para comer, y por la noche se retiran á las aguas donde se reunen muchas bandadas, que se separan el dia siguiente.

Estos pájaros son muy espantadizos, y por tanto ofrecen gran dificultad al cazador que no puede ponerse á tiro sino por sorpresa. En acecho no puede tampoco prometérselas felices, sino cuando la niebla los obliga á vuelo rastrero. Haciendo mucho frio, esperan mas y puede el cazador estrechar la distancia hasta ponerse á buen alcance por medio de un puesto ambulante.

Pero el medio mas seguro es el de la caza al agua. El cazador debe tener cuidado de cargar su *canardiera* con granalla gruesa mezclada con algunas postas, á fin de poder tirar con probalidades de alcance en el caso de que saltara antes de tiempo.

Ha de estar sobre el terreno dos horas antes del dia y esperar atentamente acostado en su barquilla.

Cuando las oiga graznar comenzará á remar silenciosamente en aquella direccion, y cuando conozca hallarse á unos tres ó cuatrocientos pasos, se detendrá y esperará el crepúsculo, en el caso que no haya luna, ó que este pálido resplandor no le alumbré lo suficiente.

Llegado el momento, continuará avanzando con la mayor precaucion y seguirá avanzando hasta que las ocas empiecen á estirar el cuello. Llegó entonces el momento de tirarles, pero como ya digimos en otra parte, el cazador esperto no tira á los patos hasta el crítico instante de abrir las alas para levantarse.

De este modo no es raro matar ocho ó diez piezas de un tiro.

La carne de la oca es tambien muy apreciada.

El cisne silvestre (*anas cygnus*) difiere del cisne doméstico en el color de su pico que carece de caróncula, en su tamaño, que es un tanto mas pequeño y en otros caracteres anatómicos, que no hay para que apuntar aquí.

Éstas aves vuelan con ligereza y emprenden largos viajes; nadan graciosamente y con mucha facilidad, viven en sociedad reunidos en grupos mas ó menos numerosos y se alimentan de plantas acuáticas, insectos y semillas, pero nunca de peces.

Pasan el verano en los países mas septentrionales de Europa y no los abandonan para venir á nuestros climas, sino cuando el frio del invierno llega á toda su intensidad.

La carne del cisne se come, pero es de mediana calidad. Así es que no se caza mas que por su pluma y mas particularmente por el *duvet* ó plumon

de un color blanco de nieve, de que está cubierta su piel, y que tiene buen precio en el mercado.

El cisne se caza de la misma manera que la oca silvestre, pero aun es menos arisco y por consiguiente ofrece mas facilidad de caza. En la época de la muda no puede volar ó vuela dificilmente, y los rusos aprovechan este ventajoso tiempo cazándolos con perros de muestra.

Hay otras muchas especies de aves acuáticas que seria prólijo enumerar en un *Manual*, y ocioso despues de todo, pues todas se cazan, poco mas ó menos, de una misma manera.

Al terminar este capítulo, repetimos, que la caza mas abundante que puede hacerse en agua, es la del barquillo ó esquife. Se usa la escopeta de segundo calibre para tirar á las bandadas, la escopeta larga para las grandes piezas cuando están aisladas, y la escopeta ordinaria para las pequeñas que se encuentran solas. Una pieza que no deja se le acerque el cazador pedestre á cincuenta pasos, dejará sin desconfianza que se le acerque á veinte y aun á quince en la barquilla. El cazador de agua no puede prescindir de este eficaz y provechoso medio, pero ha de observar las reglas prescritas para cada especie de caza.

CAPÍTULO IV.

Aves de pantano.

La grulla (*ardea grus* de Latham) es una de las mayores aves acuáticas de Europa, entre las que no tienen los dedos reunidos por medio de una membrana. Su altura cuando levanta la cabeza es de cerca de un metro y treinta y tres centímetros. Tiene el cuello muy largo y las piernas muy altas; su plumage es de un hermoso color ceniciento claro y ondeado que con los años se hace mas oscuro, y negros los grandes cuchillos de sus alas.

La hembra se distingue del macho en la cabeza, que no la tiene roja como él. Pone dos huevos solamente, y los pollos, apenas criados cuando llega la época de la emigracion, siguen á sus padres en su largo viaje.

Las grullas son granívoras, comiendo tambien gusanos, pequeños reptiles é insectos; frecuentan los terrenos pantanosos y los sembrados, donde causan bastantes daños, cuando caen en ellos en grandes bandas. Viajan ordinariamente de noche dando graznidos que anuncian de muy léjos su llegada.

Créese que estas aves son las que hacen mas largas emigraciones.

Como casi todos los grandes pájaros, tienen dificultad en tomar vuelo. Antes de levantarse corren un buen trecho, vuelan luego á poca altura dando vueltas y en fin tomando aire con sus poderosas alas se pierden en las nubes.

Son tan desconfiados como vigilantes, y así no

puede el cazador ponerse á tiro, á no ser en la estacion del celo.

La garza real (*ardea major* de Latham) tiene ordinariamente un metro y 30 centímetros de longitud desde el pico hasta la cola: su cuello, sus patas y su pico son muy largos; tiene el plumage de un color ceniciento azulado y un moño ó copete en el occipucio; la parte delantera del cuello es blanca con pintas negras.

La garza se alimenta de peces, mariscos, gusanos; no abandona nunca la orilla del agua, donde se la ve horas y horas y dias enteros sin cambiar de sitio ni aun de postura; pero á veces suele posarse en algun árbol inmediato.

Es ave muy tímida; su vista es penetrante y su oido muy perspicaz, lo que hace difícil su caza, pues se levanta antes que el cazador pueda ponerse á buen alcance.

Sin embargo, puede tirársele recurriendo al artificio, ya que no es posible la caza franca.

El medio mas seguro para tirar á la garza es esperarla en acecho. Para ello se observa cual es el sitio de su querencia, que será seguramente por la parte mas baja de la orilla que le permita entrar fácilmente en el agua. Cerca de este sitio y en posición ventajosa se hace un puesto ó cabaña de remaje, y por la tarde se espera allí en acecho. De este modo hay seguridad de poder tirarle al vuelo si no en firme.

Hay un verdadero peligro al apoderarse de una garza cuando solamente está herida. El pájaro se acurruca recogiendo su cuello en actitud defensiva y espera á su enemigo á pié firme. Cuando lo tiene

á su alcance, lanza como un proyectil su cabeza armada de un largo, fuerte y puntiagudo pico, dirigido siempre á un ojo y lo saca seguramente, si no se halla á mas de un metro de distancia, pues estendiendo el cuello en toda su longitud, puede alcanzar esta medida.

La garzota (*ardea garzetta*) es enteramente de un blanco puro, un poco mas pequeña que la anterior, pues su longitud no pasa de 45 á 50 centímetros. Tiene en el dorso un moño de plumas largas y sedosas que le llegan y aun pasan de la cola.

La garzota tiene las mismas costumbres que la garza real; como ella habita en las orillas de los pantanos, pero rara vez anida en los árboles.

Por lo demás se caza de la misma manera.

La garza roja (*ardea purpurea*) es mas pequeña que la garza comun, y mas grande que la garzota: su longitud total es casi un metro.

Esta especie y la precedente se internan con menos frecuencia que la primera: en los pantanos salobres y á orillas de la mar sobre todo en el mediodía, es donde se encuentra ordinariamente á las garzas rojas.

Difieren muy poco en instintos y costumbres y por consiguiente pueden cazarse de igual manera.

El blongios (*arda minuta*) es la especie mas pequeña de este género: su longitud total es de 35 á

36 centímetros. El color de su plumage es una mezcla de blanco y de ceniciento mas ó menos oscuro.

Metido en los yerbazales, el blongios no se levanta sino muy cerca del cazador, por lo que puede en este caso cazarle cómoda y fácilmente con perro de muestra.

El alcaravan (*ardea stellaris* de Latham) es mas lleno de cuerpo que la garza mayor ó real y menos alto; su cuello es corto y tan guarnecido de plumas que parece desproporcionado. Su plumaje mosqueado es moreno en la espalda y blanquecino en la parte delantera del cuello, en la pechuga y en el vientre.

Menos estúpido y mas salvaje que la garza, no habita mas que los pantanos de cierta extension, los grandes estanques rodeados de bosque y los cañaverales.

Su vuelo es muy alto y solo reuniéndose ó girando en las altas regiones del aire hace oír su formidable grito. A veces, en el tiempo del celo especialmente, deja oír tambien su graznido que resuena á dos kilómetros á la redonda, teniendo alguna analogía con el mugido del buey. Dicen que para graznar con voz tan resonante y poderosa, hunde su pico en el légamo de los lagos ó pantanos; pero no será así cuando grazna de igual modo en los aires.

Durante el otoño suele abandonar las aguas para ir al bosque á cazar ratones, musgaños y otros animalejos que coge muy hábilmente y se traga enteros, sino vivos.

En la primavera anida en los cañaverales acuáticos y pone cuatro ó cinco huevos de un color pardo verdoso.

Por lo demás este pájaro se caza como la garza; pero como es mas animoso que ella, y se defiende hasta el último extremo con todas sus fuerzas y medios naturales, es muy peligroso cogerlo y aun acercarse á él mientras le quede vida.

Cuando está herido, en vez de huir, espera al cazador, y al acercársele le da en las piernas tales picotazos, que rompe el cuero de la bota y penetra en lo vivo. Cuando pica á un perro, se queda siempre con la tajada en el pico. A veces se echa patas arriba sirviéndose entonces de las uñas y aun del pico á modo de proyectil á los ojos del cazador.

En general la carne de todas estas especies de garza es poco estimable, aunque se le llamara en otro tiempo *manjar real*. Sin embargo, la de la pechuga y alas no deja de ser gustosa, si despues de desplumar el ave, se tiene la precaucion de desollarla, pues el husmillo ó deajo grasiento que desagrada generalmente, se lo da á la carne la piel del pájaro.

Lo mismo podemos decir de la carne de otras aves acuáticas, cuyo sabor puede corregirse del mismo modo, es decir, desollando el ave para que la piel no cueza ni menos se coma con la carne.

La cigüeña blanca (*ardea ciconia*) tiene ordinariamente mas de un metro de longitud, medida desde el extremo del pico hasta la cola, y mas de un metro y 33 centímetros desde el pico hasta las uñas.

La cigüeña, por una supersticion que data de la mas remota antigüedad, se cree portadora de dichas á las casas en cuyas chimeneas ó torres anida, y por lo mismo seria muy mal mirada su caza en algunas

partes. En muchas ciudades de Francia, nación tan despreocupada, se tiene á la cigüeña una veneración ridícula.

Por otra parte, se cree que es un ave beneficiosa porque para alimentarse destruye los reptiles, cuestión que merece discutirse, porque los reptiles, excepto la víbora, son inofensivos y destruyen á su vez los turones, los topos, los insectos y otra multitud de animalejos perjudiciales á la agricultura.

Las cigüeñas no tienen, pues, ninguna utilidad real, antes bien son nocivas á los colmeneros, cuya industria atacan cazando casi continuamente abejas hasta el punto de acabar con los enjambres en las comarcas que visitan.

Creemos, pues, conveniente la caza de la cigüeña, aunque solo fuera por esta razón.

Cuando estas aves viajan, vuelan casi todo el día, y se fatigan de tal modo, que cuando á la caída de la tarde se posan en los árboles, puede el cazador ir tirándoles sucesivamente á la distancia que quiera, sin temor de que levanten el vuelo.

Nosotros hemos tenido ocasión de hacerlo así hasta haber agotado nuestras municiones.

La cigüeña negra (*ardea nigra*) es mas rara que la blanca. Tiene de noventa á noventa y cinco centímetros de longitud, y mucho mas bravia que la otra, vive solitariamente en los pantanos inmediatos á los bosques, donde se alimenta de ranas, peces, moluscos é insectos.

Anida en el fondo de los bosques húmedos entre las ramas de los pinos y abetos mas elevados. Como por su natural arisco esquiva mas que la otra especie la presencia del hombre, hay que cazarla al

acecho en los parajes que frecuenta, ó bien sorprenderla por medio del puesto ambulante.

La carne de una y otra especie es buena y aun regalada para muchos; pero es menester desollar la pieza cuya piel le da un husmillo repugnante.

El frailecillo ó ave-fria (*tringa vanellus* de Latham, *vanellus cristatus* de Meyer) tiene poco mas ó menos el tamaño de la paloma. Se le reconoce fácilmente en el penacho, compuesto de largas hebras sedosas; su plumaje es variado de blanco y negro con reflejos metálicos, cambiantes de verde y rojo dorado en la cabeza y en las alas, en verde dorado en la espalda y en cobrizo y violeta en las demás partes del cuerpo.

Esta ave hace al volar un ruido semejante al de un harnero ó garbillo cuando se agita para limpiar trigo. Se ven muchas ave-frias durante el curso del año, pero en la primavera es cuando entran en bandas numerosas. Frecuentan entonces los prados húmedos, pero cuando viene la blandura se lanzan á los sembrados para buscar en ellos á los gusanos é insectos de que hacen su principal alimento.

Aunque el ave-fria sea de las llamadas de paso, el cazador inteligente no la caza en la primavera, en primer lugar porque está flaca entonces, y en segundo porque destruiria la especie privándose de la buena caza de otoño.

Esta reflexion debe valer para casi todas las especies de paso, cuando entran son útiles, pues devorarán los gusanos é insectos, y por este beneficio les debemos proteccion hasta que se disponen á irse.

para venir á ser presa de los pájaros carnívoros: este es el momento del cazador, que entonces las encuentra gordas.

Luego que los primeros calores de la primavera se hacen sentir, las ave-frias se separan y aparean. La hembra construye su nido sobre una gleba ó monton de tierra elevado en un terreno húmedo. Allí pone tres ó cuatro huevos de un verde sombrío con pintas negras. Dos ó tres dias despues de nacer, los polluelos abandonan el nido para correr por la yerba detrás de sus padres.

Por julio ó agosto, nuevas y viejas, todas las ave-frias se reunen en bandadas y en octubre parten en busca de países mas cálidos.

En algunas partes se cazan de noche con antorcha. La luz los atrae y deslumbrados pueden cazarse fácilmente.

En otros países se les caza por medio de una vaca artificial en que el cazador se mete armado, dirigiéndose á la bandada que paca hasta tenerla á buen alcance. Pero este medio es muy embarazoso y no muy seguro, á menos que no se estreche la distancia con ciertos rodeos, pues avanzando directamente, huyen de la vaca como del cazador.

Cuando hace mucho viento, lo que temen mucho estos pájaros, ó cuando la niebla es muy densa, el cazador puede prometerse aproximarse á tiro de escopeta; pero debe hacerlo con mucha precaucion, andando despacio y no en derechura, pues de otro modo no lo esperarían.

En las orillas de los rios ó de los estanques, á donde las ave-frias tienen costumbre de ir por la mañana y por la tarde á lavarse el pico y las patas que se ensucian buscando bajo tierra su alimento, suelen cogerse algunos por medio del lazo. Sin embargo, este medio no es seguro, porque estas

aves son muy inconstantes y cambian con frecuencia de comarca.

El ave-fria, tan arisca como es cuando se le busca por tierra, parece perder toda su desconfianza cuando se le busca por agua por medio de la barquilla indicada. Con una arma á propósito, no es raro matar veinticinco ó treinta de un tiro y á veces mas.

El pluvial comun ó chorlito dorado (*charadrius pluvialis* de Latham) es poco mas ó menos del tamaño del ave-fria, pues tiene una longitud de 27 ó 28 centímetros. No tiene penacho, la parte superior de su cuerpo es de un color negruzco con pintas amarillas y blanquinosas; tiene el contorno de los ojos blanco, los lados de la cabeza y del cuerpo, como tambien el cuello, iguales al dorso, aunque algo mas claros, el vientre de un blanco sucio, los grandes cuchillos de las alas negruzcos, la cola rayada de amarillo sombrío y de oscuro, y negros el pico y los piés.

Los pluviales tienen poco mas ó menos las mismas costumbres que las ave-frias, como ellas se alimentan de gusanillos, pero vuelan en bandadas menos numerosas, aunque á veces suelen juntarse mas de cincuenta.

Por la tarde se dispersan para pasar la noche y cada uno duerme aisladamente; pero al amanecer el primero que se despierta da el grito de llamada y luego al punto vuelven á reunirse.

Cuando están en el aire se ordenan en una misma linea paralela y á veces en muchas lineas, que tienen siempre un frente muy estudiado. Entonces es cuando deben seguirse con la vista, pues pararán

en un sitio húmedo y trabajarán en la pecorea. Durante este tiempo algunos quedan en observación para dar la voz de alarma en caso de peligro.

Por medio del puesto ambulante, grande pero ligero, se puede hacer en los pluviales una caza tan provechosa como divertida.

También se les puede dar caza atrayéndolos por medio de pájaros de la misma especie, atados de una pata cerca de un acecho.

Puede además cazárseles con la vaca artificial de la manera que ya indicamos; y finalmente, puede emplearse la antorcha, de noche por supuesto. Para esto se juntan muchos cazadores llevando antorchas. Al punto que los pluviales ven las luces, se reúnen y agrupan estrechamente. Los cazadores siguen acercándose en el mayor silencio, y cuando están á tiro, uno recoge las antorchas y los otros tiran al grupo simultáneamente y hacen una gran matanza.

Hay muchas variedades de pluviales, que no difieren esencialmente y por lo mismo se cazan de igual manera. Su desconfianza y movilidad hacen difícil su alcance, pues se levantan á la menor sombra de peligro. Sin embargo, cuando hace viento fuerte, puede el cazador acercarse á ellos con menos dificultad, porque entonces, estos como otros muchos pájaros, no se determinan á tomar vuelo sino en el último extremo.

La gallina ó polla de agua (*gallinula chloropus* de Latham, *fulica chloropus* de Lineo) es del tamaño de una polla de seis meses. Tiene la cabeza y la parte anterior del cuello negruzcas, el vientre ceniciento oscuro, con algunos matices blanquecinos al extremo

de las plumas, y la parte superior del cuerpo aceitunado bien fosco. Tiene además en la cabeza una membrana que se extiende desde la base del pico hasta el occipacio, de un color rojo subido; y forman su pié cuatro dedos, tres adelante y uno atrás guarnecidos en toda su longitud de membranas hendidas y sencillas.

La gallina de agua pasa todo el dia acostada entre las cañas y los juncos, y solo á la caída de la tarde y por la noche se aventura á entrar en agua. Al amanecer recorre la orilla del agua buscando que comer y vuelve luego á su escondrijo. Es decir que esta ave vive á orillas de los rios, de los estanques y á veces de los pantanos, donde se alimenta de gusanillos, insectos y plantas acuáticas.

Cuando los frios se hacen sentir y los estanques amenazan helarse, las gallinas de aguas buscan los grandes rios donde los frios son menos rigurosos.

Desde los primeros dias de la primavera comienzan á volver á los lugares en que nacieran. La hembra hace su nido entre las cañas, donde pone de cinco á ocho huevos de un color blanco amarillo con pintas irregulares de color moreno rojizo.

Estas piezas se cazan con un buen perro de muestra que no le tema al agua y que rastree bien. Batiendo las cañas y juncos inmediatos á los estanques, se logra levantar alguna gallina, tirándole al vuelo; pero hay que rematarla para poderla pillar, pues cuando solo está herida se sumerge al caer y no aparece mas, teniendo la estucia de ponerse bajo una boja flotante, bastante ancha para cubrirla y con solo el pico fuera del agua para poder respirar, permanece horas enteras inmóvil.

Lo mismo hace cuando se la ha perseguido mucho tiempo sin haberles podido tirar.

La gallineta de agua (*gallinula fusca*) difiere de la gallina de agua en su longitud que es de unos 33 centímetros y en su plumaje menos fosco. Sin embargo, se cree que pertenecen á la misma especie y que estas diferencias son solo el resultado de la edad.

Como quiera que sea, todo lo que hemos dicho de la gallina de agua comun es igualmente aplicable á la gallineta respecto de costumbres y de caza.

La zarceta (*fulica atra*) es del tamaño de una gallina mediana, ó sea de unos 40 á 45 centímetros de longitud. Habita en los estanques la mayor parte del año y rara vez sale á tierra, donde anda difícilmente. En otoño las zarcetas se reúnen en bandadas numerosas en los estanques de gran extension, donde permanecen hasta los primeros hielos. Entonces parten para volver en la primavera y dispersarse á pares.

La época de la caza de las zarcetas es el otoño. Los cazadores, embarcados en sus botes, se colocan y avanzan en linea, á fin de empujar y reunir la caza delante de ellos. Las zarcetas, teniendo así cerrado el paso, siguen nadando hasta la extremidad del estanque, y viéndose luego perseguidas y amenazadas allí, toman vuelo y pasan á lo despedido del agua por encima de los cazadores. Estos que están sobre aviso, esperando la evolucion, disparan al vuelo simultáneamente y matan un número considerable.

En seguida viran de bordo y repiten la estrategia hácia la extremidad opuesta del estanque, y puede repetirse muchas veces á una y otra parte alternativamente, porque las zarcetas, por perse-

guidas y hostigadas que se vean, no se determinan á dejar el agua hasta el oscurecer.

Puede muy bien simplificarse el aparato de esta caza haciéndola con dos ó tres barcas solamente. No hay mas que enlazarlas con una cuerda y barrer con ella la superficie del estanque, si no hay obstáculos insuperables. Claro es que la cuerda ha de sostenerse por medio de espantajos flotantes.

El rascon de agua, (*rallus acuáticus* de Latham) tiene el medio pico superior rogizo y negro, rojo el iris, las patas y los piés de un moreno verdoso; las plumas de la cabeza, del cuello y del cuerpo, como las de las cubiertas superiores de las alas y de la cola, de una tinta negruzca en medio y roja aceitunada al rededor; todas las partes inferiores de un color ceniciento azulado.

Este pájaro tiene gran aficion á las aguas estancadas y á las yerbas y juncos de sus orillas, alternando en unas y en otras con movimientos fáciles y ligeros.

Por lo demás, tiene muchas analogías en sus costumbres con el rascon de tierra; corre con la misma ligereza, tiene la misma astucia y ofrece al cazador y al perro las mismas dificultades. Así mismo tiene como el su tiempo de emigracion marcado, si bien de esta especie quedan muchos individuos entre nosotros, los cuales buscan en el invierno aguas templadas.

El rascon acuático hace su nido entre las cañas; sus huevos tienen una longitud de 41 milímetros y son amarillentos con pintas morenas, iguales, pero de una forma irregular.

El nido de esta ave es una cosa admirable. Figu-

raos una navecilla amarrada al tronco de un flexible arbusto: el agua fuertemente agitada por el viento, no puede hacer mas que balancearla muellemente. Acercaos sin ruido á este primor de la naturaleza y sorprendereis una tierna familia, á quien la madre trae el sustento que Dios da con larga mano á las aves del cielo.

Hé aquí el nido que el rascon acuático sabe fabricar con cañas, yerba, plumas y crines. Una tempestad puede desbordar el agua; pero no hay cuidado: la navecilla sube y baja con el agua, como baja y sube seguro en el puerto un poderoso navío.

Cuando los perros persiguen activamente en las aguas al rascon, este en vez de tomar vuelo, se oculta en los agujeros de las paredes, ó entre las piedras amontonadas que encuentra. A estos escondrijos hay que ir á cazarlo, sin que esta caza ofrezca ya mas trabajo que meter la mano en el agujero, ó levantar una piedra.

La gallineta ciega (*scolopax gallinago* de Latham) tiene los piés y el pico de becada, pero es mucho mas pequeña de cuerpo: su longitud es de unos 27 centímetros, incluso el pico, que tiene cerca de ocho, su cabeza está dividida por dos rayas longitudinales negras y tres rojizas; su cuello varia entre moreno y rojizo; su pechuga y vientre son blancos, y la parte superior del cuerpo, mezclada de pardo, rojo claro y negro.

Muchas personas confunden la becada con la gallineta ciega, pero un cazador las distingue perfectamente. La especie es poco mas ó menos la misma en cuanto á la forma, pero es muy diferente en las

demás relaciones. Así está averiguado que la presencia de la una excluye la presencia de la otra.

Estas aves habitan en los terrenos pantanosos. La hembra hace su nido en tierra bajo alguna gruesa raíz de olivo ó de sauce, en los sitios adonde no puede llegar el ganado, y pone cuatro ó cinco huevos de un color verdoso claro con pintas cenicientas y negruzcas.

La gallineta ciega vuela con mucha rapidez y con no pocos quiebros. Cuando está muy elevada hace oír un grito que tiene alguna analogía con el balido de la cabra, por lo que en algunos países la llaman *cabra volante*.

En el verano la gallineta ciega abandona nuestras comarcas para volver en otoño y desaparecer otra vez en el invierno. Sin embargo, en muchas partes se ven durante todo el año, excepto cuando las aguas se hielan, y aun así muchas de estas aves se retiran á las aguas templadas y á los bosques, por no salir del país.

La caza de la gallineta ciega requiere mucha destreza, no poca costumbre ó práctica y un arma de gran alcance. El cazador, con su perro de muestra, tiene que recorrer el terreno, á veces con agua á media pierna; por consiguiente debe ir preparado con las botas de que ya nos ocupamos.

Siendo tan rápido y difícil el vuelo de este pájaro hay que sortear sus quiebros para tirarle con acierto, debiendo disminuir un tanto la pólvora y aumentar el plomo y aun elegir un número menor, con lo cual el tiro alcanza mas y va mas desparramado.

Advertiremos que la gallineta ciega es menos difícil en la primavera que en el otoño, porque en esta primera estacion, su vuelo no es tan rápido ni tan violentos sus quiebros.

En los pantanos que frecuentan estas aves, es

fácil reconocer, por poca costumbre que se tenga, los parajes ó sitios de querencia: las yerbas bajas pisadas y el escremento pueden servir de indicios.

Hay otras variedades mas pequeñas, que no teniendo el vuelo tan difícil, pueden cazarse mejor en las mismas épocas que la gallineta ciega.

El andarios (*tringa ochropus*) tiene de 20 á 25 centímetros de longitud; habita en las orillas arenosas del mar y de los grandes rios, y en el interior es de paso por abril y agosto. En esta época viaja en pequeñas bandadas de quince á veinte á lo mas. Se alimenta de mariscos, insectos acuáticos y freza de pescado y su carne es tan exquisita como estimada.

Es muy fácil aproximarse á estos pájaros á tiro de escopeta yendo el cazador embarcado; pero ya no es tanto ni mucho menos por tierra. En este último caso, se sigue á lo largo de la orilla, todo lo cerca posible del agua, á fin de descubrir la caza de muy léjos. Entonces se toma con la vista un objeto cualquiera de la orilla que pueda servir de guia para indicar el sitio y se da un gran rodeo alejándose del agua para caer luego directamente sobre la caza. Pero por mucha precaucion que en este ardid se ponga, la caza suele levantarse antes de tiempo y es menester entonces tirarle al vuelo. Los andarios lo tienen tan bajo que casi rozan con las alas la superficie del agua.

Tambien puede cazárseles al acecho por la tarde, y si el sitio está bien elegido y el cazador bien emboscado podrá tirarles cuatro ó cinco veces á la hora de su paso.

La alondra de mar (*tringa albina*) tiene 15 ó 16 centímetros de longitud, y su carne, aunque no es muy estimada, no deja de ser buena.

Esta ave penetra con mucha frecuencia en el interior remontando el curso de los grandes rios. Se la caza como al andarrios, si bien con menos dificultades.

El combatiente (*tringa pugnans*) tiene de 27 á 28 centímetros de longitud. Este pájaro es estremadamente notable en la primavera por su plumaje que varia de un modo singular sobre todo en la época de sus amores: se encuentran, pardos, mas oscuros, casi negros, mas ó menos claros, hasta blancos.

En esta época los machos tienen en la base del pico y en el contorno de los ojos, una porcion de carónculas rosadas y muy pequeñas, les nace al rededor de los oidos una especie de tocado del mismo color, y un collarin en forma de escudo se le dibuja por delante.

Los combatientes han recibido este nombre por su instinto belicoso y batallador, pues siempre están combatiendo cuerpo á cuerpo ó bandada contra bandada. Pero como la naturaleza no les ha dado armas ofensivas, esta guerra continua no tiene peligros para ellos.

La carne de estos pájaros es bastante buena y su caca es idéntica á la de los andarrios.

El caballero. Bajo esta denominacion hay dos ó tres variedades de aves acuáticas que se distinguen por algunos matices del plumaje; pero teniendo todas ellas casi las mismas costumbres, se cazan de la manera misma que hemos indicado para la anterior especie.

La alondra de mar (Larus albus) tiene 15 á 16 centímetros de longitud y su carne, aunque no es muy estimada, no deja de ser buena.

Esta ave penetra con mucha frecuencia en el interior de las montañas el curso de los grandes ríos. Se la caza como al codorniz, si bien con menos dificultad.

El codorniz (Larus pygmaeus) tiene de 27 á 28 centímetros de longitud. Este pájaro es estimado, especialmente en la primavera por su plumaje que varía de un modo singular sobre todo en la época de sus nidos; se encuentran pardos, más oscuros, casi negros, más o menos claros, hasta blancos.

En esta época muchos tienen en la base del pico y en el contorno de los ojos, una porción de cartoncillos rosadas y muy pequeñas, los que al rodear de los ojos forman de hecho de un mismo color y en conjunto forman de hecho de un dibujo por delante.

Los codornices han en este nombre por su aspecto belicoso y batallador, ya siempre están combatiendo entre sí cuando se encuentran en un bando. Pero como la naturaleza no les ha dado armas ofensivas, esta guerra continúa en unos minutos para ellos.

La carne de estos pájaros es bastante buena y es idéntica á la de las codornices.

El caballero. Bajo esta denominación se conocen tres variedades de aves acuáticas que se distinguen por algunas partes del plumaje; pero teniendo todas ellas casi las mismas costumbres se caza de la misma manera que hemos indicado para la especie.

UNIVERSIDAD EAFET Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

SEGUNDA PARTE.

CAZA MAYOR.

Este rudo ejercicio era en otro tiempo la diversion favorita de los reyes, príncipes y grandes señores, que sostenian y aun educaban en ella sus aficiones guerreras; pero habiendo venido á menos con el cambio de los tiempos y la dulzura de las costumbres los ilustres cazadores, la caza mayor ha perdido gran parte de su importancia.

Sin embargo todavía se divierten en este ejercicio los que tienen medios para ello; pero muy de tarde en tarde y con menos ruido y aparato. Antes una partida de caza era un acontecimiento, sino de historia, de corte, que removia todas las pasiones é intrigas, cuando el protagonista de la funcion era un rey; hoy no queda mas que la tradicion, el recuerdo de aquella magnificencia salvaje, por decirlo así.

Pero seria incompleto nuestro *Manual*, si hiciéramos, como otros, caso omiso de esta segunda parte, primera en buena lógica. ¿Ni cómo prescindir de ella, si es un tratado necesario en un arte de caza? Con aparato y sin él, mientras haya reses mayores, habrá necesariamente caza mayor. Y como esta especie de caza requiere doblemente reglas de ejecucion, no solo para hacerla bien, sino tambien para evitar sus peligros, preciso es que le dedique-

mos algunos capítulos, que podrán leer como mera curiosidad los que no sean aficionados.

Por razón de método, la caza mayor puede dividirse en dos tratados á saber: *caza de animales fieros* y *caza de animales feroces, y dañinos*.

TRATADO SEGUNDO.

Caza de animales fieros.

CAPÍTULO I.

El ciervo.

La caza del ciervo requiere conocimiento que no pueden adquirirse, sino con la experiencia. Esta especie de caza supone un aparato real: hombres, caballos, perros, todos ejercitados y amaestrados, que por sus movimientos, investigaciones é inteligencia deben concurrir al mismo objeto.

El montero debe juzgar de la edad y sexo del animal; debe saber conocer y distinguir exactamente si el ciervo á quien ha echado cerco con su ventor, es estaquero, enodio ó nuevo, de diez candiles nuevos, de diez candiles, ó ciervo viejo; y los principales indicios por donde esto se puede conocer son la huella y el estiercol. El pié del ciervo es mas bien hecho que el de la cierva; su pierna es mas gruesa y está mas cercana al talon; sus pasos son mas ordenados y mas largos; pone el pié en el

mismo sitio en que habia puesto la mano, mientras la cierva tiene el pié peor formado, la distancia que alcanza en cada paso es mas corta, y no pone regularmente el pié en la huella que señaló con la mano.

Quando el ciervo ha entrado en los cuatro años, se deja conocer lo bastante para evitar toda equivocacion; pero es menester mucha práctica para distinguir la huella del enodio de la que deja la cierva, y para asegurarse de ello es menester examinarla muchas veces.

Quando el montero en la estacion seca del verano, se halla imposibilitado de formar juicio por la huella debe seguirla al revés para encontrar el escremento del animal y conocerlo por este indicio, que exige tanta ó mayor práctica acaso, pues sin esto no podria dar noticias exactas á los cazadores.

Quando en virtud de su informe se hayan llevado los perros al sitio en que está el ciervo y en que deben haberse roto algunas ramas para señal, ha de saber tambien animar á su ventor y obligarlo á que tome bien el rastro, hasta haber hecho salir al ciervo, en cuyo instante toca la corneta para que suelten los demás perros, alentándolos con la voz y la vocina. Ha de observar bien el pié del ciervo á que da caza, á fin de conocer cuando este busca otro y lo deja en su lugar, ó si está acompañado.

En este caso sucede con frecuencia que los perros se separan y forman dos cacerías; y los hombres que van á caballo, deben separarse tambien y llamar á los perros que se han extraviado á dar caza al ciervo sustituido ó á quien no se perseguia para volver á ponerlos en el rastro principal.

El hombre á caballo debe acompañar á sus perros corriendo al lado de ellos para animarlos siempre sin excitarlos demasiado, y ayudarles en un cambio, quando el ciervo retrocede por el mismo camino

que llevara. Para no equivocarse ha de procurar dar vista al ciervo, siempre que le sea posible, pues este animal nunca deja de practicar algunos ardidés, ya pasando y volviendo á pasar por el mismo camino dos ó tres veces, ya desviándose á un lado para ocultarse.

Cuando los perros han perdido el rastro del ciervo es preciso mucho cuidado y trabajo para volverlo á encontrar; pero una vez conseguido, se le puede dar caza con mas ventaja, pues á medida que su ardor se debilita, aumenta el de los perros, la sensación de estos es tanto mas distinta y viva, cuanto mas acelerado está el ciervo, y por lo mismo aumentan su celeridad y sus ladridos.

El ciervo se vale entonces de mas astucias que nunca, pero como no puede ya correr con tanta velocidad, ni por consiguiente alejarse mucho de los perros; sus ardidés, vueltas y revueltas le son inútiles, y no le queda mas recurso que huir de la tierra y arrojarse al agua, para que los perros pierdan viento.

Los de á caballo atraviesan entonces el agua y ponen otra vez los perros en el rastro del ciervo, el cual no puede ya alejarse mucho, porque sus fuerzas se van agotando hasta que al fin tiene que rendirse.

En este último trance, todavía procura defender su vida hiriendo á los perros y aun á los caballos de los cazadores, uno de los cuales lo remata metiéndole el cuchillo por la cruz.

Inmediatamente se celebra la muerte del ciervo con instrumentos de caza y grandes regocijos y los perros gozan plenamente de su victoria, comiéndose las entrañas de la víctima, que de derecho les pertenecen y les entregan.

No todas las estaciones son buenas para cazar los

ciervos con podencos: en la primavera, cuando la tierra se cubre de nueva yerba y se esmalta de flores, su perfume hace menos seguro el viento de los perros, los cuales, como el ciervo se halla entonces en su mayor vigor, por poco que se les adelante, tienen que fatigarse mucho para darle alcance. Por lo mismo los cazadores están persuadidos de que la estacion en que las ciervas están próximas á parir, es la mas desventajosa, porque en aquel tiempo los perros suelen dejar un ciervo ya fatigado por correr tras de una cierva, que encuentran casualmente.

Del mismo modo, á principios del otoño, cuando el ciervo está en la brama, los ventores lo siguen sin ardor, ya sea porque el olor fuerte que exhala entonces hace su rastro mas indiferente para los perros, ya tal vez porque todos los ciervos tienen entonces casi el mismo olor.

En el invierno durante las nieves, no se pueden cazar ciervos, porque los ventores no tienen vientos y parece que siguen el rastro mas bien con la vista que con el olfato. En esta estacion careciendo los ciervos de pasto en la espesura del bosque, salen de él, van y vienen á parages mas descubiertos, á los bosquecillos nuevos y aun á las tierras sembradas; desde el mes de diciembre andan en manadas y en lo mas riguroso de los frios procuran buscar el temple de las costas ó mantenerse en sitios abrigados, apretándose unos contra otros y calentándose mutuamente con su aliento.

A fines de invierno salen á las orillas de las selvas y van á los sembrados. En la primavera sueltan los cuernos, que se desprenden, ó por sí mismos, ó mediante un ligero esfuerzo que hace el animal enganchándolos en alguna rama.

Los ciervos viejos pierden sus cuernos á principios de marzo; los de diez candiles á mediados ó

finés del mismo; los enodios y los estaqueros á últimos de mayo. Estas épocas son muy variables y están sometidas á la templanza ó rigor del invierno que las adelanta ó atrasa relativamente.

Luego que los ciervos han perdido los cuernos, se separan unos de otros y no quedan juntos sino los jóvnes: se mantienen en los bosques buscando los mejores sitios, los matorrales, los sotos nuevos y claros, donde permanecen todo el verano para recobrar sus cuernos. En este tiempo caminan con la cabeza baja por no tropezar en las ramas con los cuernos nuevos, que son muy delicados hasta que han tomado su incremento; pero una vez adquirido y suficientemente endurecidos, los frotan contra los árboles para despojarlos de la piel de que están revestidos; y como continúan este ejercicio muchos dias consecutivos, dicen que se tiñen del color de la sabia del árbol contra el cual los refriegan. Pero este hecho puede contradecirse.

Poco tiempo despues que los ciervos han renovado y bruñido sus cuernos, comienzan á sentir las impresiones del amor. Desde fines de agosto y principios de Setiembre salen de los sotos, vuelven á los bosques y empiezan á buscar las ciervas: braman con voz muy fuerte, el cuello se les hincha, andan inquietos, atraviesan en medio del dia las campñias y llanuras, andan como furiosos y corren de un país á otro hasta encontrar sus hembras, á las cuales tienen que perseguir, estrechar y sujetar, pues al principio huyen del macho y no lo esperan hasta estar cansadas de su persecucion.

Cuando dos ciervos se encuentran cerca de una hembra, riñen antes de obtener su posesion: si son de fuerzas iguales se amenazan, escarvan la tierra, braman con voz terrible y acometiéndose al fin, se dan con los candiles golpes tan vigorosos,

que á veces se hieren mortalmente. El combate concluye por la muerte ó fuga de uno de los dos, y entonces el vencedor acomete sin perder instante á la hembra y satisface sus deseos, á menos que sobrevenga otro competidor, en cuyo caso se renueva la lucha.

Este furor amoroso dura solo tres semanas, en cuyo tiempo comen muy poco y no duermen ni reposan, saliendo de la brama tan estenuados que necesitan tiempo para reponerse. Con este objeto se retiran por lo comun á orillas de las selvas mas cultivadas en que puedan hallar pastos abundantes.

La brama de los ciervos viejos empieza á principios de setiembre y concluye hácia fines del mismo; la de los ciervos de diez candiles á mediados de setiembre y acaba á principios de octubre; la de los enodios ó nuevos desde el 20 de setiembre hasta mediados de octubre; y á fines de este último mes solo quedan en celo los estaqueros.

Las ciervas mas jóvenes son igualmente las últimas que entran en celo, el cual termina definitivamente á principios de noviembre, en cuya época los ciervos son mas fáciles de cazar por la gran debilidad en que se encuentran.

En los años abundantes de bellota se restablecen en poco tiempo, y suele observarse á fines de octubre un segundo celo que dura mucho menos que el primero.

Las ciervas, que están preñadas ocho meses y algunos dias no paren ordinariamente mas que un cerbato, rara vez dos, y tienen mucho cuidado en ocultar su cria á los perros, dejándose dar caza ellas mismas por alejarlos de ella, volviendo luego á buscarla, una vez alejado el peligro.

Pero no todas son féculdas habiendo algunas

que nunca dan fruto: estas ciervas estériles son mas corpulentas y toman muchas mas carnes que las otras entrando tambien en calor antes que ellas.

El ciervo se halla en estado de engendrar á los diez y ocho meses, pues se vé á los que nacieron en la primavera del año precedente cubrir á las ciervas en el otoño, y puede presumirse que sus actos son prolificos.

El ciervo pasa su vida en alternativas de plenitud y de inanición, de gordura y de flaqueza y en cierto modo de salud y enfermedad, sin que estas alternativas tan notables alteren su constitucion, pues su vida es tan larga como la de los demás animales, que no están sujetos á ellas.

El ciervo tarda cinco ó seis años en crecer y vive tambien siete veces cinco ó seis años, es decir, treinta y cinco ó cuarenta años, siendo una vulgaridad lo que se dice sobre la longevidad de estos animales.

Los cuernos de los ciervos, van siempre aumentando en grueso y en altura, desde el segundo hasta el octavo año de su vida, manteniéndose siempre hermosos y casi siempre los mismos, durante el vigor de la edad; pero cuando llegan á viejos, tambien declinan sus cuernos. Es raro que nuestros ciervos tengan mas de veinte á veinticinco candiles ó puntas, aun cuando sus cuernos se hallen en el estado mas floreciente, y este número nada tiene de constante, pues suele suceder que el mismo ciervo que en un año ha tenido cierto número de puntas, el año siguiente tiene mas ó menos segun su alimento y reposo, ó tranquilidad siendo como la madera de los bosques, grandes, tiernos y ligeros en los países húmedos y fértiles, y por el contrario, pequeños, duros y pesados en los secos y estériles.

Lo mismo debe decirse del tamaño de estos animales, que son muy diversos, segun los países en que habitan: los de las llanuras, valles, ó colinas abundantes en granos tienen el cuerpo mucho mayor y las piernas mas largas que los de las montañas áridas y escabrosas. Estos tienen el cuerpo bajo, corto y rehecho y no pueden correr con tanta celeridad, pero aguantan mas que los primeros, tienen una grasa mas fina y una carne mas sabrosa.

El pelo mas comun de los ciervos es el leonado; sin embargo, se ven tambien muchos pardos y otros rojos; el color de los cuernos, como el del pelo, parece que depende, en particular, de la edad y naturaleza del animal, y en general, de la impresion del aire, pues vemos que los jóvenes tienen los cuernos mas blanquecinos que los viejos.

La vista del ciervo parece buena, su olfato muy fino y mas su oido. Su indole es bastante sencilla y sin embargo es curioso y astuto. Cuando lo llaman ó le silban de léjos se detiene al instante, y mira fijamente y con una especie de admiracion los carruages, el ganado y los hombres, y si estos no llevan armas ni perros continua andando tranquilamente sin huir. Parece que oye con placer la zampoña de los pastores, y los monteros suelen valerse de este artificio para asegurarlo.

Cuanto mas viejo es, tanto mas fuerte es su voz, mas llena y mas temblona. La cierva tiene la voz mas delgada y débil y no brama de amor sino de miedo. El ciervo brama de un modo espantoso cuando está en calor, y entonces se halla tan fuera de sí, que no se espanta ni inquieta por nada, de modo que entonces se le puede sorprender facilmente; y como en este tiempo está cargado de grasa, no puede resistir mucho tiempo á los per-

ros, pero es peligroso, cuando se halla ya sin recurso y próximo á rendirse, pues se arroja á ellos con una especie de furor.

El ciervo no bebe en el invierno ni aun en la primavera, pues le basta la yerba tierna y cargada de rocío; pero en los calores y sequedades del verano, va á beber á los arroyos, á las fuentes y á los charcos, y en tiempo de celo está tan caloroso que busca agua por todas partes; no solo para apagar su ardiente sed, sino para bañarse y refrescarse el cuerpo.

Nada perfectamente, salta con mas ligereza que nada, pues cuando se vé perseguido salva con facilidad una valla ó empalizada de siete piés de altura.

Su alimento es diverso segun las diferentes estaciones: en el otoño buscan los tallos verdes, las flores de la jara, las hojas de las zarzas, etc., en el invierno cuando nieva, pelan los árboles y se sustenta con cortezas, musgo, etc., y cuando el tiempo es bueno, van á pacer á los trigos; á principios de la primavera buscan el pericarpio en que está la semilla del álamo negro, de los sauces y de los avellanos, y las flores y los botones del cerezo silvestre; y en verano, aunque tienen en que escoger, prefieren el centeno á todos los demás granos, y el álamo negro á todas las demás maderas.

La carne del cervato es buena de comer; la de la cierva y la de los estaqueros no es absolutamente mala; pero la de los ciervos tiene siempre un gusto fuerte y desagradable. Lo mas útil de este animal son los cuernos y la piel; esta se adoba y se hace de ella un cuero flexible y duradero; los cuernos los emplean los cuchilleros y espaderos, y por medio de procedimientos químicos se sacan de ellos espíritus y áhalis de uso muy frecuente en la medicina.

CAPITULO II.

El gamo.

No hay especie que se aproxime mas á otra que la del gamo á la del ciervo ; sin embargo , estos animales que en tantas cosas son parecidos , nunca se mezclan y por consiguiente no forma ninguna raza intermedia. Es raro hallar gamos en los países poblados de muchos ciervos , á menos de haberlos llevado espresamente : parecen menos robustos y agrestes que el ciervo , son tambien mucho menos comunes en las selvas , y se les cria en los parques , donde son medio domésticos.

Inglaterra es el país de Europa en que hay mas gamos ; en algunas provincias de Francia abundan tambien mucho ; no dejan de abundar en España , como así mismo en Alemania , y llevados de Europa sin duda los hay tambien en América. Este animal parece propio de los climas templados , pues no se encuentran en Rusia y es muy raro en los bosques de Suecia y demás países del Norte.

Como el gamo es animal mas silvestre , mas delicado , y en cierto modo mas doméstico que el ciervo está sujeto á mayor número de variedades. Además de los gamos comunes , y de los blancos , se conocen otros muchos. Los de nuestro país , que son casi tan grandes como ciervos , pero que tienen el cuello menos grueso y el color mas oscuro con la cola negruzca y mas larga que la de los gamos comunes ; los de Virginia son casi tan grandes como los de España y notables por el gran tamaño del miembro genital y de los testículos ; los hay que

tienen la frente comprimida y aplastada entre los ojos, las orejas y cola mas largas que las del gamo comun y están señalados con una mancha blanca en los cascos de los piés posteriores; algunos manchados ó rayados de blanco, negro y leonado; y otros, en fin, que son enteramente negros: todos tienen los cuernos mas débiles, mas aplastados, mas anchos y á proporcion mas guarnecidos de candiles que los del ciervo.

El gamo comun tiene la cola mas larga que el ciervo y el pelo mas claro. Muda los cuernos lo mismo que el ciervo, pero mas tarde, y necesita casi el mismo tiempo para recobrarlos: su celo empieza quince dias ó tres semanas despues que el del ciervo. El gamo brama entonces con bastante frecuencia, pero con voz baja y como interrumpida; no se escede tanto como el ciervo, ni deja su país nativo para ir en busca de la hembra, aunque riñe por ella desesperadamente. Estos animales, inclinados á vivir juntos, forman manadas y permanecen casi siempre unos con otros.

Cuando hay muchos gamos en un parque, forman ordinariamente dos manadas, que muy luego se hacen enemigas, por querer ambas ocupar el mismo sitio. Cada cual tiene su caudillo, que se pone al frente y este es el de mas edad y robustez: los demás lo siguen y todos se disponen á combatir.

Estos combates son muy estraños, por la disposicion que parece reina en ellos: los gamos se acometen con órden, pelean con ardor, se sostienen unos á otros y no se dan por vencidos por una sola pérdida, pues el combate se renueva todos los dias, hasta que los mas fuertes echan á los mas débiles confinándolos en los parajes menos abundantes en pastos.

Gustan de los terrenos elevados y cortados por colinas pequeñas; no se alejan como el ciervo cuando los persiguen, y lo único que hacen es dar vueltas y buscar el modo de sustraerse á la persecucion de los perros por medio de astucias y rodeos; sin embargo, cuando se ven muy perseguidos y fatigados, se arrojan al agua como los ciervos, pero sin atreverse á penetrar mucho en ella. Así, pues, la caza del gamo y la del ciervo no tienen diferencia esencial.

Los conocimientos relativos al gamo son, aunque en menor número, los mismos que pertenecen al ciervo; las mismas astucias le son comunes, aunque el gamo las repite con mas frecuencia: como este es menos inquieto y no se aleja tanto, tiene mas necesidad de acompañarse, de volver por el mismo camino, etc.; lo cual generalmente hace mas es- puesta y de mas inconvenientes la caza del gamo que la del ciervo; y además como es mas pequeño y mas ligero, sus huellas dejan en la tierra una impresion mas ó menos fuerte y duradera, que es causa de que los perros perciban menos los cambios y de que no se pueda juntar fácilmente la montería, cuando hay que enmendar una falta.

El gamo se domestica muy fácilmente y come cosas que el ciervo rehusa; por lo mismo conserva mejor su gordura y se mantiene todo el año casi en el mismo estado. Los gamos jóvenes comen mas aprisa y con mas ansia que los viejos, rumian, buscan las hembras desde la edad de dos años y no se contentan con una como el corzo, sino que mudan como el ciervo.

La hembra está preñada ocho meses y dias como la cierva y como ella pare ordinariamente un hijo, alguna vez dos, y muy raramente tres. Se halla en estado de concebir desde los dos años hasta los

quince ó diez y seis; y finalmente se parece á los ciervos casi en todos los hábitos naturales, siendo la mayor diferencia que hay entre estos animales la duracion de la vida, que es la mitad mas corta en el gamo.

CAPITULO III.

El corzo.

El ciervo como el mas noble habitante de los bosques ocupa en ellos los parajes mas sombríos; el corzo como de especie inferior se contenta con hacer su mansion entre el espeso follage de los sotos nuevos; pero si tiene menos talla y fuerza que el ciervo, le aventaja en gracia y viveza, es mas alegre y mas ágil, su forma es mas redondeada y elegante y su figura mas agradable. Sus ojos particularmente son mas brillantes y hermosos y parecen animados de una sensacion mas viva; sus miembros son mas flexibles, sus movimientos mas prontos y brinca naturalmente con tanto ímpetu como ligereza; su piel está siempre aseada y su pelo limpio y lustroso; no se revuelca en el cieno como el ciervo, ni vive á gusto, sino en los países mas elevados y secos en que el aire es mas puro.

Finalmente es mas astuto y diestro en sustraerse y mas difícil de seguir; tiene mas maña y su instinto le facilita mas recursos, pues á pesar de tener el defecto mortal de dejar tras sí impresiones mas fuertes que dan á los perros mas ardor y vehemencia de apetito que el olor del ciervo, no deja de saber sustraerse á su persecucion por la rapidez de

su primera carrera y por sus rodeos multiplicados. Para usar de ardidés no espera á que le falten las fuerzas, sino al contrario, desde que percibe que los primeros esfuerzos de una fuga veloz han sido infructuosos, desanda el camino, vuelve y revuelve, y cuando con sus opuestos movimientos ha confundido la direccion de su marcha, cuando ha mezclado las emanaciones recientes con las anteriores, se desvia á un lado dando un poderoso brinco, y echándose en tierra y permaneciendo allí sin movimiento, deja pasar toda la turba de sus enemigos reunidos.

El corzo se diferencia del ciervo y del gamo en la índole, en el temperamento, en las costumbres y en casi todos los hábitos naturales: en vez de formar sociedad como ellos y de andar juntos en grandes manados, se mantienen en medio de su familia; el padre, la madre y los hijos andan juntos y nunca se asocian con extraños, siendo tan constantes en sus amores como inconstantes los ciervos. Como la corza pare ordinariamente dos hijuelos, macho y hembra, estos animalitos criados y alimentados juntos se cobran recíprocamente una afición tan grande que nunca se separan; lo cual nace de cariño mas bien que de amor, pues á pesar de estar siempre juntos no sienten los ardores del celo sino una vez al año y solo por espacio de quince dias, que principian á fines de octubre y concluyen antes del 15 de noviembre.

En esta estacion no se hallan los corzos cargados, como los ciervos, de una gordura superabundante, no exhalan olor fuerte, no entran en furor, nada tienen que los altere ni mude su estado, y lo único que hacen es no permitir que sus hijos permanezcan con ellos durante este tiempo. El padre los echa de su compañía como para obligarlos á

ceder su puesto á los que han de venir y á que ellos mismos formen una nueva familia. Sin embargo, acabada esta época, vuelven los hijos á buscar á la madre, se mantienen con ella algun tiempo hasta que la dejan para siempre, y van á establecerse á alguna distancia del lugar en que nacieron.

El preñado de la corza dura cinco meses y medio y su parto es á fines de abril ó principios de mayo. Cuando quiere parir se separa del macho y se oculta en lo mas espeso del bosque por huir del lobo que es su mas peligroso enemigo.

A los diez ó doce dias ya han adquirido los corcillos bastante fuerza para seguir á la madre, la cual cuando les amaga algun peligro, los oculta en algun paraje secreto, y haciendo ella frente se deja cazar por libertarlos; pero todos sus desvelos no impiden que los hombres, los perros y los lobos se los roben con la mayor frecuencia.

Los corcillos permanecen con sus padres ocho ó nueve meses, y cuando se han separado de ellos, que es casi al tiempo de cumplir un año, empiezan á apuntarles los cuernos bajo la forma de dos pitones, mucho mas pequeños que los del ciervo.

Perolo que mas diferencia á estos animales es que el ciervo no desmoga hasta la primavera y no recobra su cuerno sino en el verano, mientras que el corzo lo arroja á fines de otoño y lo recobra durante el invierno. Y es que el ciervo toma en verano mucho alimento y se carga de gordura, y despues se estenua con la brama, de modo que necesita todo el invierno para recobrar sus fuerzas; el corzo al contrario, como no se estenua tanto, no tiene necesidad de tanta reparacion, y como nunca está cargado de gordura y siempre se mantiene casi en un mismo ser, sin que la brama altere en nada su

estado, en todos tiempos tiene la misma superabundancia, de modo que en el invierno mismo y poco despues de la brama pierde y recobra su cuerno.

Al segundo año ya tienen dos ó tres candiles en cada asta; al tercero tres ó cuatro; al cuarto, cuatro ó cinco, y es muy raro encontrar corzos que tengan mas. Los viejos se conocen en lo grueso del cuerno, en lo ancho de su base y en lo abultado del grano del mismo cuerno. Mientras esta subsiste blanda es sumamente sensible. Yo he visto cortar de un balazo uno de los troncos del cuerno que empezaba á crecer: el corzo sintió tanto el golpe que cayó en tierra como muerto. El cazador que estaba cercano, se echó sobre él y lo asió de un pié; pero el animal vuelto en sí, lo arrastró por el bosque mas de treinta pasos, hasta que habiendo muerto al corzo con el cuchillo de monte, vimos que la bala no le habia hecho mas daño que cortar una asta del nuevo cuerno.

Además se sabe que las moscas son una de las mayores incomodidades que experimenta el ciervo, cuando recobra sus cuernos, por lo cual se oculta entonces en lo mas espeso del bosque; el corzo que no tiene motivo de temer las moscas, por recobrar sus cuernos en invierno, no se oculta, aunque anda con precaucion llevando la cabeza baja para no tropezar con las ramas.

El ciervo, el gamo y el corzo tienen en el hueso frontal dos eminencias sobre las cuales estriban los cuernos: estas eminencias huesosas empiezan á brotar á los cinco ó seis meses y adquieren en poco tiempo todo su incremento; pero léjes de continuar elevándose conforme el animal va creciendo en edad, disminuyen de altura cada año, y hé aquí el indicio mas seguro para conocer la edad de estos

animales, pues sin embargo, de adquirir siempre mayor grueso las astas y la raíz de los cuernos, la altura de ellos y el número de candiles disminuyen tanto al fin, que cuando el animal llega á una edad muy avanzada, no tiene mas que dos mogotes gruesos, ó unos cuernos estraños y contrahechos, cuyo tronco es muy grueso y los candiles muy pequeños.

Así como la corza no está preñada mas que cinco meses y medio y el incremento del corcillo es mas pronto que el del cervato, así tambien su vida es mas breve y tal vez no pase de doce á quince años á lo mas: en el estado doméstico solo vive seis ó siete años. Es muy delicado en la eleccion del alimento y necesita aire, ejercicio y una hembra para vivir á su gusto.

Al corzo se le puede domesticar, pero nunca se consigue hacerlo familiar, pues conserva siempre algo de su instinto montaraz. Se espanta fácilmente y se precipita contra las paredes con tanto ímpetu que suele romperse las piernas. Por mas domesticados que parezcan, se les debe tratar con precaucion: los machos sobre todo están sujetos á caprichos peligrosos, toman aversion á ciertas personas, las acometen y dan cabezadas hasta derribarlas, pateándolas luego que las ven en tierra.

Los corzos no braman con tanta frecuencia ni con voz tan fuerte como los ciervos. Los corcillos hacen una especie de sonido diminuto, breve y lastimero como si pronunciaran repetida la sílaba *mi*. Este sonido puede muy bien imitarse con un reclamo, y la madre engañada acude hasta ponerse bajo la escopeta del cazador.

En el invierno hacen los corzos su mansion en los montes y se mantienen de zarzas, retamas, jarras, etc.; en la primavera acuden á los sotos nue-

vos y claros y cubren los valles y lomas nuevas de todos los arbores. Esta animala caída fermenta en su estómago y los esclavos de molo que entonces es muy fácil comprenderlos, pues no saben a donde van, y salen frecuentemente del bosque, acarreando a veces a los cazados y aun a las habitaciones de los habitantes.

En el verano permanezcan en los bosques altas, de donde rara vez salen a beber a alguna fuente en tiempo de mucha sequía, pues por poco abundante que sea el río en estado ordinario los animales no necesitan beber agua. Hacen los puntos sus fueros y rara vez acuden a los sembrados preferiendo las zarzas y juncos a los granos y legumbres.

La casa del cerzo es sin disputa la más agradable de todas; el cazador tiene que sostener con él un asuero, pero al fin no es tan difícil como la de la liebre con quien tiene mucha maleicia; quien conoce bien la una, conoce también poco más o menos la otra. Es necesario, sin embargo, buscarla antes de darle la vuelta. Se le sigue la liebre y cuando se le ha visto salir hay que retirarse dejando a guisa de carne, por que el cerzo que ha estado en ella, y no viendo ninguna más vuelve corriendo al sitio que dejó.

La carne de estos animales es un manjar excelente, pero su grasa es de un olor muy desagradable de punto blanco del país que habitan. Bien que sea un animal muy fuerte como los otros de la zona y mala caza. Los de color pardo la tienen más dulce y más cerza. Los de color negro la tienen más dulce que los otros; los machos de una de las especies de que se trata y de los machos de la misma especie y sus animales la tienen más dulce. La de los cerillos de machos jóvenes la tienen muy blanda, pero cuando cuando ya tienen un año

ó año y medio. Los de las llanuras y valles no son buenos para comer; los de los terrenos húmedos aun son peores; los que se crían en los parques tienen poco sabor; y en fin, no son enteramente buenos sino los que se crían y viven en terrenos áridos y elevados, cortados por colinas, bosques, tierras de labor é incultas, donde tienen todo el espacio, aire, alimento y hasta la soledad que necesitan, pues los que han sido inquietados frecuentemente están flacos, y los que se cazan despues de haberlos corrido tienen la carne seca y desabrida.

CAPITULO IV.

La cabra montés, la gamuza.

Este animal se parece mucho á la cabra comun, y el macho que entra en celo en noviembre, exhala entonces como el cabron un olor fuerte y fétido.

Tiene todas las costumbres y hábitos naturales de la gamuza, pero gusta de montañas mas elevadas aun. En diciembre se reunen en manadas numerosas para descender á parajes mas bajos y buscar al mismo tiempo una temperatura mas dulce y pastos mejores.

En el verano se alimentan de yerbas y vástagos de árboles; y en la primavera vuelven á subir á las mas altas regiones de las montañas.

Entonces la hembra se separa de la manada para parir, despues de cinco meses y medio de gestacion, esto es, en abril ó mayo. Ordinariamente pare dos cabritos y alguna vez tres.

La cabra montés, cuando se la coge muy tierna,

se amansa perfectamente y viene á ser un animal doméstico, que se mezcla sin repugnancia con la cabra comun produciendo una nueva especie.

Sin embargo, en el estado salvaje, la cabra montés es un animal fiero, cuya caza no deja de ser peligrosa. Cuando se ve muy hostigada por un perro ó por un hombre, hace frente y arremete á su enemigo haciéndolo rodar ó precipitándolo de una topada.

En manada es muy desconfiado este animal y mientras la manada pace, hay siempre dos ó tres cabras de vigilancia para avisar el menor peligro. Entonces todas emprenden la fuga con una rapidez tanto mas sorprendente, cuanto que se lanzan á través de las rocas mas escarpadas y sobre horrosos precipicios.

Por lo demás, la cabra montés se caza como la gamuza de que pasamos á tratar.

La gamuza no se encuentra nunca en la llanura, habitando siempre las altas regiones de las montañas, pero sin subir tanto como las cabras monteses, pues se inclina con preferencia á los flancos escarpados lanzándose con seguridad de roca en roca y de precipicio en precipicio. Tiene muy finos el olfato, el oído y la vista, y así es muy difícil acercarse á ella.

Como la cabra montés anda en manada, y como ella tiene sus vigilantes en las puntas de las rocas mientras pace la manada. Esta funcion de vigilancia se confia siempre á los machos viejos y experimentados. En cuanto se aperciben del menor peligro

hacen oír un grito especial, y la manada se dispersa y desaparece en un momento.

Los machos en la época de la brama, que tiene lugar en octubre, exhalan un olor tan desagradable como nuestros cabrones comunes.

La hembra se halla desarrollada á los diez y ocho meses, y á fines de abril ó principios de mayo pare un gamucillo y rara vez dos, que cria muy poco tiempo, pero que conserva á su lado hasta la época de la brama, en que se separa de ellos.

La gamuza relativamente al pasto es mucho mas delicada que la cabra montés: no come sino las mejores yerbas, y aun así escoge lo mas gustoso de ellas, como los tallos tiernos y las flores. Busca sobre todo y saborea las plantas aromáticas, pace por la mañana y á la caída de la tarde, y no bebe sino durante los grandes calores del verano. Teme igualmente el exceso del frio y del calor, y así habita en el estío el flanco de la montaña que da al norte, y en el invierno el que da al mediodia.

Aunque la carne de los gamucillos es muy delicada, no se caza la gamuza precisamente por su carne, sino por su piel, que es cosa muy estimada en el mercado. Se hacen de ella guantes, bolsas, calzado, etc. Sus cuernos tambien se utilizan para puños de baston y otras cosas análogas.

La caza de la gamuza es una pasion tan extremada en algunos montañeses, que se han visto perecer en ella muchos individuos de una misma familia, sin escarmiento de los demás. El bisabuelo, el abuelo, el padre se han precipitado en los abismos muriendo lastimosamente destrozados; y sin embargo, los hijos siguen sus pasos en esta peligrosa caza, sin que tales desgracias los retraigan ó contengan siquiera en los límites de la prudencia. Para trepar á rocas verdaderamente inaccesibles,

llevan en los piés gárfios de hierro, y en la maño un palo armado de una cuchilla por un extremo, y de un gancho por otro, y se agarran así á una mata, á una raiz, á una piedra móvil, teniendo la temeridad de suspenderse en los aires de este modo. Así, pues, cuando el punto de apoyo llega á faltar, se precipitan sin remision á un abismo, que tiene con frecuencia una profundidad de muchos centenares de piés.

Los perros son completamente inútiles para la caza de la gamuza, pues no pueden seguir á través de tanta roca y precipicio á la manada que recorre de una vez una distancia de veinte ó veinticinco kilómetros. Hay, pues, que atenerse á la propia astucia.

La escopeta de que debe servirse el cazador en persecucion de gamuzas, ha de ir siempre cargada con bala, pues con frecuencia tendrá que tirar de muy léjos, y aun así es menester que el arma tenga buen alcance.

A veces los cazadores van á las montañas que frecuentan estos animales y ocultándose detrás de las rocas, deslizándose entre los matorrales y aun arrastrándose cautelosamente, procuran acercarse á la manada y sorprenderla, tirándole antes de que pueda apercibirse del peligro.

Otras veces van á esperarlas en acecho, antes de amanecer, á los parajes donde tienen costumbre de ir á pacer, teniendo siempre la precaucion de ponerse contra el viento, pues de otro modo no se acercarian.

Finalmente, el medio mas seguro de cazar la gamuza, es reunirse los cazadores en buen número, salir bien de mañana y ocupar todos los desfiladeros de la montaña donde haya una manada. Los cazadores mas dispuestos escalan las rocas y pro-

curan tirar á la manada, mientras los otros esperan en sus puestos para tirar á su vez á las reses que corren ya dispersas.

Puede hacerse la caza de la gamuza durante todo el año; sin embargo, como no se le busca mas que por la piel, la época generalmente designada, es desde mediados de agosto hasta primeros de noviembre. En esta época la piel de la gamuza reúne todas las cualidades que la hacen estimable.

Creemos haberlo dicho todo acerca de esta especie de caza, y pasamos á la del jabalí.

CAPITULO V.

El jabalí.

Tiene el tamaño de los mayores cerdos domésticos, de los cuales es origen, los colmillos encorvados hácia fuera y algo hácia arriba; el cuerpo es pesado y está cubierto de cerdas erizadas, de color castaño negruzco y sus orejas son rectas. La hembra es algo mas pequeña que el macho; los jabatos son rayados de blanco y de castaño durante su primera edad siendo entonces muy estimados de los gastrónomos.

El jabalí que es el tipo de la especie del cerdo doméstico, tiene algunos ligeros caracteres diferenciales, producto de su estado salvaje. Habita en los bosques espesos de las regiones templadas de Europa y de Asia; pero no se halla en Inglaterra. Es brutal, de valor intrépido y son muy sabidos los combates que sostiene con los perros y aun con los hombres que le dan caza.

Estos animales son singulares: su especie es, por decirlo así, única y aislada, y parece que existe mas solitaria que ninguna otra; no se aproxima á ninguna que se pueda considerar como principal ni como accesoria, como lo seria la especie del caballo relativamente al asno, ó la de la cabra respecto de la oveja: Tampoco está sujeta á gran variedad de razas como la del perro, y participa de muchas especies, diferenciándose de todas esencialmente.

A las muchas particularidades del cerdo, y por consiguiente del jabalí, debemos añadir otra, y es que su gordura difiere de la de casi todos los animales cuadrúpedos, no solo por su consistencia y calidad, sino tambien por su posicion en el cuerpo del animal. La gordura del hombre y de los animales que no tienen sebo, como el perro, el caballo, etc., se halla entreverada con la carne con bastante igualdad; el sebo en el morueco, el ciervo, el cabrón, etc., no existe sino en las extremidades de la carne; pero el tocino del puerco y del jabalí no está mezclado con la carne, ni acumulado en los extremos de ella, sino que la cubre por todas partes y forma una gruesa capa distinta y continúa entre la carne y la piel, conviniendo en esto el cerdo con la ballena y los demás animales cetáceos, cuya gordura no es mas que una especie de tocino casi de la misma consistencia, aunque mas oleoso que el del puerco, formando tambien esta grasa en los cetáceos una capa de muchas pulgadas de grueso que rodea toda la carne muscular.

Otra particularidad mas notable aun es que el cerdo no pierde ninguno de sus primeros dientes: los demás animales, como el caballo, el asno, el buey, la oveja, la cabra, el perro, y hasta el hombre, pierden todos sus primeros dientes incisivos, renovándolos muy luego; el cerdo, por el contrario,

nunca muda sus dientes, los cuales no solo no se le caen, sino que le crecen toda la vida.

El cerdo tiene en la mandíbula inferior seis dientes incisivos y cortantes, y otros seis correspondientes en la superior; pero por una imperfección de que no hay otro ejemplo en la naturaleza, los seis dientes de la mandíbula superior son de muy diferente forma que los de la inferior, pues en vez de ser también incisivos y cortantes, son largos, cilíndricos y embotados ó chatos por la punta, de suerte que casi forman ángulo recto con los de la quijada superior, y no se tocan sino muy oblicuamente unos con otros por sus extremidades.

El cerdo y otras dos ó tres especies de animales tienen colmillos muy largos, que se diferencian de los demás dientes en que salen fuera y crecen toda la vida. Estos colmillos son cilíndricos y de algunos pies de longitud en el elefante y la vaca marina, pero en el jabalí y en el verraco se encorvan formando una sección de círculo, son chatos y cortantes, y se han visto algunos hasta de once pulgadas y media. El elefante y la vaca marina solo tienen colmillos en la quijada superior, mientras que el jabalí y el verraco los tienen en ambas quijadas, siendo para el animal los de la quijada inferior los más útiles y también los más dañinos, pues con ellos se defiende y ofende el jabalí.

La puerca, la jabalina y el cerdo castrado tienen también los mismos cuatro dientes caninos en la quijada inferior; pero estos crecen mucho menos que los del macho y casi no salen afuera.

Además de estos diez y seis dientes, á saber, doce incisivos y cuatro caninos, tienen también veintiocho muelas que en total componen cuarenta y cuatro dientes. El jabalí tiene los colmillos mayores, el hocico más fuerte y la cabeza más larga que

el cerdo doméstico y también los piés mas abultados, mas separadas las pezuñas y el pelo siempre negro.

Entre todos los cuadrúpedos el cerdo parece el mas bruto, como si las imperfecciones de su forma influyeran en su índole, pues todas sus propiedades son groseras, todos sus apetitos inmundos, y todas sus sensaciones se reducen á una lujuria furiosa y á una glotonería brutal, que le hace devorar indistintamente cuanto se le presenta, hasta sus mismos hijos recién nacidos, siendo probable que su voracidad nazca de la necesidad continua de llenar la gran cavidad de su estómago, y la grosería de sus apetitos, de la torpeza de sus sentidos, del gusto y del tacto.

La aspereza del pelo, la dureza de la piel y lo grueso del tocino hacen que estos animales sientan poco los golpes. Tienen, por consiguiente, el tacto muy torpe, y el gusto no menos grosero que el tacto, pero muy buenos los demás sentidos. Los cazadores saben que los jabalies ven y oyen desde muy léjos, pues para sorprenderlos les es preciso esperarlos con gran silencio y de noche y apostarse contra el viento para que no lleguen al animal las emanaciones, que siente de léjos y siempre con bastante viveza para hacerle torcer inmediatamente su camino.

La duracion de la vida del jabalí puede estenderse á veinticinco ó treinta años, y el desarrollo de su incremento parece que no se ciñe á cuatro ó cinco años, pues cuanto mas viejo es un jabalí tanto mas grueso, duro y pesado es.

El primer parto de la puerca no es numeroso y sus lechoncillos son débiles y aun imperfectos, cuando la madre no tiene un año: esta se halla en calor en todo tiempo, y busca al macho, aunque

esté preñada, lo cual puede mirarse como una excepcion entre los animales, pues en cási todas especies la hembra repugna al macho luego que ha concebido.

La puerca está preñada cuatro meses, pare el quinto y muy luego busca al macho. Concibe segunda vez y por consiguiente produce dos veces al año.

La jabalina muy semejante en todo á la puerca doméstica, no pare, sin embargo, mas que una vez al año, verosimilmente por falta de alimento y por la necesidad de lactar mucho tiempo á todos los jabatillos que pare, lo que no sucede con la puerca doméstica, á la que, por lo regular, solo dejan los machos, y esto por muy poco tiempo. La jabalina recibe al macho en enero ó febrero y pare en mayo ó junio; amamanta á los hijos por espacio de cuatro ó cinco meses, los conduce, los sigue y los obliga á que no se separen ni extravien hasta que tienen dos ó tres años; así, pues, no es raro ver jabalinas acompañadas de sus hijos de aquel año y de los del anterior.

Estos animales gustan mucho de las lombricillas de tierra y ciertas raíces, y para buscarlos mueven y remueven la tierra con el hocico. El jabalí, cuya cabeza es mas fuerte y larga que la del puerco, hoza mas profundamente y cási siempre formando un surco en línea recta, mientras que el puerco hoza á una y otra parte y mas superficialmente.

En términos de montería se llama *escuderos* á los jabalíes que no pasan de tres años, porque hasta dicha edad no se separan de la madre. Forman, pues, estos animales especies de compañías de que depende su seguridad, pues cuando son acometidos resisten por su número, se defienden y socorren haciendo frente en círculo compacto en cuyo centro ponen á los mas pequeños.

El jabalí no gruñe, sino cuando riñe, pero cuando de repente se ve sorprendido, da un resoplido que se oye á mucha distancia.

A pesar de ser tan glotones y fieros estos animales no acometen ni devoran á los demás animales; verdad es que suelen comer carne corrompida habiéndose visto á algunos jabalíes comer carne de caballo, y encontrado en su estómago alguna vez piel de corzo y piernas de pájaros; pero acaso sea esto mas bien efecto de la necesidad que del instinto.

Con todo eso, no puede negarse que son aficionados á la sangre y carne ensangrentada y fresca, pues hasta los cerdos domésticos suelen devorar á sus hijos y aun á los niños de pecho.

El jabalí, cuando está en brama, busca á la hembra, la sigue y acompaña por espacio de unos treinta dias en los bosques mas espesos y solitarios: entonces es mas fiero que nunca y se pone feroz, cuando otro macho quiere ocupar su puesto, riñendo con este motivo, á veces hasta matarse. En cuanto á la jabalina, solo se pone furiosa cuando maltratan á sus hijos, lo que es comun á casi todas las hembras de las especies silvestres.

Hácese la caza del jabalí á viva fuerza con perros, ó bien matándolo por sorpresa durante la noche con la claridad de la luna; pero como su fuga es lenta y además deja donde pasa un olor muy fuerte y se defiende de los perros hiriéndolos siempre de peligro, no conviene hacer esta caza con buenos podencos, destinados á la caza de ciervos y corzos, pues esta de los jabalíes les echaria á perder el olfato y los acostumbraria á correr con lentitud. Unos buenos mastines enseñados medianamente bastan para cazar al jabalí.

Es menester no atacar sino á los mas viejos, los

cuales se conocen fácilmente en las huellas. Un jabalí de tres años es difícil de cazar, porque corre á mucha distancia sin detenerse, mientras que los jabalíes de mas edad no huyen muy léjos, se dejan perseguir de cerca, no temen mucho á los perros y suelen detenerse para hacerles frente.

De dia se mantienen ordinariamente en sus que-
rencias en lo mas espeso del bosque, y de noche salen á buscar su alimento. Por el verano, cuando están los granos maduros, es fácil sorprenderlos en los trigos y avenas, á que acuden todas las noches.

Quando el jabalí está herido por una bala que le haya entrado por el brazuelo ó por los riñones, pues la bala no lo detiene si solo le entra en el vientre, es preciso para impedir que acosado hiera á los perros, lanzarse audazmente á él y rematarlo á tiros, antes que le embistan los perros.

Si, para salvar los perros del furor de un jabalí acosado, los cazadores se deciden á caer sobre él, sea siempre con armas seguras. Si el animal se dirige á un cazador, espérelo á pié firme, apunte con calma al pecho, tirele y salte luego á un lado para hundirle la bayoneta en la paletilla á su atropellado paso, si no hubiera quedado muerto, pues debe estar convencido el cazador en este momento crítico, que si no remata al bruto, el bruto se vengará de él.

Pero puede precaverse el peligro, no aventurándose á este azar aisladamente, sino de acuerdo y protegidos mutuamente dos cazadores. De esta manera se da buena cuenta del mas fiero jabalí.

Luego que el jabalí está muerto, tienen ó deben tener los cazadores buen cuidado de cortarles los testículos, cuyo olor es tan fuerte que con solo dejarlos en el animal cinco ó seis horas, lo llegaria á tomar toda la carne. Pero no debe hacerse ralea,

porque la carne del jabalí no es saludable para los perros. Sin embargo, entreguen el trofeo de la victoria á los nobles vencedores para que se regocijen un momento.

La caza del jabalí es tan divertida como útil, pues además de los succulentos despojos del combate se favorece al laborioso cultivador, á quien tantos perjuicios causa el jabalí en sus viñedos y sembrados.

Respecto de la carne, el jabalí viejo nada tiene bueno sino la cabeza, mientras que toda la carne del jabatillo y del jabato, que no pasa de un año, es delicada y bastante fina.

La del verraco ó puerco doméstico entero es aun peor que la del jabalí, y solo la castracion y el cebo la hacen buena. Los antiguos acostumbraban castrar todos los jabatos que podian arrebatarse á la madre, y hecha esta operacion los volvian de nuevo al bosque. Estos jabalíes castrados crecen mucho mas que los enteros y su carne es mejor que la del cerdo doméstico.

Para concluir sabrosamente esta especie de caza, vamos á insertar lo que á propósito de ella decia el siglo pasado el bueno del maestro Orellano.

«Los ojeadores entrarán por sus valles, estando los tiradores en sus puestos de las cumbres, muy apartados unos de otros, sin moverse y si se puede á la vista para librarse de un escopetazo, unos de otros. Suelen llevar perros alanos y lebreles de trahilla: si pasa el jabalí usen de la escopeta ó del perro, segun le parezca; prosiguen los ojeadores con mucho ruido con sus perros, y conviene llevar un tambor ó panderos que dando golpes mueven la caza; y se pasa de un valle á otro, los escopeteros la ven y avisan á los cazadores de en frente para que le tiren mejor.

«Si es jabalí, se suelta el alano, que este lo apre-

sará; si van muchos jabalíes, echar los perros que haya y apresarán algunos. Los tiradores iran con toda vigilancia y los desgarrarán y matarán con los cuchillos de monte, porque si son de fuerza, se tiran á la espesura de los árboles para reventar al alano y sacudirse de su presa.

«Nunca tires despues de estar apresado, por el peligro que hay de matar los perros; ni des golpes al jabali en la cabeza, porque es donde tiene mas fuerza; en caso de darle sea en el espinazo y lo descadenarás. Y si llevas bayoneta ó chuzo por encima del alano le apuntarás á los delgadillos buscándole siempre el corazon.

«Los ojeadores con sabuesos ó conejeros proseguirán su ojeo, que siendo diestros los perros, encontrarán luego el rastro, darán unos cuantos latidos y lo seguirán con violencia, y en llegando á la caza, suelen dar muchas vueltas al rededor, donde están las piezas.

«Si llevan escopetas, vayan con mucho cuidado para tirarles, si las ven, haciendo de este modo mejor servicio.

«Tambien suele el jabali grande, volverse á los perros y no hacer caso, y entonces logra el tirador su intencion.»

Hasta aquí el maestro Orellano.

Pasemos ahora al segundo tratado de la caza mayor, ó sea de los animales feroces y dañinos.

TRATADO SEGUNDO.

Animales feroces y dañinos.

Este tratado debería comprender la gran colección de fieras que pueden ser y son efectivamente objeto de caza; pero no criándose, por fortuna, en nuestros climas sino las de última categoría, fuera inútil ocuparnos de lo que no había de tener aplicación en nuestras comarcas. Por lo mismo nos limitaremos en esta sección á tratar de la caza del lobo tan comun en todas partes, como asimismo de la caza de la zorra, que aunque no feroz, convendría exterminarla por dañina.

CAPÍTULO I.

El lobo:

Este animal tiene el pelo de un color leonado parduzco con una lista negra en las extremidades anteriores, cuando llega á la edad adulta: su cola es recta, sus ojos oblicuos y el iris de un leonado amarillento.

Es el lobo uno de los animales que mas afición tienen á la carne, y aunque al mismo tiempo que

este apetito, ha recibido de la naturaleza los medios de satisfacerle habiéndole dado armas, sagacidad, agilidad, fuerza y en una palabra, todo lo necesario para hallar, acometer, vencer, asir y devorar su presa; el lobo muere regularmente de hambre.

El hombre le ha declarado la guerra y le ha proscrito poniendo precio á su cabeza, y así es que lo obliga á huir y permanecer en los bosques, donde solo halla algunos animales silvestres, que se le escapan por la velocidad de su carrera, y á los cuales solo casualmente puede sorprender, esperándolos mucho tiempo, las mas veces en vano, en los parajes por donde han de pasar.

El lobo es naturalmente perezoso, pero la necesidad le hace sagaz y atrevido: aquejado del hambre arrostra los peligros, acomete á los animales que están bajo la custodia del hombre, especialmente á los que puede llevarse con facilidad, como corderos, cabritos, etc., y cuando sale bien de esta ratería, repite con frecuencia los asaltos hasta que habiendo sido herido, ahuyentado y maltratado por los hombres y los perros, se mantiene oculto en el bosque por el dia, sin salir de él hasta la noche, durante la cual recorre los campos, gira al rededor de las poblaciones, roba los animales abandonados, escava la tierra debajo de las puertas, se abre paso, entra furioso y todo lo destroza antes de escoger y arrebatarse la presa.

Cuando no logra nada con estas invasiones, se vuelve á los bosques, se dedica á cazar, busca, sigue el rastro, y huyenta y persigue á los animales silvestres con la esperanza de que otro lobo podrá detenerlos y apresarlos en su fuga partiendo con él luego los despojos.

En fin, cuando la necesidad es extrema, se espone á todo, acomete á las mujeres y á los mucha-

chos, y aun á veces se tira á los hombres, poniéndose furioso con estos escesos, los cuales terminan ordinariamente con la rabia y la muerte.

El lobo así en lo interior como en lo exterior, se asemeja tanto al perro, que parece han sido modelados ambos por una misma forma. Sin embargo no presenta los mismos caracteres sino bajo un aspecto enteramente opuesto. Si la forma de estos dos animales es semejante, son sus índoles tan diferentes que no solo son incompatibles, sino anti-páticos por naturaleza y enemigos por instinto. Un perro jóven se estremece al primer aspecto del lobo, y huye al percibir su olor, el cual, aunque nuevo y desconocido, le repugna tanto, quo va temblando á ponerse entre las piernas de su amo; y un mastin que conoce sus fuerzas, se eriza, se irrita, lo acomete con valor, procura luego ahuyentarlo y hace todos los esfuerzos posibles para librarse de una presencia que le es odiosa. Nunca se encuentran sin combatir hasta matarse.

Pero si el lobo es mas fuerte despedaza y devora su presa; el perro por el contrario, mas generoso y noble, se contenta con la victoria y desdeñándose de tocar el cadáver de un enemigo, lo abandona para que sirva de pasto á los cuervos y á otros lobos, pues se devoran unos á otros, y cuando uno de ellos está gravemente herido, los demás lo siguen por el rrastro de la sangre y se reúnen para rematarlo.

El perro, aun silvestre, no es de natural feroz: fácilmente se domestica, se aficiona á su dueño, y permanece fiel. El lobo, cogido pequeño, se amansa pero no cobra aficion: puede mas en el la naturaleza que la educacion. Con la edad recobra su carácter feroz, y luego que puede, se vuelve á su estado montaraz.

Los perros, aun los mas toscos, buscan la compañía de los demás animales; son naturalmente inclinados á seguirlos y acompañarlos; y el instinto solamente y no la educacion los enseña á guardar los ganados. El lobo, por el contrario, es enemigo de toda sociedad y ni aun con los de su misma especie se acompaña. Cuando se ven muchos juntos, no es ya una sociedad pacífica, sino expedicion de guerra, que se hace con gran estruendo y terribles ahullidos y que denota un proyecto de acometer á algun animal corpulento, como á un ciervo ó un buey, ó para acabar con algun temible mastin. Acabada su expedicion, se separan y se vuelven en silencio á su soledad.

Tampoco hay mucho comercio entre el macho y la hembra; los cuales solamente se buscan una vez al año, y aun así, permanecen juntos poco tiempo.

El invierno es la época en que las lobas entran en calor: diferentes machos siguen á una misma hembra, y este concurso es aun mas sangriento que el primero, porque se la disputan cruelmente y sucede con frecuencia que hacen pedazos al preferido por la loba, la cual por lo comun huye largo trecho, cansa á todos sus pretendientes, y luego mientras estos duermen, se retira con el mas diligente ó mas amado.

El calor no les dura mas que quince dias, y empieza por las lobas mas viejas; las mas jóvenes lo sienten mas tarde. Los machos no tienen tiempo determinado de celo, y en toda estacion pudieran juntarse con las hembras: pasan sucesivamente de unas á otras, segun van estando en disposicion de recibirlos, comenzando por las viejas á fines de diciembre y concluyendo por los jóvenes á fines de febrero á principios de marzo.

El tiempo del preñado es de tres meses y medio y se ven lobatos recién nacidos desde fines de abril hasta el mes de julio.

Esta diferencia en la duración del preñado entre las lobas, que lo están por más de cien días, y las perras, en las cuales casi no dura más de sesenta, prueba que el lobo y el perro, tan diferentes por su índole, lo son también por el temperamento y por uno de los principales resultados de las funciones de la economía animal. El aspecto de la cabeza es diferente y también lo es la forma de los huesos: el lobo tiene la cavidad del ojo oblicuamente colocada é inclinada la órbita, los ojos encarnizados, centellantes y lúcidos en la oscuridad; ahulla en vez de ladrar; sus movimientos son diferentes; el andar más igual y uniforme, aunque más pronto y precipitado; el cuerpo mucho más fuerte y menos flexible; los miembros más firmes: las quijadas y los dientes más gruesos, y el pelo más áspero y espeso.

Pero estos animales son muy semejantes en la organización de las partes internas. Los lobos se unen como los perros, y como estos, tienen el miembro ternilloso y al rededor un rodete que se hincha y les impide separarse por algún tiempo.

Cuando las lobas están cercanas al parto, buscan en lo interior de los bosques un paraje enmarañado, en medio del cual desmontan y allanan un espacio bastante considerable, cortando y arrancando con los dientes la maleza, y á él conducen después gran cantidad de musgo con el que preparan á sus hijos un lecho bastante cómodo.

Ordinariamente paren cinco ó seis lobatos, á veces siete, ocho y aun nueve, y nunca menos de tres: estos nacen, como los perros con los ojos cerrados; la madre los lacta por algunas semanas y

los enseña muy luego á comer carne, la cual prepara ella misma mascándola antes.

Algun tiempo despues les trae turones, lebratos, perdices y pájaros vivos: los tobatillos empiezan por jugar con ellos y el juego acaba en matarlos. La loba los despluma, luego los desuella y hace pedazos y da á cada uno su parte.

Los hijos no salen del paraje en que nacen hasta pasadas dos semanas ó dos meses: entonces siguen á su madre que los lleva á beber á algun tronco de árbol ó charco vecino, los vuelve á conducir á su guarida y los obliga á esconderse en alguna otra parte cuando teme algun peligro, y de este modo la siguen por espacio de algunos meses.

Cuando los persiguen, la madre los defiende con todas sus fuerzas y aun con furor, y aunque en otras ocasiones es como todas las hembras mas tímida que el macho, cuando está criando se hace intrépida, no teme peligro ninguno propio y se expone á todo por salvar á sus hijos. Por lo mismo estos no la dejan hasta que ya están criados y se sienten con bastantes fuerzas para no necesitar socorro, lo que ordinariamente sucede á los diez meses ó un año, á cuyo tiempo han mudado los primeros dientes, los cuales se les caen á los seis meses; y adquirido fuerza, armas y destreza para el robo.

Los machos y las hembras están en aptitud de engendrar á la edad de unos dos años, aunque es probable que estas, como sucede en casi todas las demás especies, sean en esto mas tempranas que los machos: lo cierto es que lo mas pronto que entran en calor, es en el segundo invierno de su vida, lo cual supone diez y ocho ó veinte meses de edad.

Los cazadores aseguran que en todos los partos nacen mas machos que hembras, y esto confirma la

observacion que parece general, á lo menos en estos climas, de que en todas las especies, principiando por la humana, la naturaleza produce mas machos que hembras.

Dicen tambien los cazadores que hay lobos que en el tiempo del celo se unen á su hembra y la acompañan siempre hasta que está cercana al parto, y que entonces esta se ausenta y esconde cuidadosamente sus hijos para que el padre no se los devore al nacer; pero que despues de nacidos, el padre les toma aficion, les trae de comer, y si llega á faltar la madre, la sustituye y los cuida como ella misma.

Estos animales que tardan dos ó tres años en crecer, tienen de vida quince ó veinte; lo cual concuerda tambien con lo que se observa en otras especies en quienes el tiempo del incremento es la sétima parte de la duracion total de su vida.

Los lobos encanecen en la vejez y entonces tienen todos los dientes gastados: duermen cuando están hartos ó fatigados, pero mas bien de dia que de noche, y siempre con sueño ligero. Beben frecuentamente, y en tiempo de sequia, cuando no hay agua en los charcos ó en los troncos de los árboles viejos, ó en los cóncavos de las rocas, acuden mas de una vez al dia á las lagunas y arroyos. Aunque son muy voraces, sufren fácilmente el hambre, y pueden pasar tres, cuatro y hasta cinco dias sin comer, con tal de que no les falte agua.

El lobo es animal de mucha fuerza, mayormente en los miembros inferiores y en los músculos del cuello y de las mandíbulas, y así es que lleva en la boca un carnero sin dejarle tocar en tierra, y corre al mismo tiempo con mas velocidad que los pastores; de suerte, que solamente los perros pueden alcanzarlo y hacerle soltar la presa.

Muerde este feroz animal con cruel ahinco, y

tanto mas cuanto menos se le resiste, pues usa de prevencion con los animales que pueden defenderse; teme el peligro, pelea únicamente por necesidad y nunca por ímpetu de valor: cuando se le dispara y la bala le rompe algun miembro, grita, y sin embargo, matándolo á palos no se queja como el perro. Es mas duro, mas robusto y menos sensible; camina, corre, anda errante dias y noches enteras sin fatigarse, y quizá es entre todos los animales el mas difícil de rendir en la carrera.

El lobo, aunque feroz, es tímido y cobarde: cuando cae en algun lazo ó cepo, queda tan aturdido y por tanto tiempo que se le puede matar sin que se defienda, ó cogerlo vivo sin que se resista; se le puede poner collar y bozal, encadenarlo y conducirlo despues por donde se quiera, sin que se atreva á dar la menor muestra de cólera ó disgusto.

Tiene este animal muy finos los sentidos de la vista y del oido, y principalmente el del olfato; venta á mas largo trecho de lo que alcanza con la vista y el olor de la carne muerta lo atrae de mas de una legua, oliendo tambien los animales vivos á los que sigue bastante tiempo por el rastro.

Nunca se aleja del bosque confiadamente, sino que se detiene á la salida, venta por todos lados y recibe así los efluvios de los cuerpos muertos ó vivos, que el viento le lleva de léjos. Prefiere la carne viva á la muerta, y, no obstante, devora los cadáveres mas infectos.

Es muy aficionado á la carne humana, y tal vez no comeria otra si fuera mas fuerte que el hombre. Se ha visto á los lobos seguir los ejércitos, llegar en manadas numerosas á los campos de batalla, en el que sin el conveniente cuidado se habian enterado los cadáveres, descubrirlos y devorarlos con insaciable codicia; y estos mismos lobos acostum-

brados á la carne humana, acometer despues á los hombres, y antes al pastor que al ganado, devorar á las mujeres, llevarse á los niños, etc.

Por lo mismo á veces ha sido preciso poner en alarma todo un país para acabar con ellos. Los príncipes tienen monterias para esta caza, que sin ser desagradable, es útil y aun necesaria.

Los cazadores dividen los lobos en *lobeznos*, *lobos nuevos* y *lobos viejos*, y los conocen por los piés; es decir, por el rastro y huellas que dejan en la tierra, pues cuanto mas viejo es el lobo, tanto mas grueso tiene el pié; y la loba lo tiene mas largo y mas estrecho, el talon mas pequeño y las uñas mas delgadas.

Para *concertar* el lobo, se necesita un buen perro y tambien animarle y excitarle cuando encuentra el rastro, porque todos los perros le tienen aversion y lo siguen flojamente. Cuando se ha levantado el lobo, se previenen los ventores que le han de dar caza, dividiéndolos en dos ó tres secciones, de las cuales se emplea una en levantarle y se colocan las otras adelante para estar de parada.

Los primeros se sueltan desde luego para que lo sigan acompañados de un hombre á caballo; se sueltan los segundos á setecientos ú ochocientos pasos mas adelante, cuando el lobo va á pasar, y despues los terceros cuando los demás perros empiezan á alcanzarlo y fatigarlo. Toda la montería junta lo rinde bien pronto y entonces el montero lo acaba con la bayoneta.

Los perros no muestran ningun ardor por patearlo, y tienen tanta repugnancia á su carne, que es preciso aderezarla y sazónarla cuando se les quiere *encarnar* con ella.

Puede cazarse tambien al lobo con podencos; pero como siempre parte derecho y corre todo un dia sin

cansarse, esta caza es molesta, á menos que los podencos estén sostenidos por galgos que lo alcan- cen y fatiguen dándoles así tiempo para acercarse.

En las tierras llanas se hacen las batidas á fuerza de hombres y mastines: se arman celadas, se dis- ponen cebos, se abren hoyos y se esparcen bolas envenenadas; pero todo esto no impide que haya siempre el mismo número de lobos, principalmente en los países muy montuosos.

Cuando no se tiene un tren completo de caza, se puede matar el lobo al acecho, para lo cual deben reunirse siempre algunos cazadores, nunca uno solo, y al anochecer emboscarse en el paraje en que se hayan visto huellas ú otras señales indica- doras. El lobo, como la zorra y demás reses mayo- res, tienen un olfato muy fino y por eso es menes- ter apostarse con gran precaucion para no esperar en valde, pues muy luego ventean el peligro. Lo mejor es subirse á un árbol, llegando hasta él con los piés envueltos en alguna piel de cabrito, de conejo y aun de zorra, pues las emanaciones de estas pisadas los atraerian seguramente.

El color del pelo de estos animales varia segun los diferentes climas, y á veces en uno mismo. En Francia y Alemania hay lobos pajizos, amarillos y mas al norte los hay completamente blancos y completamente negros.

Por lo demás, la especie es comun en todas las partes del mundo, bien que, ni muerto ni vivo, sea útil para nada al hombre un animal feroz de que no puede aprovecharse ni la piel.

CAPÍTULO II.

La zorra.

La zorra es famosa por sus astucias y en parte merece la reputacion que tiene. Lo que el lobo hace con su fuerza, la zorra lo emprende con su sagacidad, y lo consigue mas frecuentemente, y sin empeñarse en pelear con los perros ni con los pastores, sin acometer á los ganados, sin arrebatarse los cadáveres, tiene mas seguridad de poder sustentarse.

En sus expediciones se vale mas del ardid que de la fuerza y parece que tiene dentro de sí misma todos los recursos, los cuales, como nadie ignora, son los mas seguros. La zorra no menos astuta que cauta, ingeniosa y prudente hasta el extremo de la paciencia, sabe variar de conducta y tiene como de reserva ciertos arbitrios que emplea muy oportunamente. Atiende con suma vigilancia á su conservacion, y aunque tan infatigable como el lobo y mas ligera que él, no se fia enteramente de la velocidad de su carrera, antes bien provee á su seguridad fabricándose un asilo, á donde se retira en los peligros urgentes, y en que establece su morada y cria á sus hijos.

Esta diferencia, que es notable aun entre los hombres, produce mayores efectos y supone causas de mucha mayor extension entre los animales. La sola idea del domicilio presupone una atencion hácia sí misma; y la eleccion del sitio, el arte de fabricar la morada, de hacerla cómoda y de ocultar la entrada, son otras tantas señales de una sagacidad superior.

De todo esto se halla dotada la zorra y de todo

saca utilidad. Se establece en las orillas de los bosques, á distancia proporcionada de los caseríos; oye el canto de los gallos y el grito de las aves, saboreándose con ellas desde léjos, elige sagazmente su tiempo oportuno, ocultando su designio y su marcha; se acerca arrastrándose, llega y rara vez le salen vanas sus tentativas.

Si puede saltar las cercas ó introducirse por debajo de las puertas, no pierde un momento; destruye y mata cuanto encuentra en el corral; se retira despues ligeramente llevándose alguna presa, la cual oculta entre la yerba, ó la conduce á su guarida; vuelve poco despues en busca de otra y se la lleva y esconde del mismo modo, pero en distinto paraje; y repite su latrocinio por tercera, cuarta vez, etc., hasta que el dia ó el movimiento y ruido de la casa, le advierten que conviene retirarse y no volver mas.

La misma maniobra ejecuta en las trampas, lazos y varetas en que se cazan pájaros: se anticipa al cazador acudiendo muy de mañana y regularmente mas de una vez al dia, á visitar los lazos y la liga: se lleva sucesivamente los pájaros que van cayendo y los deposita en diferentes parajes, con especialidad á orillas de los caminos, en los surcos y entre la yerba ó matorrales. Allí los deja á veces por dos ó tres dias, y sabe muy bien hallarlos, cuando tiene hambre. Persigue á los lebratillos en campo raso, suele sorprender las madres en sus camas y no deja nunca de seguir las cuando van heridas; desentierra los gazapos en los sotos; descubre los nidos de las perdices y codornices; sorprende las hembras en los huevos, y de este modo destruye gran cantidad de caza. La zorra es, pues, el mayor enemigo del cazador quien debe á su vez hacerle todo el daño que pueda.

La caza de zorras no requiere tanto aparato como la del lobo, y es mas fácil y divertida. Todos los perros tienen repugnancia al lobo, y al contrario, todos hacen la caza de la zorra voluntariamente y aun con placer, pues aunque su hedor es muy fuerte, la prefieren regularmente al corzo, al ciervo y aun á la liebre, y se la puede cazar con podencos, pachones y otros perros.

Cuando la zorra se siente perseguida, corre á su vivar, en el cual los pachones de piernas torcidas son los que tienen mas facilidad de entrar. Este método es bueno para coger una camada entera de zorras y la madre con los hijos, pues mientras ella se defiende y pelea con los pachones, se procura descubrir la madriguera por la parte superior y la matan ó cogen viva con tenazas. Pero como las madrigueras están comunmente entre peñas debajo de troncos de árboles y á veces muy profundas no siempre se puede conseguir esto; y así el medio mas ordinario, agradable y seguro de cazar zorras es el siguiente:

Se principia por tapar la boca de la madriguera, se ponen los cazadores á tiro y se atrailla con los perros; luego que estos dan con el rastro, la zorra se retira hácia su guarida, pero al llegar recibe una descarga. Si se libra de las balas huye con la mayor velocidad y dando un gran rodeo, vuelve á su madriguera donde se le tira por segunda vez; si aun se libra, toma el partido de retirarse, viendo cerrada la entrada, y huye en línea recta para no volver mas, á lo menos por entonces.

Ental caso, se sueltan los podencos detrás de ella; pero los fatigará mucho, porque se mete de intento por los parajes mas enmarañados y cuando entra en campo raso huye á larga distancia sin detenerse.

Tambien se cazan las zorras ahumándolas en sus madrigueras, como dijimos al tratar de los conejos.

Pero lo mas cómodo es armar trampas ó lazos en que se pone por cebo un pedazo de carne, un pichon, una ave viva, etc. La zorra es tan voraz como carnícera; come de todo con igual ánsia, huevos, leche, queso, frutas, y, sobre todo, uvas: cuando le faltan lebratos y perdices, se ceba en los ratones, turones, culebras, lagartos, escuerzos, etc., y destruye gran cantidad de ellos, siendo este el único bien entre los mil males que hace.

Es muy aficionada á la miel, acomete á las abejas silvestres, tábanos y abispas, las cuales al principio procuran ahuyentarla hiriéndola con mil picaduras, y en efecto, logran que se retire; pero lo ejecuta revolcándose para aplastarlas, y repite tantas veces sus invasiones, que las obliga á abandonar el abispero. Entonces la zorra lo desentierra y se come la miel y la cera.

Este animal se asemeja mucho al perro, principalmente en las partes internas; pero difiere de él en la cabeza, la cual es mas gruesa á proporcion de su cuerpo; tiene tambien las orejas mas cortas, la cola mucho mayor, el pelo mas largo y espeso y los ojos mas inclinados. Se distingue igualmente en un hedor muy fuerte que le es peculiar, y finalmente en su índole, pues no se domestica con facilidad, ó mejor dicho, nunca completamente: la zorra desfallece cuando se ve privada de su libertad y se muere de tristeza cuando se la retiene presa mucho tiempo.

El zorro nunca cubre á la perra, ni el perro á la zorra, pues si no se tienen aversion, se miran con indiferencia. La zorra pare menor número de hijos y solo una vez al año: cada parto es ordinariamente

de cuatro ó cinco zorrillos, rara vez seis y nunca menos de tres.

Cuando la zorra está preñada se retira y sale pocas veces de su guarida, en la cual prepara la cama para su cria. Entra en calor en invierno y se hallan ya zorrillos por el mes de abril. Cuando advierte que han descubierto su madriguera y que en su ausencia han inquietado á sus hijos, los va trasportando uno por uno á otro vivar. Los zorrillos nacen con los ojos cerrados como los perros, y como ellos, tardan en crecer diez y ocho meses ó dos años, y viven de trece á catorce.

La zorra tiene los sentidos tan finos como el lobo, la sensacion mas viva y el órgano de la voz mas flexible y perfecto. El lobo no se da á conocer sino con ahullidos terribles; la zorra chilla, ladra y despide un sonido triste, semejante al graznido del pavo real siendo sus tonos diferentes segun los varios sentimientos que la agitan: tiene la voz de la caza, el acento del deseo, el sonido de la queja, el tono lastimero de la tristeza y el grito del dolor, del cual no usa nunca, sino en el punto en que la hieren de un balazo, pues no grita por ninguna otra herida y se deja matar á palos como el lobo sin quejarse, aunque defendiéndose siempre con valor. Muerde peligrosa y tenazmente, de modo que es preciso valerse de algun instrumento de hierro ó de un palo para hacerle soltar la presa. Su chillido es una especie de ladrido, el cual ejecuta con sonidos semejantes y muy precipitados, dando ordinariamente al fin de este chillido un grito mas fuerte, mas elevado y parecido al del pavo real.

En invierno, y especialmente en tiempo de nieves y heladas, no cesa de chillar, y por el contrario, está casi muda en el verano, en cuya estacion se le cae y renueva el pelo, por lo cual

los países de Europa, en el Asia setentrional y en América; pero son muy raras en Africa y en los países cercanos al ecuador.

valen poco las pieles de las zorras nuevas ó cogidas en estío.

La carne de la zorra no es tan mala como la del lobo, pues los perros, y aun los hombres, la comen en otoño, principalmente cuando se ha alimentado con uvas, y con su piel de invierno se hacen muy buenos forros.

Tiene la zorra un sueño muy profundo y se puede llegar hasta ella muy fácilmente sin despertarla: cuando duerme hace rosca como el perro; pero cuando se pone á descansar, extiende las piernas traseras y permanece tendida sobre el vientre, acechando en esta postura á los pájaros por entre los matorrales.

Esta es una de las especies mas sujetas á la influencia del clima, y se hallan tantas variedades en ellas como en los animales domésticos. La mayor parte de nuestras zorras son rojizas, pero se encuentran tambien de color gris plateado: unas y otras tienen la punta de la cola blanca. Otras hay que realmente tienen el cuerpo mas largo que las demás, y son de un gris súcio, casi del color de los lobos viejos; pero no puede decirse si esta diferencia de color es variedad ó solamente producida por la edad del animal, que quizá encanece en la vejez.

En los países del Norte las hay de todos colores, negras, azules, grises, plateadas, blancas enteramente, blancas con los piés leonados, blancas con la cabeza negra, blancas con la punta de la cola negra, rojas con el cuello y vientre completamente blancos, y, en fin, cruzadas que tienen una lista negra á lo largo del lomo y otra tambien negra en las espaldas, que atraviesa la primera.

Estas últimas son mayores que las otras y tienen el cuello negro.

La especie comun está mas generalmente extendida que ninguna de las demás, habiendo en todos los países de Europa, en el Asia setentrional y en América; pero son muy raras en Africa y en los países cercanos al ecuador.

En algunos países se hace un gran comercio de pieles de zorra, siendo las de Kamtschatka tan pobladas, lustrosas y finas, que en toda la Siberia no hay nada que pueda comparárseles.

FIN DEL MANUAL DEL CAZADOR.

UNIVERSIDAD
EAFIT

Biblioteca

Sala del Patrimonio Documental

Katas últimas son mayores que las otras y llenan el cuello negro.

La especie común está más generalmente extendida que ninguna de las demás, habiendo en todas las partes de Europa, en el Asia septentrional y en Asia; pero son muy raras en África y en las partes cercanas al ecuador.

En algunos países se ha un gran número de ejemplares, siendo las de Katschinsk tan pobladas, rarasas y finas, que en toda la Siberia no hay nada que pueda compararse.

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

UNIVERSIDAD
EA FIT®

Biblioteca
 Sala de Patrimonio Documental

— 302 —

APÉNDICE.

JURISPRUDENCIA VIGENTE SOBRE LA CAZA.

TITULO I.

DE LA CAZA EN TIERRAS DE PROPIEDAD PARTICULAR.

1.º Los dueños particulares de las tierras lo son tambien de cazar en ellas libremente en cualquier tiempo del año, sin traba ni sujecion á regla alguna.

2.º En los mismos términos y con la misma amplitud podrán cazar en las tierras de propiedad particular los que no sean sus dueños con licencia de estos por escrito.

3.º Cuando el dueño de las tierras dé licencia para cazar en ellas y la licencia para hacerlo con la espresada amplitud no conste por escrito, el cazador estará sujeto á las restricciones de ordenanza que se espresarán mas adelante para los baldios.

4.º Se podrá cazar sin licencia de los dueños, pero con sujecion á las indicadas restricciones de ordenanza en las tierras abiertas de propiedad particular, que no estén labradas ó que estén de rastrojo.

5.º Los arrendatarios de las tierras de propiedad particular, tendrán, en órden á la caza, las facultades que estipulen con los dueños.

6.º No se podrá cazar en tierras ajenas de pro-

piedad particular, sino en los casos y en los términos espresados en los cuatro artículos precedentes.

7.º La caza que cayere del aire en tierra de propiedad, ó entrase en ella despues de herida, pertenece al dueño ó arrendatario de la tierra y no al cazador, conforme á lo dispuesto en la ley 17, tit. 28 de la 3.ª Partida.

8.º Los que con el objeto de cazar violasen y saltasen los cercados de tierra de propiedad particular, pagarán además de los daños que causaren, incluso el valor de la caza que mataren ó cogieren, que debe ser para el dueño ó arrendatario en su caso, las costas del procedimiento, si lo hay, y además 20 reales vellon por la primera vez, 30 por la segunda y 40 por la tercera.

TITULO II.

DE LA CAZA EN TIERRAS DE PROPIOS Y BALDIOS.

9.º En las tierras que no sean de propiedad particular se prohíbe cazar, por lo tocante á las provincias de Alava, Avila, Burgos, Coruna, Guipúzcoa, Huesca, Leon, Logroño, Lugo, Navarra, Orense, Oviedo, Palencia, Pontevedra, Salamanca, Santander, Segovia, Soria, Valladolid, Vizcaya y Zamora desde 1.º de abril hasta 1.º de setiembre. Y en las demás provincias, incluidas las islas Baleares y Canarias, desde 1.º de marzo hasta 1.º de agosto.

10. Se prohíbe asimismo cazar durante todo el año en los dias de nieve y los llamados de fortuna, á excepcion del caso que se espresará en el título IV.

11. Se prohíbe cazar en todo tiempo con hurones, lazos, perchas, redes y reclamos machos. De esta regla general se exceptúan las codornices y demás aves de paso, respecto de las cuales, se permite cazarlas durante el tiempo de su tránsito, aunque sea con redes y reclamos.

12. Los ayuntamientos podrán arrendar la caza en las tierras de propios de los pueblos, y los arrendatarios podrán dar licencia á los demás para que cacen; pero unos y otros lo harán con sujeción á las restricciones que se espresan en este título.

13. Los que cacen en tierras de propios arrendadas sin tener licencia del arrendatario ó faltando á las restricciones de la ordenanza pagarán en uno y otro caso al arrendatario el valor de la caza que mataren ó cogieren y además 20 reales vellon la primera vez, 30 la segunda y 40 la tercera. La mitad de esta multa será para el arrendatario y la otra mitad para el fondo destinado al exterminio de animales dañinos de que se hablará en el título IV.

14. En los montes y baldíos que no pertenecen á propios, podrán cazar los vecinos del pueblo respectivo con sujeción á las reglas y restricciones establecidas en este título. Las justicias podrán dar licencia para lo mismo á los forasteros.

15. Se permite cazar con sujeción á las restricciones contenidas en este decreto, en los montes, baldíos y tierras de propios que no estén arrendadas, á los que obtengan licencia del gobernador de la provincia.

16. No se permite, por regla general, cazar hasta la distancia de 500 varas, contadas desde las últimas casas de los pueblos, para evitar los peligros de personas y de incendios.

TITULO III.

DE LA CAZA DE PALOMAS.

17. Las palomas son silvestres ó domésticas. Las silvestres son consideradas como cualquiera otra ave que no tiene dueño, y las domésticas se reputan de dominio privado en las cercanías de los palomares.

18. Las palomas campesinas pueden cazarse con sujecion á las reglas prescritas en los títulos anteriores.

19. No podrá tirarse á las palomas domésticas ajenas, sino á la distancia de mil varas de sus palomares. Los infractores pagarán al dueño el valor de la caza y además 20 reales á la justicia por la primera vez, 30 por la segunda y 40 por la tercera, siendo la mitad de esta multa para el dueño y la otra mitad para el fondo de animales dañinos.

20. Los dueños de los palomares tendrán obligacion de tenerlos cerrados durante los meses de octubre y noviembre, para evitar el daño que pueden ocasionar las palomas en la sementera. Los infractores, además del daño, si lo hubiere, pagarán 100 reales de multa por la primera vez, 150 por la segunda y 200 por la tercera.

21. La misma obligacion y bajo las mismas penas tendrán los dueños de los palomares, durante la recoleccion de las mieses, desde el 15 de junio hasta el 15 de agosto.

22. Si por razon de la diferencia de los climas conviniera señalar plazos diversos de los fijados anteriormente para el cerramiento de los palomares en las dos épocas espresadas ó en alguna de

ellas, podrá hacerlo la justicia del pueblo, siempre que el plazo respectivo no exceda de dos meses, avisándolo con anticipación para gobierno de los dueños de palomares.

23. Durante las dos épocas espresadas de sementera y recolección, será libre de tirar á las palomas domésticas á cualquiera distancia fuera del pueblo, aunque sea dentro de las mil varas señaladas anteriormente, siempre que en este último caso se tire de espaldas al palomar.

TITULO IV.

DE LA CAZA DE ANIMALES DAÑINOS.

24. Será libre la caza de animales dañinos, á saber: lobos, zorras, garduñas, gatos monteses, tejones y turones en las tierras abiertas de propios, en las baldías y en las rastrojeras no cerradas de propiedad particular, durante todo el año, incluso los días de nieve y los llamados de fortuna.

25. No se permite en ninguna clase de tierras abiertas, aunque estén amojonadas, cazar con cepos, trampas, ni ningún otro armadizo, de que pueda resultar perjuicio á los pasajeros ó á los animales domésticos. Los infractores pagarán, además del daño y las costas, 40 reales de multa por la primera vez, 60 por la segunda y 80 por la tercera.

26. En las tierras cercadas, sean de propios ó de particulares, no se permite la caza de animales dañinos sin licencia de los dueños ó arrendatarios.

27. Los dueños y arrendatarios de tierras cercadas, y no otros, podrán poner en ellas cepos ú otras cualesquier especies de trampas y armadijos para coger ó matar animales dañinos; en cuyo caso

estarán obligados á poner y mantener en paraje visible un padron con el aviso para que nadie pueda alegar ignorancia.

28. Para fomentar el exterminio de los animales dañinos, se pagarán á las personas que los presenten muertos, por cada lobo 40 reales, 60 por cada loba y 80 si está preñada, y 20 por cada lobezno: la mitad respectivamente por cada zorro, zorra ó zorrillo; y la cuarta parte tambien respectivamente por las garduñas y demás animales menores arriba espresados, tanto machos como hembras y sus crias.

29. Los que tengan derecho á las precedentes recompensas, presentarán á la justicia el animal ó animales muertos y la justicia les entregará bajo recibo la cantidad correspondiente.

30. Estos recibos con las colas y orejas de los lobos y zorras y las pieles de las garduñas y demás animales arriba espresados, serán los documentos que han de presentar las justicias en la capital de provincia para justificar en sus cuentas los artículos de esta clase, que no se les abonarán sin ambos requisitos.

31. Para el pago de las espresadas recompensas en los pueblos, queda asignada la mitad de las penas pecuniarias, impuestas á los infractores de todas las disposiciones contenidas en los artículos anteriores, incluidas las relativas á las palomas.

32. Se prohíben las batidas comunales de los pueblos bajo ningun pretexto, incluso el de exterminio de los animales dañinos, dejando este cuidado al interés particular de los cazadores.

FIN.



GRAN ARMERÍA.

ÚNICA EN SU CLASE,

DE

DOMINGO COSTAS

Calle Conde Asalto n.º 9 Barcelona.

Gran depósito de armas de las principales fábricas del reino, Bélgica y Francia.

SE DAN Á PRUEBA Y SE GARANTIZAN.

ARMAS, ARMAS. OJO, CAZADORES.

Escopetas Lefauchaux.—Sección extranjera.

	Pesetas.
1 Tiro pirlot.	53
1 Tiro cañon alambre con palanca.	75
1 Tiro damasco palanca doble.. .	100
1 Tiro <i>damasquina</i> palanca sobre el guardamonte.. . . .	125
1 Tiro <i>damasquina</i> inglés palanca sobre el guardamonte. . . .	150

	<u>Pesetas.</u>
1 Tiro damasquina percusion cen- tral.	100
1 Tiro id. id. id. finas.	150
1 Tiro id. id. id. superior.. . . .	200
2 Tiros palanca.	88
2 Tiros palanca doble.	100
2 Tiros damasquinas con palanca.	100
2 Tiros id. con id. doble.	115
2 Tiros id. inglés con palanca do- ble.	150
2 Tiros id. inglés con palanca do- ble.	175
2 Tiros id. con palanca sobre guar- damonte.	180
2 Tiros id. percusion central. . . .	150
2 Tiros id. id. id. finos.. . . .	175
2 Tiros id. id. id. superiores. . . .	250
De los mismas clases las hay puntilladas con plata y filetes de oro desde 200 á.	500

Nota. Las de percusion central son con extractor que abriendo la escopeta sale el cartucho por sí solo.

Otra. Los cañones finos son del fabricante *Bernard*.

Otra. Las hay de dos tiros y de peso 2 kilogramos 400 gramos (6 libras).

Seccion española.—Escopetas Lafauchaux.

1 Tiro herradura.	33
1 Tiro id. palanca.	45
1 Tiro id. id. doble.. . . .	50

	<u>Pesetas.</u>
1 Tiro id. id. sobre guardamonté.	60
1 Tiro id. id. resorte de id.	60
1 Tiro id. id. dos disparadores.	65
1 Tiro retorcido con palanca.	50
1 Tiro id. con id. doble.	55
1 Tiro id. con id. sobre el guard.	60
1 Tiro id. con resorte id.	65
1 Tiro id. dos disparadores.	70
1 Tiro damasquina palanca.	70
1 Tiro id. id. sobre guardamonte.	80
1 Tiro id. resorte sobre id.	75
1 Tiro id. con dos disparadores.	75
1 Tiro á baston.	65
2 Tiros herradura.	65
2 Tiros id. palanca.	75
2 Tiros id. id. doble.	80
2 Tiros id. resorte guardamonte.	85
2 Tiros id. tres disparadores.	85
2 Tiros id. palanca sobre guarda.	85
2 Tiros retorcido palanca.	80
2 Tiros id. id. doble.	85
2 Tiros id. resorte guardamonte.	90
2 Tiros id. palanca sobre guarda.	95
2 Tiros damasquinas palanca do- ble.	80
2 Tiros id. resorte guardamonte.	85
2 Tiros id. tres disparadores.	85
2 Tiros id. palanca sobre guarda.	100
2 Tiros id. encrustacion de oro.	200

Seccion española y extranjera.—Escopetas á piston

1 Tiro sin pistonera.	20
1 Tiro con id.	21
1 Tiro puntos fuera.	23

	Pesetas.
1 Tiro muelles fuera.	24
1 Tiro retacos.	25
1 Tiro alambre.	30
1 Tiro damasquina.	50
1 Tiro baston.	50
1 Tiro finas (para niños).	25
2 Tiros puntos dentro.	60
2 Tiros puntos fuera.	65
2 Tiros cañones alambre.	90
2 Tiros id. damasquinos.	100
2 Tiros damasquina caza y guerra.	200

Revolvers nacionales y extranjeros.

6 Tiros de 7 milím. Lefauchaux.	25
6 Tiros de 7 id. Chamelot.	70
6 Tiros de 7 id. Delvigne.	90
6 Tiros de 7 id. Pirlot.	100
6 Tiros de 7 id. Bayet.	75
6 Tiros de 7 id. Galand.	40
6 Tiros de 7 id. Webley.	25
10 Tiros de 7 id. Orbea.	40
6 Tiros de 9 id. Lefauchaux.	12
6 Tiros de 9 id. Chamelot.	90
6 Tiros de 9 id. Delvigne.	95
6 Tiros de 9 id. Pirlot.	80
6 Tiros de 9 id. Bayet.	75
6 Tiros de 9 id. Galand.	40
6 Tiros de 9 id. Webley.	30
6 Tiros de 9 id. Orbea.	30
6 Tiros de Reglamento.	15
6 Tiros de 12 milím. Lefauchaux.	16
6 Tiros de 12 id. Chamelot.	100
6 Tiros de 12 id. Delvigne.	90
6 Tiros de 12 id. Pirlot.	125

	Pesetas.
6 Tiros de 12 id. Bayet.	80
6 Tiros de 12 id. Galand.	50
6 Tiros de 12 id. Webley.	35
6 Tiros de 12 id. Orbea.	40
6 Tiros los hay de con tapa-baterías de 7, 9 y 12 milímetros á 40, á 50, y.	60
6 Tiros de 7 milímetros chaleco.	11
6 Tiros de 9 id. id.	15
6 Tiros de 12 id. id.	18
<i>Nota.</i> —Hay de todas clases de 7, 9 y 12 milímetros, con enrustaciones de oro y plata hasta el valor de.	150
<i>Otra.</i> Los hay de chaleco con tapa-baterías á 40, á 60 y.	80

Pistolas á piston de uno y dos tiros.

1 Tiro sencillo.	2 50
1 Tiro.	5
1 Tiro fina.	6
1 Tiro con llaves al pelo, de 50 á	100
1 Tiro de lujo (segun ellas).	10
1 Tiro medio arzon.	8
2 Tiros sencilla.	9
2 Tiro con disparadores ocultos.	11
2 Tiros con cañon alambre.	15
2 Tiro con cañon damasquino.	15

Seccion española y extranjera.—Carabinas salon.

Carabina sencilla 6 milímetros.	45
Carabina fina 6 id.	60

Carabina fina 6 id. con extractor.	75
Carabina sencilla 9 id.	50
Carabina fina 9 id.	75
Carabina fina 9 id. con extractor.	100

Pistolas salon.

Pistola sencilla 6 milímetros.	20
Pistola fina 6 id.	30
Pistola fina 6 id. con extractor..	50
Pistola sencilla 9 id.	30
Pistola fina 9 id.	50
Pistola id 9 id. con extractor.	75
Chapas para el blanco, con figuras.. . . .	15

Pistolas Lafaucheux.

1 Tiro de hierro con palanca.. . . .	8
1 Tiro de hierro con resorte.	8
1 Tiro sistema Pirlot.	7
1 Tiro con palanca y guardamonte.	9
1 Tiro con palanca y cañon damasquino.	15
2 Tiros de hierro con palanca.	11
2 Tiros de hierro con resorte.. . . .	12
2 Tiros sistema Pirlot.	15
2 Tiros con palanca guardamonte.	14
2 Tiros con palanca y cañon damasquino.	25
2 Tiros gran calibre para bala y perdigon.	20
2 Tiros Bismarch.	65

Seccion española y extranjera.

Armas de guerra.

	Pesetas.
Rifle norte americano.	150
Rifle del Tirol.	100
Rifle 6 tiros Pirlot.	150
Rifle 6 tiros Lefauchaux.	75
Rifle 6 tiros Comblen.	115
Rifle 6 tiros Albini.	115
Rifle gran calibre Lefauchaux.	100
Rifle 6 tiros gran calibre Pirlot.	200
Rifle ametralladora Lemat.	150
Baston caza y guerra.	40
Carabina Snidez.	75
Carabina Ibarra.	40
Carabina Remington.	90
Carabina Henry.	100
Carabina Martini.	100
Carabina Garcia.	75
Carabina Chassepot.	90
Carabina Enfield.	100
Carabina Wesson.	150
Carabina Berdam.	75
Trabuco calibre 20 cañon her- radura.	150
Trabuco id. 10 id. id.	125
Trabuco id. 5 id. id.	112
Trabuco id. 20 id. bronce.	50
Trabuco id. 10 id. id.	40
Trabuco id. 5 id. id.	30

Seccion de cartuchos.

100	Vacios para escopeta Lefau- cheux.	3
100	Vacios id. id. id. superiores.	4

	Pesetas.
100 Vacíos id. id. id. metálicos..	8
100 Vacíos id. id. id. de percusion central.	4 50
Los hay de todos calibres y clases.	
1 Paquete 10 cargados para escopeta Lefaucheux.	1
1 Paquete 10 cargados para escopeta Lefaucheux superiores.	1 25
Los hay cargados con bala y de todos números de perdigon á	
1 Paquete de 10 para somaten.	50
1 Paquete para carabina Minié.	75
1 Paquete id. id. Berdam.	2
1 Paquete id. id. Chassepot.	3
1 Paquete id. id. Remington.	3
1 Paquete id. Rifle.	1 50
1000 Vacíos para revolver de 7 milí..	31
1000 Vacíos id. id. de 9 id.	33
1000 Vacíos id. id. de 12 id.	35
1 Caja cargados para revolver de 7 milímetros.	1 50
1 Caja id. id. id. de 9 id.	1 75
1 Caja id. id. id. de 12 id.	2
1 Caja id. id. pistola y Rifle 15 id.	2
Los hay de todas clases para revolver de aguja á.	
1 Caja cargados con bala para carabina y pistola de salon de 6 milímetros.	2
1 Caja cargados con perdigon para id. de 6 id.	4
1 Caja cargados con bala para id. de 9 id.	4
1 Caja cargados con perdigon para id. de 9 id.	8

Los hay de los sistemas Flo-
bert, anular, etc., etc.

Seccion de pistones.

1	Caja rayados marca Gevelot.	25
1	Caja lisos.	25
1	Caja con bombilla.. . . .	75
1	Caja lisos para recambio de car- tuchos.	75
1	Caja para brochas.. . . .	1
1	Caja con brocha.	1 50
1	Caja para cartucho Chassepot.	3
1	Caja para carabina de guerra.	1
1	Caja para cartuchos de revolver.	1
1	Caja para id. de Berdam.	2
1	Caja para id. de Reming- ton.	2

Accesorios para escopeta Lefauchaux.

1	Máquina para cargar y revalordear.	12 50
1	Matriz para cargar.	2
1	Mandin para id.	50
1	Revalordeador.	1
1	Revalordeador de resorte.	6
1	Máquina para revalordear.. . . .	7
1	Máquina para id. con re- sorte.	15
1	Lavador con sus accesorios.	4
1	Lavador con id. id. y con estuche.	4
1	Alicates.	1 50
1	Corta-cartuchos.	3

	Pesetas.
1 Tigera para cortar cartuchos.	4
1 Extractor.	1
1 Extractor con silbato..	2
1 Extractor con 3 ruedas.	2
1 Extractor con rosca.	2
1 Medidor para pólvora.	1
1 Medidor para perdigon.	1 25

Seccion varia.

1 Estuche completo para cargar.	30
1 Estuche para tiros de escopeta.	30
1 Estuche para escopetas, de 25 á.	50
1 Estuche para revolver.	11
1 Anteojo para escopeta.	5
1 Puñal de baston.	6
1 Turquesa para hacer balas.	6
1 Mirador de espejo con máquina.	20
1 Mirador de id. con cuerda.	2 50
1 Mirador con cristales.	20
1 Mirador superior.	25
1 Supletorio de metal.	3
1 Supletorio de acero garantido.	8
1 Salida de baile.	3
1 Salida de id. con puñal.	5
1 Protector.	3
1 Desarmador.	1
1 Descargador.	50
1 Chimenea sencilla.	25
1 Chimenea con rondela de metal.	50
1 Chimenea para carabina.	50
1 Cadena para perro.	2
1 Cadena para caballo.	5
1 Sable-bayoneta.	15
1 Bayoneta.	8

1	Puñal de guardamonte con re-	12
	sorte.	6
1	Puñal de guardamonte.	1 25
1	Caja tacos 3 clases.	1
1	Caja id. 2 id.	2
500	Tacos fieltro.	4
1	Kilo tacos carton.	75
1	Caja con 200 tacos fieltro.	
	Sección de correaje.	
1	Canana cinturón.	4
1	Canana de tela con dos divisio-	8
	nes.	12
1	Canana de tela con dos divisio-	12
	nes impermeable.	10
1	Canana con dos divisiones piel	10
	pelo.	10
1	Canana con dos divisiones che-	11
	grin.	10
1	Canana con dos divisiones de	11
	cuero.	10
1	Canana cartera y cinto de id.	12
1	Canana id. de chegrin.	7
1	Mochila.	8
1	Zurron n.º 1.	30
1	Zurron n.º 2, etc.; desde 12 á	20
1	Polainas desde 5 á.	100
1	Trage impermeable completo	3
	para cazador.	1
1	Cuerda con resorte para perro.	2
1	Cuerda sencilla para id.	2
1	Cuerda de pítter para id.	2
1	Porta-fusil de estambre.	1 50
1	Porta-fusil de badana.	

En el mismo establecimiento encontrarán toda clase de piezas como llaves, baquetas, bayonetas y piezas sueltas para escopetas, fusiles y toda clase de armas.

Además se transforman, montan y se componen toda clase de armas.

Otro. En mi establecimiento encontrarán un buen surtido de espadas y estoques de las acreditadas fábricas de Toledo y Prusia.

Otro. Se hacen ajustes al por mayor de todas las armas de caza y guerra para la exportacion.

Otro. A los armeros y revendedores se les harán precios mas bajos.

Otro. A los comerciantes comisionistas se les abonará de 1 á 10 por ciento segun la importancia de la compra y clase de géneros.

Ojo y atencion. Todas las armas de mi establecimiento se garantizan un año. Los cartuchos tanto de escopeta como de revolver, son cargados en mi casa y los ofrezco al público con la mayor seguridad.

Barcelona julio de 1872.

DOMINGO COSTAS.

L
799.202
R394
1872

BIBLIOTECA
Universidad Eafit



62000001630169



ARMERÍA

DE

GERARDO ESTEVA,

CALLE ANCHA, NÚMERO 6.

Gran surtido de revolvers y escopetas con especialidad del sistema Lefauchaux y aguja (ó sea percusion central).

En cuyo establecimiento se encuentran cartuchos para todos los calibres y sistemas, como así mismo todos los accesorios correspondientes á los últimos adelantos.

MANUAL DEL CAZADOR.

SE HALLA DE VENTA AL PRECIO

DE 10 RS. EN BARCELONA Y 12 EN LOS DEMAS PUNTOS.

BARCELONA.—Sres. Puig, Bastinos, Llordachs, Roig (antes Ginesta), Niubo, Mayol, Bartumeus y Bosch, Cerdá y Manuel Saurí.

MADRID.—Sres. viuda é hijos de Cuesta.

VALENCIA.—Sres. Juan Mariana y Sanz y Pascual Aguilar.

CÁDIZ.—D. Juan Vidal.

MÁLAGA.—D. Francisco de Moya.

ZARAGOZA.—D. José Maynou.

LERIDA.—D. Francisco Armenteros y Segura.

PALMA DE MALLORCA.—D. Nicolás Gil.

TRATADO DE LA RABIA

CONSIDERADO BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA HIGIENE PÚBLICA, DE LA POLICIA Y DE LA PROFILÁCTICA.

por

Mr. H. Bouley,

PROFESOR DE LA ESCUELA VETERINARIA DE ALFORT, MIEMBRO DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS.

Traducido por Juan lo Mariné.

Este interesante opúsculo, debido á una larga vida de estudio y esperiencia, fue á su aparicion un acontecimiento científico, que recibieron con aplauso todas las academias y con gratitud la humanidad entera. El éxito ha justificado su aplauso, y por su importancia vital creemos hacer un beneficio facilitando su adquisicion á los que no lo posean. Recomendamos especialmente á los cazadores, espuestos con mas frecuencia á la inoculacion rabifica, por su roce con los perros.

Se halla de venta al precio de 4 rs. en las mismas librerías que el *Manual del Cazador*.